

FOLK-LORE ESPAÑOL

BIBLIOTECA

DE LAS

TRADICIONES POPULARES

ESPAÑOLAS

TOMO X

Cuentos populares recogidos en Extremadura, por don Sergio Hernández de Soto.

Director: ANTONIO MACHADO Y ÁLVAREZ

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2

1886


UNIVERSITY
OF MINNESOTA
OMNIBUS ARTIBUS
COMMUNE VINCULUM



BIBLIOTECA

DE LAS

TRADICIONES POPULARES ESPAÑOLAS

FOLK-LORE ESPAÑOL

BIBLIOTECA

DE LAS

TRADICIONES POPULARES

ESPAÑOLAS

TOMO X

Director: ANTONIO MACHADO Y ÁLVAREZ

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Carrera de San Jerónimo, 2

1886

MADRID.—EST. TIP. DE RICARDO FÉ, CEDACEROS, 11.

FOLK-LORE

CUENTOS POPULARES DE EXTREMADURA

RECOGIDOS Y ANOTADOS

POR

SERGIO HERNÁNDEZ DE SOTO
Socio fundador del Folk-Lore Andaluz y honorario del Extremeño.

TOMO I

Al Señor

D. Antonio Machado y Alvarez

en prueba de cariño que le profesa su afectísimo amigo,

Sergio Hernández de Soto

AL LECTOR

Hace más de dos años que concebí la idea de formar una colección de cuentos extremeños, siquiera no fuera muy extensa, y desde entonces me propuse recoger todos los que pudiese. Para llevar á cabo este proyecto, pensé que bastaría con escuchar los cuentos, trasladarlos al papel, y... nada más. ¡Qué error! Si se hubiera tratado solamente de los que había aprendido en la infancia, era asunto concluído; sólo tenía el trabajo de irlos escribiendo, conforme mi memoria los había podido retener; pero éstos eran tan pocos, que no valía la pena ciertamente de molestarse en apuntarlos; así que había necesidad de aumentarlos, y al poner por obra mi proyecto, es cuando empezaron á surgir las dificultades.

¡Recogerlos! ¿Y dónde, cómo y de quién? He aquí el problema que no podía resolver por mí solo y para el cual necesitaba el concurso de otros. Encontrar esos *otros*, era la cuestión. Sin embargo,

persuadido de la necesidad que hay de recoger esas producciones del genio popular, que van perdiéndose á medida que avanzan la civilización y el progreso, sigo adelante mi árdua empresa. Y héme aquí caminando en busca de mis cuentos, cual otro D. Quijote en busca de la Dulcinea del Toboso, señora de sus pensamientos.

He dicho árdua empresa, porque lo era en efecto, dada la indiferencia con que se miraban y aún miran en España esta clase trabajos. Vaya V. con cuentecitos á la mayoría de las personas de la sociedad actual, y, ó le contestan á V. que los deje de *tonterías*, ó bien dicen con tono zumbón:—¿va usted ahora á aprender cuentos?—y se le ríen á usted en sus propias barbas ni más ni menos que las criadas de los Duques se reían en las del hidalgo manchego. Las contrariedades que el inmortal héroe de Cervantes experimentó durante sus largas excursiones, casi puede decirse que son nada comparadas con las que encuentra el folklorista en esta inquisición de materiales para sus estudios. ¡Qué de burlas, qué de sonrojos, qué de apóstrofes tiene que sufrir! y siempre con la sonrisa en los labios, porque el asunto de que se trata es tan baladí, que no es para tomarlo en serio, ni incomodarse por tan corta cosa. Para encontrar un cuentista, hay que coger la linterna y, cual otro Diógenes, salir á buscarlo por esos mundos de Dios. Y si después de

estas fatigas y estos contratiempos, llega uno á encontrarlo, puede asegurar, como vulgarmente se dice, *que se ha caído una estrella del cielo.*

Sin embargo, no me puedo llamar en este punto muy desgraciado, toda vez que he reunido unos ciento setenta, por más que se haya cumplido en mí aquel refrán que dice: «*con ayuda de vecino, mercó mi padre un cochino*»; pues una gran parte de mi trabajo me lo dió hecho la no común memoria de mi querida hermana, á la cual debo la mayor parte de los cuentos que al pie llevan como procedencia el nombre de Zafra, siendo suyos los que llevan la inicial *Y.* Los demás me fueron contados por los siguientes narradores: los que llevan la inicial *A.*, por una señora parienta mía de 50 á 55 años; los de la letra *P.*, por un joven de 19 años, que dijo habérselos aprendido á un hombre sexagenario, el cual decía saber innumerables cuentos; y por último, los que llevan al pie la letra *S.*, pude recogerlos de labios de una tía mía, señora que aunque octogenaria conserva la bastante memoria para recordar mucho de lo que aprendió en su infancia, por más que asegura, y lo creo, que ha olvidado muchísimo de lo que sabía.

Donde quiera que me decían haber una persona que supiese cuentos, allí iba yo dispuesto á trasladarlos al papel. Algunas veces, las menos, conseguía mi propósito; otras, las más, veía defraudadas

mis esperanzas y el papel quedaba en blanco aguardando ocasión más propicia. A lo mejor, me encontraba con que el narrador ó narradora era una de esas personas de las que dicen los sevillanos, con esa gracia que les es peculiar, que *tienen mal ángel;* que á la demanda de un cuento, contestaba:—Yo no tengo gracia para contar cuentos.—Y era verdad.

En vano les objetaba que no buscaba la gracia, sino el cuento; no había *tu tía*, se obstinaban en la negativa y se hacía imposible sacarle la palabra del cuerpo. Otras veces, el narrador no se hallaba de buen talante y me contestaba mohino:

—¡Para cuentos estoy yo ahora!—ó bien:—*¡buena está la masa pâ repeñicos!*

Esto me recordaba aquel refrán que dice: *no está la Magdalena para tafetanes*, ó el dicho vulgar: *para bailar venimos, dijo la zorra*, todo lo cual indica el mal humor del que lo emplea. Inútil creo añadir que, tanto en este caso como en el anterior, me quedaba sin el cuento.

Pero aún corrí otras vicisitudes, y fué cuando el narrador era uno de esos seres zumbones, ó de los que la dan de serios y graves, que encarándose conmigo me contestaban:

—¡Hombre! ¿Va V. ahora á aprender cuentecitos? Eso se queda bueno para los niños; los hombres tienen cosas más serias y útiles en qué ocupar-

se y no deben perder lastimosamente el tiempo en *tonterías*.

Y váyale V. con explicaciones acerca de lo que es y significa el *Folk-Lore* á estos hombres que, encerrados en el santo *Non possumus* de su ignorancia, no hay fuerza en lo humano que los saque de la teoría ó creencia de que es perdido el tiempo que se gasta en recoger lo que ellos llaman *pamplinas*. Por fortuna, para los que nos proponemos salvar del olvido á que están condenadas algunas de esas producciones del saber popular, no todos piensan de igual modo, ni se hallan tan... pero vengamos á lo que pudiera llamarse historia de la recolección de mis cuentos.

El último verano, por mi suerte ó mi desgracia, y á consecuencia de la enfermedad que padecía una persona de mi familia, para mí muy querida, á quien el facultativo había recomendado las aguas medicinales, tuve que acompañarla y allá dimos con nuestros huesos en la pequeña villa de *Alanje*, establecimiento balneario de la provincia de Badajoz, cuyos habitantes han ído construyendo sus casas en lo alto de un cerro, ni más ni menos que la zancuda cigüeña hace su nido en las alturas de una torre. La persona á quien íbamos recomendados, que no pudo hospedarnos en su casa, nos dirigió á una cuñada suya llamada *Librada Corbacho;* y esto, que consideré un contratiempo, fué la causa á que

debo la recolección de una no pequeña parte de mis cuentos. ¡Qué ajeno estaba de que en aquella casa había de encontrar uno de esos filones de que se ven ya muy raros ejemplares.

La *señâ Librâ* (como ya la llamaban en el pueblo) era una de esas señoras que los extremeños decimos que *son á la buena de Dios;* muy apegada á sus costumbres y que vive hoy, ni más ni menos, que como vivieron sus padres y como vivieron sus abuelos; sin que para ella signifiquen nada los años transcurridos.

Tenía esta señora, entre otras, una hija que se llamaba Pilar, madre de dos pequeñas niñas, que, como criaturas que eran, siempre estaban dispuestas á jugar y hacer ruido, tanto más cuanto que por aquellos días les llegó de refuerzo un chico de una familia de Mérida que también se hospedaba en la casa. Si se hubiera tratado solamente de las dos nietecitas, con unos cuantos pescozones hubiera estado arreglado todo, como sucedía algunas veces; pero como había que guardar consideraciones hacia el pequeño huésped, de ahí se seguía el que en ciertos momentos, sobre todo de noche, echaran mano al recurso de contarles cuentos, como medio el más á propósito para entretenerlos y que se estuviesen callados.

Y aquí fué ella. Lo mismo fué percatarme de que se trataba de cuentos, que allí me tienen uste-

des convertído en uno de tantos niños, escuchando los cuentos que transcribía á mi cartera, no sin sufrir las burlas de mis compañeros de hospedaje, entre los cuales se hallaban tres preciosas emeritenses, que no eran las que menos se burlaban, aunque por su parte contribuyeron también después á aumentar mi colección de *Juegos infantiles de Extremadura*, ya publicados en los tomos II y III de esta Biblioteca. (Madrid, 1884). En la relación de estos cuentos alternaba la señora Librada, de quien recogí los de *El herrero Aranda*, *El pastor*, *El portugués* y todos los que llevan la procedencia de Alange, con la inicial *A.*, y su hija Francisca Ortiz, que me contó los de *El rey Potrito*, *El sapito, El pajarito*, *La serpiente*, *La flor del Cantueso*, *La Agata* y todos cuantos llevan al pie la letra *F*.

Estas fueron las primeras vetas de la mina, pues el verdadero filón lo hallé luego en la más pequeña de las hijas, llamada Juana Ortiz, la cual, según me decía gráficamente su hermana, *sabía más cuentos que el demonio*. Pero como resultaba que Juana vivía fuera de casa y yo no podía ir á la suya por impedírmelo mi ocupación de enfermero, de ahí que sólo de noche cuando ella venía solía contar algunos; con un par de ellos, por ser larguitos, lograba invertir casi siempre toda la velada. Aun así, pude recogerle *La piedra de mármol, El mágico Palermo*, *La torre en el aire*, *El pez Espín*, *Hierro,*

plomo y acero, *El cielo estrellado*, *La chota* y otros muchos que llevan la inicial *J.;* contándome además su marido, Antonio Corbacho, *La hermosura del mundo*, una variante de *La chota* y algunos más. Aunque pasé allí veinte días, no pude recogerlos todos, pues según me dijo, sabía otros muchos, entre ellos *La maravilla del mundo*, *Los dos compadres*, *El peral de oro* y *Las herraduras de plata;* los que con gran sentimiento no pude trascribir entonces por falta material de tiempo, aunque no pierdo la esperanza de agregarlos á esta colección.

Estas tradiciones populares son de una utilidad capitalisima para los estudios folklóricos, é importa mucho recogerlas. No seré yo ciertamente el que trate de analizar y explicar los elementos valiosísimos que para la ciencia encierran en sí mismas cada una de estas producciones, en las cuales se han inspirado más de cuatro obras literarias que han dado á los autores la inmortalidad. Y no los explico, porque considero la tarea superior á mis fuerzas y temeria al hacerlo verme envuelto en una red, de cuyas apretadas mallas no podría evadirme, tanto más, cuanto que ya hombres científicos y competentes se han ocupado en ello. Basta con leer las preciosas colecciones de cuentos que han publicado hombres tan eminentes como Braga, Coelho y Silvio Romero en Portugal y Brasil; Cosquin,

Rolland, Sebillot, Puymaigre y Perrault, en Francia; Pitrè, Gubernatis, Corazzini y Prato en Italia, y otros muchos escritores, no menos ilustres, en Inglaterra, Alemania, Bélgica y Noruega.

Sobre el interés con que se miran estos cuentos y la necesidad que hay de recogerlos, dice Coelho en la introducción de su obra *Contos populares portuguezes, pp. VII y VIII* (Lisboa, 1879), lo siguiente:

«Con esta colección, que será seguida brevemente, como esperamos, de la publicación de los otros cuentos que tenemos reunidos, queda realizado un deseo há mucho tiempo expresado por los hombres que conocen el valor de estas cosas. Portugal deja de ser una excepción con relación al interés que en los otros países latinos se va desenvolviendo por los cuentos populares, en virtud de un movimiento nacido en Alemania con la publicación de los *Kinder-und Hausmärchen* por los hermanos Grimm (1812-1814), comunicado á los países escandinavos, á Rusia, Inglaterra, y más tarde á Italia y Francia. Iniciado en la península por Milá y Fontanals (1853), á cuyo lado se debe citar el nombre de la dama que escribió bajo el pseudónimo de Fernán Caballero. continuado en Cataluña por Maspons y Labrós, urge que ese movimiento se propague rápidamente á todas las provincias de Portugal y de España, antes que el periódico, lle-

vado á todas partes por el camino de hierro, concluya la obra de desaparición que amenaza estas tradiciones; nos daremos por pagados de nuestro trabajo, si contribuimos con nuestro ejemplo para salvar lo que aún resta de ellas.

»Mas se dice: ¿No merecen los cuentos populares el desprecio á que han estado condenados? ¿No son ridículas invenciones, buenas sólo para divertir á la gente ruda, que no tiene cosa mejor con que alimentar su espíritu y su ociosidad? Estamos ciertos que mucha gente, seria y grave, que profesa esta opinión, se pasmará de que haya quien gaste su tiempo en tales cosas; mas algunas personas habrá también que quieran aprender y para esos escribimos las observaciones que siguen, y que no son necesarias á los que están al corriente de la ciencia.»

Sobre la influencia que estas producciones pueden tener en la reconstitución de la Historia, y los gérmenes que en ellas se encuentran de las edades pasadas, dice el Sr. D. Teóphilo Braga en el prólogo de su obra, *Contos tradicionaes do povo portuguez, p. VI.* (Porto):

«Así, por los usos populares, por las costumbres locales, por locuciones repetidas automáticamente, por los modismos, cuentos infantiles y hábitos domésticos, pudo Jacobo Grimm reconstruir el sistema religioso de la antigua raza germánica, disgre-

gado bajo la cultura romana y por la asimilación católica. Con la intuición del genio creador, empezó Jacobo Grimm la investigación de los cuentos populares en los varios estados de Alemania, en el comienzo de este siglo, cuando esta forma tradicional, desnaturalizada por las divagaciones literarias, parecía condenada á perderse por la transmisión oral inconsciente.»

Y más adelante (págs. XVII y XVIII) dice:

«La importancia de este problema fué comprendida en toda Europa y sucesivamente se fueron publicando colecciones de cuentos populares de los pueblos eslavos y de las razas amarillas, de los pueblos latinos y germánicos y hasta de las poblaciones salvajes del Africa. Los trabajos de Teodoro Benfey sobre el PANTCHATANTRA de la India, ayudaron poderosamente á restablecer la cadena tradicional entre el Oriente y Europa, así como los trabajos de Silvestre de Sacy vinieron á esclarecer la acción directa de la transmisión de los árabes; los estudios y análisis sobre las Fábulas de Esopo restablecieron la continuidad de las tradiciones greco-romanas, que Robert acentuó, calcó sobre los cantos de los trovadores franceses, y por la investigación de las fuentes del DECAMERON de Boccacio se fijó ese fondo de persistencia literaria de las tradiciones novelísticas que se encuentra en los Exemplos morales de los relatores de la Edad Media,

desde el Gesta Romanorun hasta los novelistas cultos del renacimiento en Italia.»

Después de las autorizadas opiniones transcritas, holgarían en este trabajo cuantas ampliaciones quisiera hacer por mi cuenta.

Y cuando por todas partes se aprestan los campeones de los estudios folklóricos á aportar su contingente para la gigante empresa de reconstruir bajo un nuevo plan la historia de la humanidad, ¿seremos nosotros una excepción en este certamen científico, contando, como contamos, con uno de los mejores arsenales de esta clase de producciones, merced al carácter especial de nuestro pueblo? Muchas son, como ya he dicho, las colecciones de cuentos publicados en distintas naciones de Europa, mientras en España, hasta hoy, que sepamos, á excepción de la preciosa colección *Lo Rondallayre*, del Sr. Maspons y Labrós, en Cataluña, y unas tres docenas de cuentos andaluces publicados por Fernán Caballero en los tomos VIII y XL de sus *Cuentos, oraciones, adivinanzas, poesías populares*, etcétera, etc. (Leipzig, 1874 y 1878), no se ha dado á la estampa ninguna otra. Nuestro querido amigo el Sr. D. Antonio Machado y Alvarez ha empezado á publicar hace poco una colección que promete ser muy interesante, á juzgar por los contenidos en el primer tomo de esta misma *Biblioteca*.

La presente colección constará de cuatro ó cinco

tomos de á 300 páginas. Los tomos I y II están dedicados exclusivamente á los cuentos que el pueblo denomina *de encantamento*, y los otros á los de *adivinanzas*, *supersticiones*, *animales*, *chascarrillos*, etc.

No era ciertamente mi ánimo el haber ocupado la atención del lector: el Sr. Machado, con cariñosa solicitud, me había ofrecido escribir un prólogo, ofrecimiento que acepté reconocido, pero causas ajenas á la voluntad de mi amigo le han impedido cumplir aquella promesa, que ha sustituído con la no menos halagüeña para mí de escribir un *Post-scriptum*, que irá al final de esta obra.

Respecto á la originalidad de las producciones contenidas en ella, creo no estará de más advertir que, por el carácter especial de la vida de los narradores, las considero genuínamente tradicionales.

Bien se me alcanza que la colección que hoy ofrezco al público vendrá á ser en el vasto campo folklórico, lo que un grano de arena en el desierto; pero consuélame el pensar que somos muchos los españoles, y si á grano cabemos, tenga yo al menos la satisfacción de haber aportado el mío, que ya que sea de los más pequeños, al menos no sea de los últimos. Contribuya, pues, cada uno con el suyo, en relación con sus fuerzas, y habremos llegado á formar la montaña.

El Colector.

Sevilla, 1885.



PRIMERA PARTE

—

CUENTOS DE ENCANTAMENTO

I

LA PALOMITA

Pues señor, que estos eran tres hermanos, una hembra y dos varones, que vivían en el campo solos en una casa que tenían. La hermana era muy bonita. Un día pasó por allí el rey, que iba de caza, y entró á descansar en aquella casa; y al ver á aquella joven tan guapa, se enamoró tanto de ella, que se la llevó á su palacio para casarse. Ya que iban llegando á la ciudad, como los vestidos de ella eran al fin los de una pobre y él era un rey, no quería que entrase así en la corte, y determinó que la joven se quedase allí junto á una fuente, mientras él iba á palacio por un coche y ropa para que entrase eomo era debido. La joven no quería quedarse, temiendo que el rey se olvidase de ella, pero el rey le aseguró que volvería en seguida, y que para que nadie le hiciese daño que se subiese en un árbol que había al pie de la fuente. Se subió la joven y el rey se fué por el coche y la ropa.

Estaba la niña en el árbol, y como las ramas avanzaban y cubrían la fuente, se retrataban en el agua lo mismo la jo-

ven que el árbol. Por la tarde llegó por agua una negrita, y como al llenar el cántaro vió la imagen de la joven en la fuente, creyó que era la suya, y dijo:

—Yo, tan bonita,
¿y venir por agua?
Quebraré mi cantarito
y me iré á mi casa.

Y va, ¡trás! le da un porrazo al cántaro que lo hizo añicos y se fué á su casa.

Pasó el día y el rey no vino, por lo que la joven estaba muy disgustada. Al día siguiente llegó la negrita con otro cántaro nuevo y lo llenó; pero al ver la cara de la joven, volvió á decir:

—Yo, tan bonita,
¿y venir por agua?
Quebraré mi cantarito
y me iré á mi casa.

Y rompiendo el cántaro, se fué.

Pasó ctro día y el príncipe no llegaba; pero en cambio vió venir á la negrita con un cántaro de lata. Llegó á la fuente y llenó su cántaro; pero al ver la cara de la que estaba en el árbol, volvió á decir otra vez:

—Yo, tan bonita,
¿y venir por agua?
Quebraré mi cantarito
y me iré á mi casa.

Y, ¡trás, trás! ¡trás, trás! empezó á dar porrazos al cántaro, que como era de lata no se quebraba, y lo que hacía era *boyarlo* (1). Tantos golpes le dió, que la que estaba en el árbol se echó á reir. Entonces la negra levantó la cabeza, y al ver aquella niña tan bonita comprendió que era de ella la cara que veía en la fuente, y le dió tanto coraje que trató de vengarse.

—¿Qué haces ahí, niña?—le preguntó.

—Estoy aguardando al príncipe, que vendrá por mí, para casarme con él.

La negra, que era hechicera, pensó en sustituirla; y como hacía tres días que estaba allí y el aire la había despeinado, le dijo:

—Niña, ¿quieres bajar para que te peine?

—No, que va á venir el príncipe.

—Anda, que yo te peino en seguida, y así estarás más bonita.

La niña bajó para que la peinara, y la negra le dijo:

—¿Y eres tú sola?

(1) *Boyarlo* por abollarlo, hacerle abolladuras.

—No, señora, que tengo dos hermanos que hoy pasarán por aquí para ir á mi boda.

Se puso la negra á peinarla, y cuando estaba más descuidada, le clavó en la cabeza un alfiler y se volvió paloma, yéndose á volar por los campos.

La negra entonces vió venir dos caballeros jovenes y le preguntaron si había visto una joven de estas y estas señas que iba con un caballero joven. Ella comprendió que eran los hermanos, y para que no pudieran descubrirla, los convirtió en bueyes.

Luego se subió al árbol, y á poco vió venir al príncipe con la comitiva que venían por la niña. Bajó la negra; pero al verla el príncipe, le dijo:

—Tú no eres la que yo dejé aquí: aquella era blanca y tú eres negra.

—Soy yo misma,—dijo la negra—pero como me has tenido aquí tres días, el sol ha tostado mi cutis.

Al príncipe no le sentó bien el cambio; pero, como había dado su palabra, subió al coche con la negra y al llegar á palacio se casó con ella. La negra hizo que se llevaran los bueyes para que acarrearan tierra y piedra.

Al día siguiente apareció en los jardines del palacio una palomita blanca como la nieve, y parándose en un árbol, le dijo al jardinero:

—Jardinerito del rey, ¿cómo le va al rey con la negra mora?

—*Dormir infora*, *dormir infora.*

—Y los bueyes, ¿qué acarrean?

—Calicanto, calicanto.

—¡Ay de mí, que me quebranto!

Y echando á volar, desapareció de la vista del jardinero.

Al otro día sucedió lo mismo, y el jardinero se lo contó al rey y éste le encargó que llenase de *liria* el árbol donde se paraba la paloma. Así lo hizo, y cuando al día siguiente vino la paloma, volvió á preguntarle:

—Jardinerito del rey, ¿cómo le va al rey con la negra mora?

—*Dormir infora, dormir infora,*

—Y los bueyes, ¿qué acarrean?

—Calicanto, calicanto.

—¡Ay de mí, que me quebranto!

Fué á echar á volar y se quedó pegada al árbol. Entonces subió el jardinero y la cogió llevándosela al rey.

Este estaba tan contento con ella que no la dejaba un instante, y hacía que comiera con ellos en la mesa; pero la negra no la podía ver, y siempre estaba aconsejándole que la matase, porque cuando estaba en la mesa, comía en el plato del rey y se ensuciaba en el de la negra; pero el rey no la hacía caso.

Un día se puso el rey á acariciarla, y pasándole los dedos por la cabeza, encontró un bulto. Le desvió las plumas y vió el alfiler.

—¿Quién habrá clavado esto á este pobre animal?—dijo el rey; y tirando del alfiler lo sacó, quedándose convertida la paloma en una joven. Cuando el rey la vió, dijo:

—Esta sí que es la que yo dejé en el árbol.

Entonces la niña contó todo lo que había pasado, obligaron á la negra á que le quitara la forma de bueyes á los hermanos, y luego la mataron, casándose el rey con la niña y siendo muy felices. *Y se acabó mi cuento con pan y pimiento.*

J. (Zafra.)

VARIANTE

PERIQUITO Y MARIQUITA

Pues señor, que éste era un padre que tenía dos hijos, una hembra que se llamaba Mariquita y un varón que se llamaba Periquito. Frente á su casa vivía una viuda que tenía una hija tan fea, como bonita era Mariquita. Como el vecino era tambien viudo y estaban ricos, la viuda estaba siempre acariciando á Mariquita y le decía que si su padre quisiera casarse con ella, lo pasarían muy bien porque los cuidaría mucho. La niña se lo decía á su padre, pero él se hacía el sordo.

Un día, tanto le dijo la hija, que apurado el padre, que la quería mucho y no quería disgustarla, le dijo:

—Yo me casaré con la vecina, cuando lluevan buñuelos.

Al otro día, cuando Mariquita salió á la calle, la viuda la hizo entrar y le preguntó qué había dicho su padre.

—Me ha dicho,— contestó Mariquita, que se casará con usted, cuando lluevan buñuelos.

La viuda comprendió la negativa, pero no se desanimó

por eso, sino que aquella noche, después que todos se acostaron se puso á hacer buñuelos hasta por la mañana y llenó toda la calle, así que cuando se levantó Mariquita y vió la calle, entró para adentro diciendo:

—Padre, asómese V. verá como está la calle; han llovido buñuelos y va V. á tener que casarse con la vecina.

El padre se asomó á la calle y al ver los buñuelos, comprendió la treta y le dijo á su hija:

—Bueno, ya me casaré, pero todavía eres chica y te tratará mal, así que llegues á la cantarera (1), entonces me casaré.

Cuando la viuda supo esto, aconsejó á Mariquita lo que había de hacer y ésta, al día siguiente cuando su padre se levantó, puso una silla junto á la cantarera y, subiéndose en ella y tocando con la mano los cántaros, le dijo á su padre:

—Padre, ya llego á la cantarera, cásate con la vecina.

—Bueno,—dijo el padre,—te has empeñado en que me case y te voy á dar gusto, pero ya verás como la que sale perdiendo eres tú, porque hoy todos los mimos son para tí, pero después de casados, serán para su hija.

—¡Ay! no señor,—contestó Mariquita,—que la vecina es muy buena y me quiere mucho.

Pues señor, que se casaron y al poco tiempo como Mari-

(1) *Cantarera*, hueco hecho expresamente en la pared á poco más de un metro del suelo, que sirve para poner los cántaros del agua.

quita era muy buena y muy bonita, al contrario de la hija que era muy fea, todo el mundo la quería y la elogiaba, así que les tomó un odio á los dos hermanos, que no los podía ver y siempre los estaba maltratando, lo cual la valía muchas peloteras con el marido.

Sucedió que el padre tuvo que hacer un viaje largo, y entonces, aprovechando la ocasión, cogió á los dos hermanos, los llevó á un monte y allí los dejó abandonados. Los pobres se llevaron toda la noche vagando por aquellos campos hasta que fué de día. Entonces vieron una fuente, y, como tenían sed, se acercaron á beber, pero una viejecita que estaba allí les preguntó:

—¿Dónde vais, niños?

—Nos hemos perdido y buscamos el camino para nuestra casa, y como tenemos sed y hemos visto esta fuente, venimos á beber.

—Pues mira, no bebáis de esta fuente por que esta agua convierte en gamo á todo el que la bebe.

Se fué la vieja, y la niña no quiso beber, pero Periquito no hizo caso y bebió. Así que bebió, se convirtió en un gamito tan bonito, que era una pintura. La pobre Mariquita lloró si tenía que llorar al verse sola, pues no podía ya contar con su hermano para buscar el camino, y sentía que los cazadores fueran á matarlo creyéndole un gamo, así que no quería separarse de él.

Pasó mucho tiempo y como por allí no había nadie, ella

se mantenía de las frutas que podía coger y el gamito comía yerba. Un día pasó por allí el hijo del rey que iba de caza y al ver aquella joven tan bonita, se acercó á ella y le preguntó quién era. Ella le contó su desgracia y el príncipe se enamoró tanto de Mariquita que le dijo que si quería irse con él, se casaría con ella en cuanto llegaran á palacio.

Dijo ella que bueno, y se llevó á Mariquita con su gamito, pero antes de llegar á palacio la llevó á una fuente y le dijo que lo aguardase allí, que íba por un coche para llevársela. Se fué el hijo del rey y ella se subió á un árbol mientras el gamito estaba por allí comiendo.

A poco de estar allí, llegó á la fuente una negra á beber agua, pero al bajarse vió la cara de Mariquita que se reflejaba entre las hojas del árbol. Entonces dijo:

—¡Ay que cara tan bonita!

Miró para arriba y vió á Mariquita, diciéndole:

—Niña, ¡que despeinada te ha puesto el viento! ¿Quieres que suba á peinarte?

Mariquita la dijo que bueno y la negra subió á peinarla.

Le preguntó qué hacía allí subida y ella le contó lo que le había pasado, diciéndole que aguardaba á que el hijo del rey viniese por ella para casarse. Entonces la negra, aprovechó la ocasión de estarla peinando y le clavó un alfiler en la cabeza, quedando al momento convertida en una paloma blanca y salió volando.

Poco después, llegó el príncipe con una carroza y al llegar

al árbol y al ver á la negra le dijo que ella no era la que él había dejado, pero la negra le aseguró que sí, y, aunque con repugnancia, como la había dado su palabra, se la llevó á palacio y se casó con ella. La negra se había llevado consigo el gamito y lo hacía acarrear piedras para el jardín.

A los pocos días, estaba el jardinero del rey cuidando sus flores, cuando se apareció una paloma que le preguntó:

—Jardinerito del rey, ¿cómo le va al rey con la perla mora?

El jardinero se quedó sorprendido, pero como la paloma repitió la pregunta, la contestó:

—Muy bien, señora.

—¿Y mi hermanito el gamito?

—Acarreando piedra y calicanto.

—¡Triste de mí, que me quebranto!

Y se fué la paloma. Al día siguiente sucede lo mismo y entonces el jardinero le cuenta al hijo del rey lo que pasaba y el príncipe manda poner liria en el árbol donde paraba la paloma. Así que llegó la hora, vino la paloma y dijo:

—Jardinerito del rey, ¿cómo le va al rey con la perla mora?

—Muy bien, señora.

—¿Y mi hermanito el gamito?

—Acarreando piedra y calicanto.

—¡Triste de mí, que me quebranto!

Fué á volar, pero se encontró pegada en la liria y el jar-

dinero poniendo una escalera, la cogió y se la entregó al príncipe.

Llevó la paloma á palacio y la negra así que la vió, no quería ni verla y mandó que la mataran, pero como el príncipe tenía prohibido que se la hiciere daño, nadie se atrevía á tocarla. Cuando estaban comiendo, la paloma se subía á la mesa y comía en el plato del príncipe al mismo tiempo que en el de la negra se ensuciaba, lo cual hacía mucha gracia al príncipe y hacía rabiar á la negra. Un día el hijo del rey estaba acariciando á la paloma y al pasarle la mano por la cabeza sintió un bultito y al desviar las plumas, vió la cabeza de un alfiler y lo sacó. En el momento, desapareció la paloma quedando en su lugar Mariquita que recobró su forma anterior. Entonces dijo el rey:

—Esta sí que es la joven que yo dejé en la fuente. ¿Quién te convirtió en paloma?

Mariquita le contó entonces como cuando él se separó de ella se subió en un árbol y al poco tiempo había llegado la negra, que se brindó á peinarla y estando peinándola le clavó aquel alfiler en la cabeza, convirtiéndola en paloma y quedándose la negra en su lugar.

El príncipe se puso tan contento y mandó prender á la negra. Luego le dijo á Mariquita:

—¿Qué quieres que se haga con la negra?

—Quiero,—contestó Mariquita,—que la maten y de su pellejo hagan un tambor, de los huesos una silla y de la

grasa una untura para darle con ella á mi hermanito el gamito, para que recobre su forma de hombre.

Así lo mandó hacer el hijo del rey y en cuanto le untaron al gamito con aquella untura, se volvió un joven muy guapo, el príncipe se casó con Mariquita y todos fueron muy felices. Y se acabó el cuento.

A. (ZAFRA)

NOTA 1.ª

Poseemos una versión de este cuento recogida en Llerena (Badajoz), que no insertamos por ser exactamente igual al de Zafra, ofreciendo tan sólo las siguientes ligeras variantes que siguen:

Cuando el narrador llega al punto en que, verificado el cambio de la joven por la negra, llega el príncipe, éste dice:

—¡Jesús! ¡Y qué negra te has puesto!

—A ver, —dice la negra— de andar por los campos estos.

Y cuando la paloma acude al jardín del rey, que dice:

—Jardinerito del rey, ¿cómo le va al rey con la perla mora?

—Muy bien, señora.

En la primera versión que publicamos, hemos transcrito las palabras *dormir infora*, tal como suenan al oído y pronunciaba la cuentista, pero las consideramos una corrupción de las empleadas por otra narradora que nos lo contó hace muchos años, y que decía, *gime y plora*, *gime y plora.*

Nuestro querido amigo D. Antonio Machado y Alvarez, en la *Biblioteca de las tradiciones populares*, tomo I, ha publicado otra versión de este cuento, titulada *La negra y la tórtola*, y fué recogida en Santa Juana, (Chile) por D. T. H. Moore, en la cual se ve su origen español. El mismo señor Machado hizo ya sobre este cuento un estudio comparativo bastante extenso, en uno de los números de la revista madrileña *La América* del año 1881, si no nos engaña la memoria.

Este mismo cuento, se encuentra también en Cataluña,

según el ilustrado escritor catalán Sr. Maspons y Labrós, que nos lo presenta en su preciosa colección *Lo Rondallayre*, tercera serie, con el título de «*La colomba blanca.*»

El ilustre escritor portugués, Sr. D. Theóphilo Braga, en su coleccción de *Contos tradicionaes do povo portuguez* (Porto), trae un cuento señalado con el núm. 36 (tomo I, pág. 81), titulado *Bola-bola*, recogido en la isla de San Miguel (Azores), que es exactamente igual á este, con la sola diferencia de que la joven protagonista estaba ya casada con el rey y tenía un hijo, cuando fué convertida en paloma.

II

LAS TRES NARANJAS DE UN SALTO

Pues señor, esta era una vez una madre que tenía un hijo ya mozo. La madre quería que se casara el hijo, pero él no encontraba nada de su gusto entre las muchachas que había en el pueblo. Un día oyó hablar de una vieja hechicera y fué á verla y le dijo:

—Mi madre quiere que me case, pero yo no encuentro ninguna mujer que me guste, y vengo á ver si V. sabe dónde se encuentra la mujer más hermosa del mundo.

La vieja que todavía se le alegraban los ojos y vió que el joven era muy guapo, le dijo:

—Yo sé dónde está esa mujer que tú buscas, y estoy segura que te gustará; pero antes tienes que hacer lo que yo te diga. Mira, vas á ir por ese camino *alante*, *alante* (1), y preguntas por el palacio de *las Tres Naranjas*. Así que lo encuentres, entra en el jardín y verás un naranjo muy hermoso que sólo tiene tres naranjas. Procura cogerlas de un salto,

(1) *Alante* por adelante.

pero no te subas, porque entonces no saldrás. Así que las cojas, me las traes, y yo te diré dónde está esa joven que tú buscas.

Pues señor, así fué; tomó el camino, y, andar, andar; al cabo de mucho tiempo divisó un palacio; se llegó á él y pidió si podían recogerlo por aquella noche. La que allí habitaba, que era una joven, le dijo que dónde iba por aquellos sitios.

—Vengo buscando el palacio de las Tres Naranjas.

—Yo no sé donde está, — dijo ella,—pero mi padre, el Sol, vendrá pronto, y tal vez lo sepa.

En esto, empezó á iluminarse el palacio, y á poco llegó el Sol con un calor que no podía resistirse. Así que entró, dijo:

—¡Hija! A carne humana me huele, si no me la das, te mato.

—¡Ay!¡ padre. Es un pobre joven que me ha preguntado por el palacio de las Tres Naranjas, y yo le he dicho que usted lo sabría.

—Yo no conozco ese palacio, — dijo el Sol,—pero que vaya en *câ* mi hermana la luna, que esa quizá lo sepa.

Volvió mi hombre á tomar el camino, y anda que anda, anda que anda, hasta que divisó otro palacio y se llegó á preguntar por el de las Tres Naranjas. Salió una joven y le dijo que no lo sabía, pero que entrara, que su madre, que era la Luna, no tardaba en llegar y quizá lo sabría.

Entró el joven, y á poco empezó á clarearse la casa,

hasta que se iluminó de modo que parecía de día. Era la luna que llegaba, y que al entrar le dijo á su hija:

—A carne humana me huele, si no me la das, te mato.

—Mire V. madre,—dijo la hija,—es un pobre joven que viene de parte de mi tío el Sol, á ver si V. sabe dónde está el palacio de las Tres Naranjas.

—Yo no lo sé,—dijo la Luna,—pero que se llegue en *cá* (1) mi hermano el Aire Solana (2), que como se entra por todas partes, es fácil que lo sepa.

Salió el joven, y andar, andar; ya que había andado mucho camino, divisó otro palacio, y llegándose á él preguntó por el palacio que buscaba; pero la joven que allí estaba le dijo que no lo sabía, que aguardase á que viniera su padre, que tal vez lo habría visto.

A poco de estar allí, sintió un ruido espantoso y la casa empezó á temblar como si fuera á derribarse. En esto llegó el Aire Solana dando unos bramidos horrorosos y le dijo á su hija:

— A carne humana me huele, si no me la das, te mato.

—¡Ay!, padre,—dijo la hija,—es un pobrecito que viene de parte de mi tía la luna para que V. le diga si sabe dónde está el palacio de las Tres Naranjas.

—Sí lo sé,—repuso el Aire;—que atraviese ese monte

(1) *Cá*, por casa.
(2) Aire de levante. Es el más temible en Extremadura.

que se ve ahí enfrente, y al otro lado está el palacio que busca.

El joven, que no se hallaba allí muy bien, por el viento que hacía, le faltó tiempo para salir, y anda que te andarás, atravesó aquel monte y se encontró con un palacio muy hermoso, como él no lo había visto nunca. Como las puertas estaban abiertas y no veía á nadie, se entró *como Pedro por su casa* ó *como trasquilao po'iglesia*, y allá se metió en un magnífico jardín donde había toda clase de árboles, y entre ellos muchos naranjos cargados de naranjas, así que no sabía cuál coger. Por fin, dando vueltas, *vido* (1) uno que sólo tenía un ramo de tres naranjas, y dijo para sí:—Este ha de ser,—y, ¡zás! dió un salto muy grande, y cogió el ramo entero, y salió á escape del palacio, temeroso de que viniera alguien á quitárselas.

Pues señor, que mi hombre empezó á desandar lo andado, y ya que iba en el medio del camino, le dió hambre, y como no llevaba comida ninguna, ¿qué hizo? fué y partió una naranja.

Apenas la partió, cuando se le presentó una moza, ¡vaya una moza! y le dijo:

—¿Me das pan?

—No tengo,—contestó él.

—Pues me vuelvo á mi naranjita y me voy á mi *albo* (2).

(1) *Vido*, por vió.
(2) *Albo*, por árbol.

Y cerrándose la naranja, se desapareció.

Pues señor, aunque el pobre tenía mucha hambre, no se atrevió á partir otra hasta no encontrar algo que comer, por temor de que sucediese lo mismo, así que en la primera choza de pastores que encontró les pidió un poco de pan. Se lo dieron y siguió su camino hasta estar lejos de la choza. Entonces se sentó y partió otra naranja.

Así que la abrió, salió una moza más bonita aún que la otra, y le dijo:

—¿Me das pan?

—Aquí lo tienes,—contestó él.

—¿Y agua?

—No tengo.

—Pues me vuelvo á mi naranjita y me voy á mi *albo*.

Y metiéndose en la naranja desapareció, quedándose con una sola naranja; así que lo que hizo fué guardarse el pan, y se propuso no comerlo hasta no encontrar agua. Siguió andando, andando, hasta que llegó á encontrar una fuente en un repecho del camino. Entonces se sentó, sacó su pan, y cogiendo la última naranja que le quedaba, fué y la partió. Salió una moza que daba gloria verla: si bonitas eran las otras, más bonita era ésta; así que el joven se quedó *embobao* mirándola, hasta que ella le dijo:

—¿Me das pan?

—Aquí lo tienes,—contestó él.

—¿Me das agua?

—Sí,—le dijo él ofreciéndosela.

—Pues conmigo serás feliz,—dijo ella,—y se bebió el agua.

Así que comieron, se pusieron los dos en camino y él íba que no cabía en sí de gozo. Andar, andar, hasta que ya divisaron el pueblo, y como á causa del camino iban muy estropeados, él no quiso que ella entrase de aquel modo, y acercándose á una fuente donde había un *albo* muy grande, le dijo:

—Mira, yo no quiero que entres de esa manera en el pueblo y voy á mi casa por un coche para llevarte. Mientras tanto súbete en el *albo* y me esperas hasta que yo vuelva.

Pues señor, se subió ella en el *albo*, y como las ramas caían encima de la fuente, se veía ella sobre el agua. Entre tanto él se fué por el coche y al poco tiempo llegó á la fuente una negrita por un cántaro de agua. Al ir á llenarlo vió la cara de la que estaba en el *albo*, y creyendo que era la suya, dijo:

—Yo *nega* y tu *banca*, (1) romperé mi cantarito y me iré á mi casa.

Y, ¡trás! le dió un trastazo al cántaro y lo hizo añicos. Se fué, y volvió á poco con otro cántaro é hizo lo mismo. Vino otra vez y traía un cántaro de lata que le habría dado su ama para que no lo rompiera como los otros. Se asomó á

(1) *Nega* y *banca*, por negra y blanca.

la fuente, y como se veía siempre la cara de la que estaba arriba, dijo:

—Tu *nega* y yo *banca*, romperé mi cantarito y me iré á mi casa.

Y, ¡trás, trás! ¡trás, trás! porrazos van y porrazos vienen, y como el cántaro era de lata, se *bollaba* pero no se rompía. Por fin, tan atareada estaba la pobre negra en su faena, que la del *albo* soltó una *carcajá*, y la negra al oirla miró *pâ'rriba* y vió á aquella joven tan bonita, y dijo:

—¡Ay, qué niña tan bonita! ¿Quiéres que suba á espulgarte?

—No señora, que yo bajaré,—dijo ella.

—No,—contestó la negra,—yo subiré.

Subió al *albo* y se puso á espulgarla, y cuando ella estaba descuidada, sacó un alfiler de á ochavo y se lo clavó en la cabeza. La joven dió un grito y se volvió una paloma blanca muy bonita.

La negra se bajó, y cogiendo su cántaro se fué á su casa. Al poco tiempo llegó el joven con el coche, y por más que buscaba, no encontraba la joven por ninguna parte. Se puso tan disgustado y se arrepentía de haberla dejado allí sola, pero como ya no tenía remedio, dispuso volverse á casa, y como en el *albo* vió aquella palomita tan linda y no huía, la cogió y se la llevó á su casa, contándole á la madre lo que le había pasado.

Tanto á la madre como al hijo les gustó tanto la palomita,

que no sabían donde ponerla y andaba por donde quería. La madre, sobre todo, siempre la tenía en la falda acariciándola. Un día reparó que la paloma no hacía más que rascarse la cabeza con la patita, y entonces, creyendo que tendría algún piojillo, se puso á espulgarla y le *vido* el alfiler.

—¡Ay! pobre animalito,—dijo,—¿quién le habrá clavado este alfiler?

Llamó al hijo para que lo viera, y se lo arrancaron. En seguida se volvió una moza, que ¡yá!; vamos, como que era ella. Entonces el hijo la dió un abrazo y le dijo á su madre:

— Madre, esta es la joven que yo había dejado en el *albo*.

La madre la abrazó también, y uno y otra le preguntaron cómo era que se había convertido en paloma. Ella les contó todo lo que le había pasado en la fuente, y mandaron buscar á la negra que era una hechicera y lo había hecho por envidia; la mataron, y ellos se casaron luego, y fueron felices por toda su vida.

J. (ALANGE)

NOTA 2.ª

Este cuento no es sino una variante del anterior, presentada con otros detalles en el principio. Esta misma diferencia se encuentra en otras partes donde existen versiones exactamente iguales á la una y á la otra. El mismo Sr. Braga trae en su colección, y recogida en la isla de San Miguel, una versión titulada *As noces* (tomo I, pág. 106), que es exactamente lo mismo; y en el mismo tomo (pág. 108), presenta otra, reco-

gida en Porto, igual en un todo al número II de esta colección, con sencillas variantes en los detalles, titulada, *As trez cidras do amor.*

El Sr. D. Silvio Romero, profesor del colegio de Pedro II, en Río Janeiro, ha publicado recientemente una colección de *Contos popularez do Brazil* (Lisboa, 1885), que contiene 42 cuentos brasileños de procedencia europea, 19 de origen africano y 7 mitos, ó fábulas de origen tupí. Entre los primeros, y señalado con el número XIV, trae uno titulado *A moura torta*, que es igual á la versión extremeña en que me ocupo.

III

EL MÁGICO PALERMO

Pues señor, esta vez era una reina que tenía un hijo que era muy vicioso y todo lo jugaba. Un día jugó todas sus joyas y sus posesiones, y todo lo perdió, por lo que se salió al campo desesperado. Había oído decir que el Mágico Palermo, era inmensamente rico y que además, como era mágico, podía todo cuanto quería. El príncipe, no quedándole otro recurso, salió á la aventura á buscarlo, pues no sabía donde habitaba, pero cuando menos lo esperaba se le presentó el mágico:

—Sé que me buscas,—le dijo,—¿qué me quieres?

—Busco á V. por que he jugado cuanto tenía y lo he perdido, y quisiera que V. me diera los medios para recuperarlo.

—Bueno, voy á darte una talega, con la cual ganarás todo cuanto juegues, pero ha de ser con la condición de que dentro de un año, en tal fecha y á tal hora, has de pagarme lo que te doy en mi misma casa, que está de *aguas allá*, y te has de casar con una de mis hijas.

—Convenido,—dijo el príncipe,—así lo haré.

Cogió la talega, se puso á jugar, y, no solo recobró lo per-

dido sino que ganaba cuanto jugaba, por lo que no había quien quisiera jugar con él.

Pasó el año y queriendo cumplir su palabra se fué en busca del Mágico Palermo. Se puso en camino y, andar, andar, hasta que llegó á un palacio. Salió una vieja y la preguntó si sabía dónde se encontraba el palacio del Mágico Palermo.

—Yo no lo he oído nombrar en toda mi vida,—dijo la vieja,—pero aguárdese V. que este es el palacio de las aves menores y tal vez alguna sepa dónde existe.

Se quedó allí aquella noche y conforme iban llegando todas las aves, la vieja les iba preguntando si sabían dónde vivía el Mágico Palermo, pero ninguna supo darle razón.

—Pues ya lo oye V.,—dijo la vieja,—ninguna lo sabe, lléguese V. al palacio de las aves mayores, que esas como andan más que éstas, puede que lo hayan visto.

Se fué el príncipe y, anda que andarás, hasta que por fin divisó otro palacio que era el de las aves mayores. Así que llegó vino una vieja á preguntarle qué se le ofrecía.

—Yo señora, vengo buscando el palacio del Mágico Palermo y desearía que V. me lo dijese si lo sabe.

—Yo no lo sé,—dijo la vieja,—pero entre V. que aquí duermen todas las aves mayores y puede que alguna lo haya visto.

Fueron entrando las aves á recogerse y la vieja les iba preguntando, pero todas decían que no lo sabían. Por fin llegó el águila y la vieja la dijo:

—Mira, ahí hay un joven que viene buscando el palacio del Mágico Palermo y quisiera saber si tú, que tanto andas le has llegado á ver.

—Sí,—dijo el águila,—sé donde se encuentra, pero no le es fácil el ir, por que está de *aguas allá*, y él no puede hacer ese viaje.

—¿Y tú no podías llevarlo?

—Yo, si tú te empeñas lo llevaré; pero es necesario que mate su caballo y un carnero y cada vez que yo le pida de comer que me dé un cuarto de carne, porque si yo me debilito en el camino, los dos caeremos al mar y como la distancia es muy larga no sé si tendré bastante. Si esto le conviene que esté dispuesto para mañana por la mañana.

La vieja le contó al príncipe lo que le había dicho el águila y él, que lo que deseaba era llegar al palacio del Mágico, mató el caballo y un carnero y se dispuso para el viaje.

Así que amaneció echó el caballo y el carnero sobre el águila y subiéndose él luego, se remontó el águila á los aires y empezó á volar con alguna pausa por el mucho peso que llevaba. Cuando ya llevaban pasado algún tiempo, el águila graznó y volvió el pico y el príncipe le dió un cuarto del caballo. Al poco tiempo tuvo que darle otro y así sucesivamente le fué echando los otros dos y los cuatro del carnero y todavía no se veía más que agua. Ya se había acabado la carne cuando el águila volvió á graznar y entonces él le dijo:

—Pica de mi muslo, que ya no tengo.

En esto se vió tierra y el águila, aunque se sentía muy débil, hizo un esfuerzo y pasando la mar lo depositó en tierra diciéndole:

—Si tardamos un poco de tiempo más en llegar, caemos al agua porque ya estaba rendida. ¿Ves aquel edificio que se ve á lo lejos? Pues aquel es el palacio que buscas, en cualquier apuro que te veas dices: «¡Válgame el águila!» y yo te salvaré.

Y echando á volar desapareció de aquel sitio.

Llegó el príncipe al palacio y, apenas entró, salió el Mágico á recibirlo.

—Vengo á pagarle á V. la talega que me *emprestó*, para que vea que yo cumplo mi palabra,—le dijo el príncipe.

—Bien,—contestó el Mágico,—tambien á mí me gusta cumplir las mías, te ofrecí que te casarías con una de mis hijas, pero antes, es necesario que sufras algunas pruebas á que voy á someterte. Acércate á esta ventana. ¿Qué es lo que ves?

—Cielo, agua y monte.

—Pues bien, es necesario que en veinticuatro horas, quede ese monte arrancado, arado, sembrado, y que del trigo que recojas me tengas un bollito caliente para tomar el chocolate.

—¿Y cómo voy yo á hacer tantas cosas en veinticuatro horas?

—No te doy ni una más. Si para mañana no lo tienes hecho, tu vida es mía.

—¡Pues ahora sí que estamos bien!,—dijo para sí el príncipe, y saliéndose al campo dijo:—¡Válgame el águila!

Tan pronto como dijo esto se le apareció una joven hermosísima que le dijo:

—Yo soy la hija menor del Mágico Palermo y vengo á cumplirte la palabra que te dió el águila que obedecía mis órdenes. Mi padre, comprende que entre sus tres hijas vas á elegirme á mí y como no quiere que yo me vaya, trata de ponerte dificultades para que, no pudiendo vencerlas, renuncies á la promesa que te tiene hecha; pero no tengas cuidado que yo vendré siempre en tu ayuda. ¿Qué es lo que te ha exigido hoy?

—Quiere que en veinticuatro horas, are y siembre ese monte y que le tenga un bollo cocido para tomar el chocolate.

—Bien; pues no tengas penas, acuéstase á dormir que yo cuidaré de que todo esté hecho.

Así fué, se acostó y cuando se levantó por la mañana, vió todo el monte convertido en rastrojo y á la hija del Mágico que le entregó un bollo caliente envuelto en una servilleta, diciéndole:

—Toma, llévale el pan á mi padre, pero cuidado, que no le digas nunca que yo he venido á ayudarte.

Cogió el príncipe el bollo y se lo llevó al Mágico, que así que lo vió se asomó á la ventana y como viera el rastrojo le preguntó qué cómo había hecho aquello.

—Eso para mí es muy fácil,—dijo el príncipe.

—Bueno, pues ahora tienes que sufrir otra prueba.—Y llevándolo á las cuadras le enseñó un caballo muy hermoso que allí había, diciéndole:

—Es preciso que domes mañana ese caballo, pero te advierto que es muy indómito y que el menor descuido puede costarte la vida.

El príncipe le dijo que bueno, que se haría, y saliéndose al campo llamó al águila y se le apareció la hija del Mágico.

—¿Qué me quieres?

—Que tu padre me ha mandado que dome un caballo que tiene en la cuadra, advirtiéndome que es muy indómito.

—Bueno; pues mira, mañana sacas el caballo que ya estará con los arreos puestos, pero no te montes; lo llevas al campo y preparas una buena vara que no se rompa. Ten presente que el caballo es mi padre, la silla mi madre, los estribos mis hermanas y la brida soy yo. Así, cuando estés en el campo, empiezas á palos con el caballo, la silla y los estribos, pero cuida de no dar en la brida, que entonces me das á mí.

Pues señor, que así como se lo había dicho, así lo hizo. Por la mañana sacó el caballo al campo y con un vendo que llevaba á prevención, le armó una de palos que le crugían los huesos. El caballo se encabritaba, pero él, palo y más palo al caballo, á la silla y á los estribos, hasta que el caballo se rindió. Se fué al palacio y lo primero que vió fué al Mágico, á su mujer y á las dos hijas mayores que

estaban en la cama y todos vendados. Les preguntó qué era lo que les había pasado y le dijeron que se había caído una pared y los había lastimado.

Pasaron unos días y se pusieron buenos y el Mágico estaba desconfiado, porque había visto que á la hija más pequeña no la había tocado nada de la paliza y temía que fuera ella la que le ayudase al príncipe.

—Mira,—le dijo al joven,—vas á sufrir la última prueba, hace muchos años que á mi abuela se le cayó en el mar un anillo, yo tengo empeño por él, y es preciso que lo saques.

—Bien,—dijo el príncipe,—yo trataré de sacarlo.

Salió al campo y dijo:—¡Válgame el águila!,—y al momento apareció Luisa (que así se llamaba la hija menor del Mágico), que le preguntó:

—¿Qué tienes? ¿Qué te ha pedido mi padre?

—Quiere que le saque un anillo que se le cayó en el mar á su abuela.

—Esta prueba es más expuesta, pero tambien la haremos. Para ello tienes que matarme.

—Pues entonces, que se quede en el mar el anillo, que yo no te mato.

—Sí, vas á matarme; pero no tengas miedo; que yo vuelvo á resucitar. Cojes un cuchillo, me matas y cortas mi cuerpo en pedazos, los recojes en una servilleta y los echas al mar; pero ten cuidado que no se caiga ninguno en el suelo, por que lo tendré luego de menos en mi cuerpo.

El príncipe no se atrevía á hacerlo, pero tantas seguridades le dió Luisa que al fin lo hizo como ella le había dicho. Después de matarla, cortó el cuerpo en pedazos y lo echó al mar, pero en la servilleta se quedó pegado un pedazo de carne que se cayó al suelo. Al poco rato empezó el agua á levantar espuma y en seguida salió Luisa con el anillo que entregó al príncipe, pero en la mano izquierda la faltaba el dedo pequeño.

—¿Lo ves?,—le dijo,—no has tenido cuidado y me falta este dedo, y si mi padre lo ve, va á conocer que yo te he ayudado á vencerlo.

El príncipe se fué con su anillo y se lo entregó al Mágico que al verlo, dijo para sí:

—Aquí tiene que andar por fuerza mi hija Luisa.

Cuando llegaron las tres, el padre las estuvo examinando y como vió que la chica tenía puesto un pañuelo en una mano le dijo que qué tenía.

—No es nada,—contestó ella,—es que me hice una cortadura, pero esto se quita en seguida.

Pero el padre no se dejó engañar y dijo para sí:

—Ya sabía yo que mi hija andaba en todo esto; pero me la han de pagar.

Entonces, como no podía dejar de cumplir lo ofrecido, le dijo al príncipe:

—Has hecho todo lo que te he exigido, ahora me toca á mí cumplirte mi palabra y te voy á dar á elegir una de mis

hijas, pero la elección has de hacerla con los ojos vendados.

El joven se vió muy apurado con el capricho del Mágico, pero vió á Luisa que le enseñaba la mano en que le faltaba el dedo y entonces aceptó la proposición. Le vendaron los ojos y el Mágico llamó á sus tres hijas; el príncipe las iba cogiendo las manos y al conocer la de Luisa, dijo que aquella era la que quería. Al padre no le gustó, pero ya no tuvo más remedio y los casó; pero jurando que se la habían de pagar los dos.

Por la noche cuando se fueron á acostar, oyeron la voz del padre que decía:

—¡Luisa, Luisa!

—¿Mande usted, padre?—Y volviéndose al marido le dijo:

—Mi padre está furioso conmigo porque lo hemos vencido y ha determinado matarnos, por lo tanto, es preciso que nosotros procuremos salvarnos. Ve á la cuadra y allí verás dos caballos, el más gordo anda treinta leguas en una hora y el más delgado, cuarenta. Coje el de cuarenta y avísame cuando esté ensillado.

Se fué el príncipe y entre tanto, ella estuvo escupiendo en una redoma. Cuando volvió oyeron que el padre la llamó de nuevo y ella contestó.

—¿No lo ves?—le dijo,—está aguardando á que deje de contestar para venir á matarnos, pero las salivas que he

puesto en esa redoma, contestarán por mí; entre tanto que se sequen, estaremos lejos.

Bajaron al patio y al ver el caballo le dijo ella:

—¡Válgame Dios, hombre! Has equivocado el caballo.

—Iré si quieres por el otro.

—No, ya no es tiempo, vámonos cuanto antes.

Se montaron y salieron á escape por aquellos campos.

Entre tanto el padre, de cuando en cuando, decía:

—¡Luisa, Luisa!

Y la saliva contestaba:

—¿Mande usted padre?

Pero como la saliva se iba secando, cada vez era el eco más débil, hasta que se apagó y entonces dijo el padre:

—Ya están dormidos; ahora me la pagarán.

Cogió una espada y se fué derecho á la alcoba y al ver que no estaban, comprendió que se habían escapado y bajó á la cuadra. Al ver el caballo, dijo:

—Todavía puedo cogerlos, pues han dejado el caballo de cuarenta leguas.

Montó á caballo y salió tras ellos y aunque llevaban mucha delantera, como su caballo andaba diez leguas más por hora, pronto lo vieron venir.

—Somos perdidos,—dijo Luisa,—porque mi padre nos viene á los alcances, pero ya veré el modo de librarnos. Ahora cuando llegue mi padre, el caballo se volverá una

huerta, tú el hortelano y yo una lechuga; si te pregunta hazte el sordo.

Pues señor, que tal como ella lo dijo, así sucedió. Llegó el padre y al ver al hortelano le preguntó:

—Buen hombre, ¿ha visto usted pasar por aquí un hombre y una mujer que iban á caballo?

—No tengo más que esta lechuga, pero es buena.

—Si no digo eso; sino si ha visto pasar por aquí dos jóvenes á caballo.

—Este año hay pocas, pero el que viene habrá más.

—¡Anda que te lleven los demonios!—dijo el Mágico y se volvió al palacio, contándole á su mujer lo que le había pasado.

—Has sido un tonto,—le dijo su mujer,—esa huerta, ese hortelano y la lechuga, eran ellos que te han engañado.

El padre salió otra vez, pero ya no encontró la huerta, pues ellos así que él se volvió, continuaron su camino. Ya iba alcanzándoles otra vez, cuando Luisa dijo:

—Ya viene ahí mi padre; vuélvase el caballo una ermita, tú un ermitaño y yo la imagen.

En seguida se volvió todo como ella había dicho y cuando el padre llegó le dijo:

—Ermitaño, ¿ha visto usted pasar por aquí dos jóvenes á caballo?

—Aceite pâ la lámpara. Aceite pâ la lámpara.

—Yo no digo eso, si no ¿si ha visto usted pasar por aquí dos jóvenes?

—Ya se está acabando, ya se está acabando.

El Mágico dió al demonio los sordos y se volvió echando *petiscos*.

Cuando la madre se enteró le dijo:

—Ese ermitaño era él y ella la imagen, corre tras ellos y sea lo que sea que te encuentres, tráetelo; que ellos son.

Pues señor, que salió el Mágico furioso, jurando que no se habían de escapar, y ya iba dándoles alcance, cuando Luisa sacó un huevo y arrojándole al suelo se convirtió en un mar que los separó de su padre. Cuando el Mágico vió que no podía cogerlos, le dijo:

—Permita Dios que cuando te acaricie un perro ó te abrace una vieja la olvides.—Y se volvió á su palacio.

Ellos siguieron su camino y llegaron á su tierra y antes de entrar en la población, la dijo el príncipe:

—Espérate aquí que yo voy por los coches y todo lo necesario para que entres de la manera que te corresponde.

—No quisiera separarme de tí porque me vas á olvidar según la maldición de mi padre.

—No tengas cuidado que yo procuraré que nadie me abrace.

Se fué al palacio y así que lo vieron, todos venían á felicitarlo y á abrazarlo, sobre todo su madre, pero él no consintió que nadie lo abrazara. Dió las órdenes para que pre-

pararan los coches y una comitiva para ir por la que había de ser su mujer, diciéndole á su madre:

—Estoy rendido y voy á acostarme un rato, cuando todo esté dispuesto que me avisen.

Se acostó y se durmió, en esto que llegó la abuela y dormido como estaba lo estuvo abrazando.

Cuando todo estaba dispuesto, le llamó la reina y le dijo:

—Ya está dispuesta la comitiva y los coches.

—¿Qué comitiva?—dijo el príncipe.

—¿A ver? la que mandastes preparar para ir por tu mujer.

—Usted está soñando, ni yo he mandado preparar nada, ni yo tengo mujer, ni ese es el camino.

La reina se pensó que su hijo estaría loco ó que les había querido dar una broma, y era que como la abuela lo había abrazado se le olvidó todo, como le dijo el Mágico.

Entre tanto la pobre de Luisa le estuvo aguardando inútilmente y viendo que no venía, entró en la población y se colocó de doncella en casa de unos señores muy ricos. Estos señores tenían una hija muy guapa de la que se enamoró el príncipe y la pidió en matrimonio.

Se dispuso el casamiento y entonces Luisa le propuso á su señora, para distraer á la reunión, el hacer un teatro pequeño donde trabajarían unos muñecos que ella tenía. La señora la dijo que bueno y ella estuvo vistiendo dos muñecos, uno lo vistió de mujer con un traje igual al suyo y al otro

le puso un vestido como el que llevaba el príncipe cuando fué á llevar el dinero.

Llegó el día de la boda, y cuando estaban todos reunidos, pasaron á un salón donde estaba preparado un teatro pequeñito, detrás del cual estaba oculta Luisa. Sacó las muñecas por medio de unos alambres, y la muñeca que llevaba una porra le decía al muñeco.

—Cristóbal; ¿te acuerdas cuando fuístes á buscar el palacio del Mágico Palermo y te llevó un águila sobre sus alas?

—No,—contestó el muñeco, y la muñeca le dió un porrazo.

El príncipe se estremeció, pues sintió el golpe como si se lo hubieran dado á él. Los muñecos continuaron.

—Cristóbal; ¿te acuerdas cuando el Mágico te mandó sembrar un monte, y luego, del trigo amasar un bollo para tomar el chocolate?

—No.—Nuevo porrazo.

—¿Te acuerdas cuando domaste el caballo?

—No.

—¿Te acuerdas cuando te mandó sacar del mar el anillo?

—No.

El príncipe, aunque sentía los golpes, no decía una palabra, y Luisa estaba ya desesperada viendo que no recordaba nada; entonces le dijo al muñeco:

—¿No te acuerdas cuando perseguidos por mi padre, nos

echó la maldición de que me olvidarías al abrazarte alguna vieja?

Y como el muñeco dijera que no, le descargó un palo que lo *espampanó*. El príncipe sintió un dolor tan fuerte, que dando un salto se llevó la mano á la frente y empezó á recordar. Le preguntó á la novia que quién había hecho aquéllo, y como ésta dijera que era su doncella, la hizo salir, y al ver á Luisa, acabó de acordarse. Entonces, cogiéndola de la mano se dirigió á su madre y le dijo:

—Señora, cuando yo me acosté al volver de mi viaje, ¿me abrazó alguien estando dormido?

—Sí,—le dijo la reina,—fué tu abuela la que te abrazó.

—Pues bien, aquel abrazo me hizo olvidar del encargo que le dí á usted antes de acostarme; ésta es la mujer que me aguardaba y con la que voy á casarme.

Entonces se fueron á palacio y se casó con Luisa y fueron muy felices, quedándose la otra compuesta y sin novio.

Y se acabó mi cuento, *con pan y rábano tuerto.*

J. (ALANGE)

IV

EL CASTILLO DE «IRÁS Y NO VOLVERÁS»

Pues señor, este era un príncipe; y era muy jugador. Todo cuanto jugaba lo perdía, así es que contrajo muchas deudas. Un día que estaba muy triste, se le apareció un caballero y le preguntó qué era lo que tenía; él se lo contó, y entonces el caballero le dijo que él le daría el don de ganar siempre, con la condición de que el día que se le apareciese en la cuadra un caballo, había de montarse en él y ir á buscarlo al castillo de «Irás y no volverás». El príncipe convino en ello, y el caballero desapareció.

Pasó mucho tiempo y el príncipe estaba tan alegre porque todo cuanto jugaba lo ganaba, y ya ni se acordaba del compromiso que había contraído con el caballero de ir á buscarlo.

Un día fué á la cuadra, y se encuentra un caballo desconocido; preguntó á los criados y ninguno lo había visto entrar. Entonces se acordó del contrato que había hecho, y montando en el caballo salió por aquel campo, dejándose guiar adonde el caballo lo llevaba.

Pues señor, que el caballo tomó un camino y andar, andar,

andar, hasta que llegó á un castillo donde salió una vieja que le dijo:

—¿Qué busca usted, joven?

—Usted podría darme razón del castillo de «Irás y no volverás».

—Yo no conozco ese castillo, pero este es el de mi hija la Luna y ella quizá lo sabrá. Espérese usted hasta que venga.

Se puso á descansar, cuando al poco tiempo llega la Luna.

—¡Madre!, á carne humana me huele, si no me la das te mato.

—¡Ay, hija mía! es un pobre joven que viene á ver si tú sabes dónde se encuentra el castillo de «Irás y no volverás».

—Yo no conozco ese castillo, pero mi hermano el Sol quizá lo sepa.

Volvió á montar en su caballo y andar, andar, andar, hasta que llegó á otro castillo, donde salió otra viejecita y le preguntó lo que buscaba.

—Vengo buscando el castillo de «Irás y no volverás».

—Yo no sé dónde se encuentra, pero ya vendrá mi hijo el Sol, y ese puede que lo conozca.

Entró dentro, y al poco tiempo vió llegar una claridad tan grande, que se quedó deslumbrado. Llegó el sol, y dice:

—A carne humana me huele, si no me la das te mato.

—¡Ay, hijo mío! es un pobre joven que viene buscando el castillo de «Irás y no volverás».

—No he oído nunca ese nombre, pero puede que mi her-

mano, el Aire, lo sepa, que él penetra en todas partes.

Se fué el príncipe y continuó su camino hasta que encontró otro castillo. Llamó, y salió á abrir otra vieja que también le preguntó lo que deseaba.

—Yo, señora, vengo buscando el castillo de «Irás y no volverás».

—Pues espere usted que venga mi hijo el Aire, á ver si lo sabe.

Al poco rato sintió un frío grandísimo, y era que el Aire se iba aproximando. Así que llegó le dijo á la vieja.

—Madre, á carne humana me huele, si no me la das te mato.

—No te enfades, es que hay ahí un pobre joven que pregunta por el castillo de «Irás y no volverás».

—Yo no lo conozco, pero que vaya en casa de mi hermano el Huracán, y ese le dará razón.

Pues señor, que el príncipe cogió su caballo y andar, andar, andar, llegó á otro castillo donde halló otra vieja que le preguntó dónde iba.

—Voy en busca del castillo de «Irás y no volverás».

—Espérate un poco, que puede que mi hijo lo sepa.

Entró el príncipe, y á poco, sintió un ruido espantoso que lo atemorizó, y era que llegaba el Huracán bramando y haciendo un estrépito infernal. Cuando llegó le dijo á la vieja:

—¡Madre!, á carne humana me huele, si no me la das te mato.

—¡Ay, hijo mío! es un pobre joven que viene recomendado de tu hermano el aire, para que le digas dónde se halla el castillo de «Irás y no volverás».

—Justamente vengo ahora de allí. Muchos van á ese castillo, pero ninguno vuelve. Yéndose por ese camino adelante, encontrará un río, y sobre el río, tres vestidos; que coja uno y ya se lo dirán. Sólo le aconsejo una cosa: que no sea ambicioso, pues de la elección depende su suerte.

Cogió el príncipe su caballo así que la vieja le dijo lo que había dicho el Huracán, y continuó su camino hasta que encontró un río, y sobre el agua había dos vestidos grandes y uno chico. Se acordó de lo que había dicho el Huracán y cogió el más chico.

Tan pronto como lo cogió se le apareció una joven muy hermosa que le dijo:

—¿Qué me quieres?

—Deseo saber dónde está el castillo de «Irás y no volverás».

—Ese es el castillo de mi padre que es hechicero, y si vas á él, han de querer matarte, porque todo el que entra, no vuelve á salir; por eso se llama el castillo de «Irás y no volverás». Pero no tengas cuidado que yo te salvaré. Yo soy Blanca-Flor, la más pequeña de sus tres hijas. Mira, aquello que se ve á lo lejos es el castillo: cuando entres en él, todas han de querer abrazarte, pero no lo consientas, y si te sacan una silla de oro, no te sientes, porque te abrasarás en

seguida. En cualquier apuro que te encuentres, dices: ¡Válgame Blanca-Flor! Sobre todo, aunque me veas en el castillo, no te des por entendido de que me conoces.

Y diciendo esto, desapareció la joven.

Pues señor, que el príncipe se dirigió al castillo dispuesto á hacer lo que le había dicho.

Al llegar, salieron á recibirle con mucha alegría el padre, la madre y las tres hijas y quisieron abrazarle, pero se excusó. Luego le trajeron una silla de oro, pero el príncipe dijo que era demasiado rica para él y prefirió otra de palo.

El dueño del castillo, al ver que lo rehusaba todo, no hacía más que mirar á Blanca-Flor, que estaba á un extremo de las hermanas, y decía:

—Blanca-Flor, Blanca-Flor, sal al medio.

Pero Blanca-Flor no salía, y se quedaba en la punta.

Viendo el padre que por aquellos medios no había conseguido nada, lo llamó un día, y le dijo:

—Es necesario que me des una prueba de lo que sabes hacer. ¿Ves aquel monte? Pues es preciso que en veinticuatro horas lo ares, lo siembres, recojas el grano y lo hagas pan, y si no lo haces, tienes pena la vida.

El príncipe se calló y se fué al campo. Cuando se vió solo, dijo:

—¡Válgame Blanca-Flor!

En el momento se apareció ella, y le dijo:

—¿Qué me quieres?

—Que tu padre me ha mandado esto y esto.

—Bueno, no tengas cuidado; acuéstate tranquilo, que para mañana estará todo hecho.

Y así fué: cuando él se levantó, ya estaba allí Blanca-Flor con el pan cocido y el monte como de haber sido segado. Ella le dijo:

—Toma el pan y llévaselo á mi padre, pero cuidado como te se escapa el decir que me has visto.

Pues señor, fué mi hombre y le llevó su pan al padre, y éste al ver aquello y no queriendo que se le escapase, le dijo:

—Bien; ahora quiero que aquel otro monte lo siembres de cepas, y por la mañana me tengas un racimo de uvas frescas y un vaso de vino de la viña.

El príncipe salió al campo, y dijo:

—¡Válgame Blanca-Flor!

Y en seguida apareció ella más guapa que nunca.

—¿Qué te ha mandado ahora mi padre?—le dijo.

—Me ha dicho que siembre aquel monte de cepas y que de las uvas le tenga mañana un vaso de vino.

—Bueno, pues no te apures; acuéstate que yo me cuidaré de ello.

Y así sucedió: cuando llegó la hora, ya Blanca-Flor le tenía preparado el vino, y el monte se veía lleno de parras. Cogió él su vino, y fué á llevárselo al amo del castillo, que cada vez más desconfiado de su hija, se quedó mirándola, y el decía:

—Blanca-Flor, Blanca-Flor, sal al medio.

Pero Blanca-Flor se hacía la sorda, y siempre salía á una punta.

Visto esto, el padre determinó acabar, y dijo al príncipe:

—Mira, hace unos cuantos años que se me cayó en el mar un anillo, y que era necesario que se lo trajese.

Se fué él al campo y llamó á Blanca-Flor, que se presentó en seguida, y le preguntó qué quería.

—Tu padre me ha mandado que saque un anillo que hace muchos años que se le cayó en el mar.

—Eso es lo más difícil que te ha pedido, y bien se conoce que desconfía de mí; pero si tú me ayudas, también lo haremos.

—¿Qué es menester que yo haga?—dijo el príncipe.

—Mira, es preciso que cojas un cuchillo y me mates.

—Yo no hago eso.

—Pues es preciso que lo hagas, porque sinó, te matará mi padre y tú no resucitarás como yo resucitaré aunque tú me mates. Cojes un cuchillo y me matas, pero ten cuidado de recoger la sangre en esta redoma sin que se vierta una gota al suelo, y luego la echas al mar.

El príncipe lo hizo como ella lo había dicho, pero le tembló el pulso, y se cayó al suelo una gota. Así que echó la redoma al mar, empezó á levantarse mucha espuma, y á poco apareció Blanca-Flor con el anillo, pero al dárselo, notó el príncipe que traía un dedo lleno de sangre.

—¿Qué tienes en el dedo?—le dijo.

—Es que te tembló el pulso y vertiste una gota de sangre, y por eso tengo esta herida.

Cuando le llevó el anillo, el caballero miró á sus hijas, y dijo:

—Blanca-Flor, Blanca-Flor, sal al medio.

Blanca-Flor no salió, pero aunque procuraba ocultar la mano, su padre vió la sangre y se puso furioso porque conocía que su hija le engañaba, y era la que ayudaba al príncipe.

Así que se fueron á acostar por la noche, el príncipe fué al aposento de Blanca-Flor que se lo había encargado por la tarde.

Entonces, le dijo ella.

—Mira, mi padre ha conocido que yo soy la que te ayudo, y ha dispuesto matarnos. Es preciso que huyames ahora mismo. Baja á la cuadra, allí hay dos caballos; uno es *el Viento* y otro *el Elemento*: coge *el Viento* y avísame.

—Blanca-Flor, ¿estás ahí?—Dijo entonces el padre.

—Sí,—contestó ella.

Y dirigiéndose al príncipe, le dijo:

—¿Lo oyes? Está aguardando á que me duerma para matarnos. Corre, y haz lo que te digo.

Salió el príncipe, preparó el caballo y volvió á avisarla. Entonces ella echó tres salivas y salieron: cuando llegaron adonde estaba el caballo, dijo Blanca-Flor.

—Somos perdidos, pues te has equivocado y has dejado *el Viento*, trayéndote *el Elemento* que corre menos.

—Deja, iré en un momento á cambiarlo.

—No, ya no hay tiempo que perder.

En esto oyeron la voz del padre que decía:—Blanca-Flor, ¿estás ahí?

—Aquí estoy.—contestó una de las salivas.

—¿Lo oyes? En cuanto contesten las otras dos salivas que he dejado saldrá á buscarnos.

Montaron en *el Elemento* y salieron á todo correr. Entretanto el padre, así que pasó un rato, dijo:

—Blanca-Flor, ¿estás ahí?

—Aquí estoy,—contestó la segunda saliva.

Volvió á llamar, y respondió la tercera; y así que llamó y no le contestaron, dijo:—Ya está dormida y no puede defenderse ni defender al príncipe.

Entonces fué á la habitación del príncipe, y como no lo encontró, fué á la de su hija. Cuando vió que no estaba, dijo:

—¡Ah, infames! que se han burlado de mí.

Bajó á la cuadra, y al ver que faltaba un caballo, dijo:

—Ya sabía yo que se habían escapado, pero yo los alcanzaré, porque se han dejado aquí *el Viento*.

Y montando el caballo salió tras ellos como una exhalación.

Como el caballo suyo corría más que el que ellos lleva-

ban, ya les iba dando alcance cuando Blanca-Flor lo apercibió, y dijo:

—Somos perdidos; mi padre viene tras de nosotros, y nos alcanzará pronto; ya veremos si logro engañarle.

Y quitándose el peine de la cabeza, lo tiró al suelo, y en seguida el caballo se convirtió en una huerta, él en hortelano y ella en una col.

Al poco tiempo llegó el padre, y le preguntó:

—Hortelano, ¿ha visto usted pasar dos jóvenes á caballo?

—Si quiere usted coles, no queda más que ésta.

—No digo eso, sino que si ha visto usted pasar por aquí dos jóvenes á caballo.

—No queda más que esta, y es para semilla.

Viendo que el hortelano era sordo y no viendo camino ninguno más allá de la huerta, se volvió á su castillo. Cuando llegó, le contó á su mujer lo que había visto, y ella le dijo:

—Te has dejado engañar por tu hija: esa huerta era el caballo, él era el hortelano y ella la col; vuelve otra vez, y si la encuentras, tráetela.

Salió otra vez el padre y no encontró la huerta, porque ellos, cuando se volvió, habían seguido su camino; pero no tardaron mucho en volverle á ver que los iba alcanzando. Entonces Blanca-Flor tiró una navaja, y se convirtieron: el caballo en ermita, él en ermitaño y ella en una lámpara. Cuando llegó el padre, le preguntó al ermitaño, pero éste le dijo:

—Hermano, aceite pâ la lámpara.

—Entonces el padre se volvió sin encontrarlos, pero la mujer le dijo que si hubiera cogido la lámpara, que esa era su hija. Salió otra vez jurando y perjurando, que fuera lo que fuese en lo que se convirtiera, que se lo había de llevar á casa.

Pues señor, que aunque ellos habían ya ganado mucho terreno, gracias al caballo *el Viento* no tardó en darles alcance; entonces Blanca-Flor, conociendo que estaba perdida si su padre los alcanzaba, arrojó un puñado de sal detrás del caballo, y entre ellos y el padre se presentó un mar tan grande que el padre no pudo atravesarlo. Entonces les dijo:

—Adiós, Blanca-Flor; permita Dios que cuando abracen al príncipe se olvide de tí.—Y se volvió para su castillo.

Ellos siguieron su camino, y así que iban llegando á la ciudad, el príncipe le dijo á Blanca-Flor:

—Quiero que entres en mi reino de la manera que te pertenece; espérame aquí que yo voy por los coches y las ropas necesarias para ello; yo doy pronto la vuelta.

—Temo,—le dijo ella,—que vayas á olvidarme.

—¡Qué disparate!—dijo el príncipe,—ni que lo pienses.

—Acuérdate de la maldición de mi padre.

—No tengas cuidado, que nadie me abrazará.

Pues señor, que el príncipe se fué y al llegar á palacio, todo el mundo venía á felicitarlo, pero él no consintió que

nadie le echase el brazo por encima. En esto, el ama del príncipe que se había enterado, llegó por detrás y le dió un abrazo. En el momento se le olvidó todo lo que había pasado y no se volvió á acordar de Blanca-Flor.

Entretanto, ella lo estuvo esperando, y viendo que no llegaba, desde luego se figuró lo que había pasado y se fué á vivir á la ciudad, pero lejos del palacio.

Pues señor, que el príncipe pasado un poco tiempo, determinó casarse; se preparó la boda, y el día que iba á verificarse el casamiento, le fueron á decir al príncipe que una joven que hacía juegos de manos, pedía permiso para entrar á distraer la reunión.

Dió el permiso para que entrara, y se presentó Blanca-Flor muy bien vestida. El príncipe así que la vió, creyó haberla visto en otra parte, pero no recordaba.

Se puso á hacer unos juegos, y poniéndose en el medio dió una vuelta y quedó convertida en una fuente mágica que dejó á todos maravillados. Nadando sobre el agua había dos patos, macho y hembra. La hembra le iba preguntando y el macho le contestaba.

—Patito: ¿te acuerdas cuando fuístes á buscar el castillo de «Irás y no volverás», encontraste tres vestidos en un río y al tirar de uno te se apareció una joven?

—No.

—¿No te acuerdas que aquella joven te ofreció salvarte de todos los peligros que te preparaba su padre?

—No.

—¿No te acuerdas cuando su padre te mandó arar el monte y recoger el grano, y después te mandó sembrar otro de parras y recoger el vino, y por último te mandó sacar del mar un anillo?

—No.

—¿No te acuerdas cuando salistes huyendo con la hija y fuísteis perseguidos por el padre?

—No.

—¿No te acuerdas que la última vez que los persiguió, tiró ella un puñado de sal y apareció un mar entre uno y otro?

—No.

—¿No te acuerdas que el padre, al ver que os escapábais, te echó la maldición de que la olvidarías si te abrazaban?

El pato se quedó callado, y al mismo tiempo el príncipe se dió una palmada en la frente. La fuente desapareció quedando la joven en su lugar. Entonces el príncipe adelantándose hacia ella, le dijo cogiéndola de la mano.

—Tú eres Blanca-Flor.

Y dirigiéndose á los demás, les dijo que aquella era su esposa.

Entonces estuvo contando sus aventuras y después se casaron y vivieron felices por muchos años. *Y colorín colorao, que este cuento s'acabao.*

J. (ZAFRA)

V

DON JUAN JUGADOR

Pues señor, este era un caballero joven que se llamaba D. Juan y era muy riquísimo; tanto, que medía el dinero por fanegas, pero que al mismo tiempo era muy jugador y con tal suerte, que todo el que con él jugaba salía perdiendo. Un día se presentó en el pueblo otro jugador afamado y se puso á jugar con él, pero del primer envite, el recién llegado le ganó á la ruleta diez arrobas de oro. Se empeña la lucha entre los dos y puso veinte arrobas de oro, y también las perdió; luego puso treinta, luego cuarenta, y siempre perdía, hasta que quedó arruinado. Entonces quiso retirarse del juego porque, según decía, no le quedaba nada que jugar.

—Todavía te queda algo, — le dijo el forastero, — todavía te queda el alma y yo te la juego contra todo este dinero.

Convino en ello don Juan, la jugó y la perdió; entonces el otro le dijo:

—Has perdido el alma; ya sabes que me perteneces. Para pagarme tienes que buscar el palacio de «Irás y no volve-

rás»; toma estos zapatos de hierro, y cuando los rompas lo encontrarás.

Y diciendo esto, desapareció el caballero.

Pues señor, que D. Juan se puso sus zapatos de hierro y salió á buscar el palacio; y andar, andar, ya llegó á un palacio donde estaba una vieja con una rueca y un huso.

—¿Qué hace usted ahí, mala vieja?

—Estoy hilando un poco de lino.

—¿Sabe usted dónde está el palacio de «Irás y no volverás?»

—Yo no lo sé, pero quizá lo sepa mi hijo el Sol, que vendrá pronto, pero corre usted peligro, porque no quiere que cuando viene haya aquí nadie.

Entró D. Juan y se escondió bajo un mimbre grande que allí había, y en esto llegó el Sol, diciendo:

—¡Madre! A carne humana me huele; si no me la das, te mato.

—Ay, hijo mío; es un pobre joven que pregunta por el castillo de «Irás y no volverás», y yo le dije que se aguardase á ver si tú lo sabías.

—Yo no lo sé, pero quizás lo sepa mi hermana la Luna.

Salió D. Juan, y empezó á andar, andar; estuve seis meses andando, y al cabo de ellos encontró otro palacio. Salió á recibirle otra vieja que le preguntó lo que buscaba.

—Busco el palacio de «Irás y no volverás».

—Pues espérate que venga mi hija la Luna á ver si lo sabe.

En esto llegó la Luna muy enfadada, diciendo:

—¡Madre! A carne humana me huele, si no me la das, te mato.

— Ay, hija mía, es un pobre joven que viene recomendado por tu hermano el Sol para ver si tú sabes dónde está el castillo de «Irás y no volverás».

—Yo no le he visto, pero que se llegue al palacio de la madre de las aves, y alguna de sus hijas quizás lo sepa.

Allá fué D. Juan otra vez, anda que te anda, y ya llevaba rotos los zapatos, cuando encontró el palacio que había dicho la luna. Así que entró, la madre de las aves, que era una vieja, le preguntó qué quería:

Vengo buscando el castillo de «Irás y no volverás».

—Pues espérate un poco que vengan mis hijas á ver si alguna lo sabe.

Entró D. Juan y á poco empezaron á llegar las aves. Vinieron primero las palomas á quienes preguntó la vieja, pero no lo sabían; luego llegaron otras y otras, pero ninguna daba razón. Por fin llegó un buitre y la vieja le preguntó si conocía el castillo, á lo que dijo que sí.

—Es que hay ahí un joven que desea saber dónde se halla.

—Será el joven que hace tiempo están esperando. Si él quiere, yo puedo llevarlo, pero con la condición que ha de llevarse un carnero para darme de comer por el camino, porque está muy lejos.

Se convino D. Juan, mató un carnero, y subiéndose encima del buitre, salió éste volando. De cuando en cuando el buitre volvía el pico y pedía carne, pero tantas veces le volvió que se acabó la carne y no tenía que darle. Entonces divisaron el castillo, y el buitre le dijo:

—¿Ves el castillo?

—Ya lo veo. A la puerta hay un hombre y cuatro mujeres.

—Es el padre, la madre y tres hijas. Si quieres que lleguemos dame carne.

—No puedo, porque no me queda ninguna.

—¿Qué ves debajo de nosotros?

—Un pozo muy hondo.

—Pues ahí voy á dejarte caer sinó me das carne.

—Bájame al suelo que después yo te daré la carne que tú quieras.

—¿Me darás un carnero?

—Sí; bájame y te daré los que tú quieras.

—Pues me darás dos.

—Bueno, bájame.

Bajaron un poco, y dijo el buitre.

—Si no me das tres carneros, no bajo.

—Bueno, te los daré.

Y así le fué pidiendo hasta seis. D. Juan ofreció darle los seis, pero como el ofrecer no es dar, así que bajaron, mató el buitre y lo echó en el pozo, dirigiéndose luego al palacio.

Así que llegó, salieron á recibirle con mucha alegría, y vió al dueño, que era el caballero que le había ganado el alma. Éste le presentó su mujer y sus tres hijas, que eran muy hermosas, La mayor se llamaba Elvira, la segunda Laura y la más chica se llamaba Blanca-Flor. Ésta era la más guapa de las tres.

Después de pasar el día en obsequios, le dijo D. Juan que qué era lo que tenía que hacer para pagarle la deuda y quedar libre. El caballero lo llevó á una ventana y enseñándole un pozo muy profundo, le dijo:

—En ese pozo hace doscientos años se le cayó á mi abuelo un anillo; es preciso que lo saques si quieres salvar la vida. Mañana, á la hora del almuerzo, he de tenerlo en mi poder.

—Pues señor,—decía D. Juan,—de esta no escapo, porque ¿cómo demonios voy yo á sacar ese anillo de un pozo tan profundo? si al menos se le viera el fondo, pero ¡que si quieres!

Se sentó en una piedra, tan desconsolado, en esto que se apareció Blanca-Flor, y le dijo:

—¿Qué tienes, que estás tan triste?

—Que tu padre me ha mandado una cosa imposible. Quiere que saque un anillo que se cayó en ese pozo hace doscientos años.

—Te manda eso porque sabe que no puedes sacarlo y es un pretexto para matarte; pero no tengas cuidado que yo

te salvaré. Toma este libro y ponte á leer al lado del pozo y cuando salga el agua, entre las piedras vendrá el anillo, lo coges y se lo llevas á mi padre: pero cuidado cómo me descubres.

Se fué Blanca-Flor y D. Juan se sentó á leer. Al poco rato sintió mucho ruido dentro del pozo y vió que empezó á salir el agua por un lado y las piedras por otro. Así que salió todo, buscó y encontró el anillo, y cogiéndolo, se lo llevó al dueño del palacio.

Cuando éste lo vió, le dijo:

—¿Has visto á Blanca-Flor?

—Sí, señor, las he visto blancas, amarillas, rosa y de todos colores.

El caballero lo llevó á la ventana, y enseñándole un campo de trigo que estaba ya para segar, le dijo:

—Mira, es preciso que mañana ares esa tierra, pero sin romper una espiga, porque si la rompes, mueres.

Se fué D. Juan por el campo muy triste, cuando salió vió á Blanca-Flor y le preguntó qué tenía.

—Es que tu padre quiere que yo are aquella tierra sin tronchar una sola espiga del trigo y eso no es posible.

—Ya lo harás, no tengas cuidado. Mira, por la mañana unces un caballo y una yegua que hay en la cuadra, le pones el arado y cojes una buena vara y te vas al trigo. Te advierto que el caballo es mi padre, la yegua mi madre, el arado y la mancera mis hermanas. Cuando estés en el trigo te

enredas á palos con todos sin compasión, pero ten cuidado no darle que entonces me das á mí.

Se fué Blanca-Flor y D. Juan cuando se levantó por la mañana hizo lo que le había dicho; cogió el caballo y la yegua, les puso el arado y cogiendo una buena vara de acebuche se fué á arar. Así que llegó al trigo *trincó* la vara y se enredó á trancazo limpio con el caballo, la yegua, el arado y la mancera, de tal modo que por la tarde estaban sudando un caño por cada pelo y la tierra estaba arada sin haber roto una espiga. Se fué al palacio y así que dejó todo en la cuadra, se fué para arriba y encontró á todos vendados, menos Blanca-Flor. Les preguntó que qué tenían y le dijeron que al bajar la escalera se había caído una de sus hijas y por querer socorrerla, todos se habían caído menos Blanca-Flor que estaba abajo. Y como no se le quitaba la sospecha, le dijo:

—Y hoy, ¿has visto á Blanca-Flor?

—Sí, las he visto de todos colores, blancas, rojas y amarillas.

Así que se encontró mejor el caballero, lo llamó un día y llevándole á la ventana, le dijo enseñándole el mar:

—Quiero que en medio del agua formes un castillo con cuatro torres, de cada una de las cuales has de disparar una bomba á las once de la mañana.

Salió D. Juan al sitio donde se le aparecía Blanca-Flor y no tardó en verla. Le contó lo que su padre le había mandado y ella le dijo:

—Toma este cuchillo y mátame.

—Yo no hago eso.

—Es preciso, porque si no te matará á tí mi padre.

—Mejor es que me mate á mí.

—No, porque tú muerto te quedarás, y yo, aunque tú me mates, resucito luego. Mátame y mi cuerpo lo picas muy bien y lo echas al mar.

D. Juan se resistía á hacerlo pero tanto le aseguró ella que no le sucedería nada que por fin cedió é hizo todo como ella se lo dijo. A poco de echarla al mar empezó á levantarse una nube de espuma y quedó formado un magnífico castillo. Al dar las once, las cuatro torres dispararon cuatro cañonazos. D. Juan se fué para el palacio é iba muy triste porque no creía que Blanca-Flor resucitase después de haberla matado, pero al entrar en el patio, vió á Blanca-Flor con sus hermanas y fué tal la alegría que le dió, que la madre lo conoció y le dijo á su esposo:

—Aquí anda tu hija Blanca-Flor y no podemos vencerlo, porque ella sabe más qne nosotros; es preciso matarlo esta noche así que duerma.

Quedaron convenidos y se fueron á acostar. El padre, temeroso de que la hija tratara de librarlo, no hacía más que llamarla de cuando en cuando.

—¿Blanca-Flor?

—¿Mande usted, padre?—contestaba ella desde su cuarto.

Pero como había adivinado lo que 'pensaban hacer, an-

tes de acostarse le había encargado que fuese á su cuarto.

Así que llegó le dijo:

—Mi padre ha conocido que yo te ayudo y ha dispuesto matarte esta noche. Es menester que huyamos. Ve á la cuadra y de los tres caballos que hay, coje el más flaco y avísame.

Fué D. Juan á la cuadra y cuando vió los caballos, dijo:

—Este tan flacucho no va á poder con nosotros,—y cogió el más gordo.

Después fué á avisar, y Blanca-Flor echó tres salivas diciendo:

—Estas salivas, contestarán á mi padre cuando me llame, entre tanto se *apagan* ya estaremos lejos.

Bajaron y al llegar al campo y ver el caballo, dijo:

—¡Qué has hecho! Has tomado el Sol y has dejado el Viento, con el que mi padre nos perseguirá así que nos eche de menos.

—¿Quieres que vaya por el otro?

—Ya no hay tiempo, sea lo que Dios quiera.

Se montaron y salieron á escape por el camino *alante*, que iban bebiendo los vientos.

Entre tanto, el padre había llamado á Blanca-Flor, contestándole la primera saliva. Después contestó la otra y luego la otra; pero á la cuarta vez como ya no contestó nadie, dijo:

—Ya está dormida Blanca-Flor y no puede sentirnos.

Cogió la espada y fué en busca de D. Juan para matarlo, pero como no lo encontraba, fué al cuarto de Blanca-Flor y al verlo vacío, dijo:

—¡Ah pícaros! ya sabía yo que Blanca-Flor andaba en esto.

Bajó á la cuadra y al ver los caballos, le dijo á su mujer:

—Se han escapado, pero yo los alcanzaré porque han sido unos torpes, llevándose el Sol y dejando el Viento.

Montó á caballo y salió como una exhalación. Aunque el Sol, corría mucho, no tardó Blanca-Flor en sentir el galope del Viento y dijo:

—Mi padre llega, el caballo se volverá una huerta, yo una col y tú el hortelano; procura que no te conozca cuando llegue.

Así fué, de modo que cuando llegó el padre, halló el camino cortado por aquella huerta. Entonces le preguntó al hortelano:

—¿Ha visto usted pasar por aquí dos jóvenes á caballo?

—Ya están buenas, ya están buenas,—decía el hortelano.

—No digo eso, buen hombre, lo que digo es, ¿qué si ha visto usted pasar por aquí dos jóvenes á caballo?

—Entre col y col lechuga.

—Pero, hombre de Dios, si no es eso lo que digo.

—Sí, señor, si las sembré por Semana Santa.

—Anda y que te lleven los demonios.

Y volviendo grupas, se volvió á su palacio, contándole á la mujer lo que le había pasado en la huerta.

—¡Ah, bruto!,—dijo la mujer,—te has dejado engañar por tu hija. La huerta era el caballo, el hortelano D. Juan y la col tu hija. Corre otra vez y si los encuentras; tráetelos.

Pues señor, que salió mi hombre otra vez á escape y ya iba cerca de ellos, cuando Blanca-Flor le sintió.

—Ya viene mi padre,—dijo,—vuélvase el caballo una ermita, tú un sacerdote y yo la imagen.

Cuando llegó el padre vió aquella ermita y entró, y viendo un sacerdote que decía misa, le preguntó:

—Padre, ¿ha visto usted pasar por aquí un joven y una joven de estas señas y estas?

—Calle usted, so imprudente; ¿viene usted á interrumpir el oficio divino?

El caballero se salió y volvió á su palacio, donde le contó á su mujer lo que le había pasado.

—Eres un tonto,—le dijo su mujer,—que te has dejado engañar por segunda vez. Ahora voy yo á perseguirlos y verás como no se me escapan.

Pues señor, que montó ella á caballo y como el suyo corría más que el de ellos, pronto les dió alcance. Cuando Blanca-Flor la vió ir, le dijo á D. Juan:

—Ahora la que viene es mi madre y á esta no la engaño porque sabe tanto como yo. Que el caballo se vuelva un melonar, tú un melonero y yo una paloma.

En seguida todo se hizo como ella lo dijo, así es que cuando llegó la madre y vió la paloma, la conoció y dijo:

—Yo también paloma.

Se convirtió en paloma y se puso á perseguir á la otra, pero como la hija era más ligera, no cesó de dar vueltas hasta que la madre se cansó y viendo que no podía cogerla, la dijo:

—Permita Dios que cuando ese hombre llegue á su casa al primer abrazo que le dén, se olvide de tí.

Y cogiendo el caballo, se volvió á su palacio.

Entre tanto ellos, cogieron el caballo y se fueron para su tierra, Blanca-Flor iba triste porque se acordaba de la maldición de su madre. Así que llegaron, antes de entrar en el pueblo, la dijo D. Juan:

—Quédate aquí un poco de tiempo que yo voy á casa por un coche y ropa para que entres como corresponde.

—Yo no quisiera quedarme,—dijo ella,—porque sé que me vas á olvidar. Acuérdate de la maldición de mi madre.

—Descuida que nadie ha de abrazarme.

Se fué á su casa y así que lo vieron todos venían á darle la bienvenida y á abrazarlo, pero él los separaba á todos y les decía:

—No me abracéis, no me abracéis.

Como iba cansado, mientras preparaban todo, se acostó un rato y se durmió. En esto llegó la abuela y dormido como estaba lo abrazó. Cuando lo llamaron, no se acordaba de na-

da y si le hablaban del coche y los preparativos que había mandado disponer, decía que estaban locos, que él no había dispuesto nada de aquello.

Por fin, que no fué, y la pobre Blanca-Flor, así que no le vió llegar, se figuró lo ocurrido y dijo:

—Esto es que lo han abrazado en su casa.

Y como no conocía á nadie, se llegó á una casa rica á ver si la querían para doncella, y como era ella tan guapa y tenía muy finos modales, en seguida la admitieron.

Pasó el tiempo y dieron un baile en aquella casa á la que estaba convidado D. Juan. Así que ella lo vió, pidió permiso á sus amos para hacer juegos de manos y se lo concedieron. Cuando todos estaban reunidos, salió ella y dijo que necesitaba que un caballero le ayudase y llegándose á D. Juan le invitó á ello.

Se sentó D. Juan en el medio y ella con una varita en la mano, le dijo que á las preguntas que le hiciera contestara él, *si* ó *no*, según le pareciera. Luego le dijo:

—Juan, ¿te acuerdas cuando llegastes á mi casa y mi padre te mandó buscar el anillo en el pozo?

—No,—contestó D. Juan.

Ella le tocó con la varita en el hombro y D. Juan sintió como si le aplicasen una barra de fuego.

—¿No te acuerdas cuando mi padre te mandó arar el campo sembrado, sin que partieses una espiga?

—No.

Volvió á tocarle con la vara y cada vez se estremecía más y así fué recordándole las cosas una á una, hasta que al llegar donde ella se había vuelto paloma, D. Juan la dijo:

—Sí, ahora me acuerdo de todo. Tú eres Blanca-Flor y serás mi esposa. *Y se acabó mi cuento con pan y pimiento.*

VI

FERNANDO

Pues señor, este era una vez un rey, que no tenía hijos y tanto él como su mujer deseaban tener alguno y siempre estaban haciendo promesas á este santo y al otro para que les diese uno siquiera, que heredase el reino.

Pues señor, que un día que estaban lamentándose de que no conseguían lo que deseaban, se les apareció un génio que les ofreció que tendrían un hijo á condición de que al cumplir veinte años habían de llevárselo á su palacio que estaba en *tal parte.*

Ellos se conformaron porque decían que mientras pasaban veinte años, sabe Dios lo que pasaría.

Se hizo la reina embarazada y tuvieron un hijo que se llamó Fernando. Como ellos eran muy buenos y muy cristianos, procuraron también que lo fuera su hijo, que efectivamente lo era y todo el mundo lo quería mucho.

Pasaron los veinte años y como nadie llegó á reclamarlo, creyó el rey que ya no se acordaba el génio de tal cosa y empezó á tranquilizarse. Un día que fueron de caza, se se-

paró de la comitiva y al pasar por unos jarales, se le encabritó el caballo y los estribos se enredaron en una mata. Tiró de ella para desenredarlos y se le apareció el génio, que le dijo:

—¿Por qué me tiras de las barbas?

—Quería desenredar los estribos.

—¿No me conoces? ¿Por qué no me has traído á tu hijo Fernando si sabes que á los veinte años no te pertenece? Ya han pasado y es preciso que lo traigas.

El rey le rogó se lo dejase, pero el génio le dijo que si él no lo traía, que él iría por él.

Se marchó el rey á su palacio tan disgustado y contó á la reina todo lo que le pasaba. La reina le dijo que aquel mismo día al subir la escalera, había oido una voz que la dijo: «díle á tu esposo que me lleve á Fernando, por que han pasado los veinte años.» Que había mirado para ver quien hablaba y no había visto á nadie.

En esto llegó el hijo y preguntó á su padre si había hecho él alguna promesa á alguien.

—¿Por qué dices eso?—dijo el padre.

—Por que hace tres ó cuatro días que por donde quiera que voy oigo una voz que me dice: «díle á tu padre que cumpla lo prometido.»

El rey le contó todo lo que había pasado en su nacimiento y el joven dijo, que puesto que lo había ofrecido así, era preciso cumplirlo y que fuera lo que Dios quisiera.

Pues señor, que al día siguiente, el padre y el hijo se fueron al sitio que les había dicho el génio, tiraron de la mata y en seguida se les apareció.

Se fué el padre y el genio llevó á Fernando á un palacio magnífico donde nada se echaba de menos. El genio tenía su mujer y tres hijas muy hermosas, tanto, que no se sabía cuál era más; pero sucedía que la de las dos mayores era una hermosura diabólica, que al par que agradaba, hacía daño; al contrario la de la más chica, que se llamaba María, era una hermosura angelical, y tan dulce, que parecía una virgen.

Esta fué la que más le gustó á Fernando, que los primeros días los pasó sin hacer nada y de conversación con toda la familia, así es que él se decía en su interior:

—Vamos, si para esto me ha traído aquí el génio, no me quiere mal y tengo que estarle agradecido.

Pero contaba sin la huéspeda, porque pasadas dos semanas lo llamó el génio y le dijo:

—Hace ya quince días que estás en mi casa y aún no has hecho *ná*, ya es tiempo de que trabajes.

—Y yo, que no estoy acostumbrado á hacer nada, ¿cómo quiere usted que trabaje?

—Es preciso que hagas lo que yo te mande. ¿Ves aquel monte? Pues es necesario que lo labres, lo siembres de trigo, lo recojas y que de ese trigo me presentes un bollo cocido para almorzar mañana.

El pobre Fernando se fué tan disgustado y se encontró á

María, y como era con la que más simpatizaba, le contó todo lo que le pasaba.

—No tengas cuidado; eso es que mi padre ha visto que tú no te dejas guiar por sus consejos, que crees en Dios como yo creo y, como ellos no creen ninguno, no te pueden ver y tratan de mandarte cosas imposibles para tener un pretexto para matarte. Pero acuéstate descuidado que yo te llevaré el pan por la mañana; sólo que no le digas á mi padre que yo te he ayudado.

Se acostó Fernando, y en toda la noche pudo pegar los ojos, pensando en lo que le sucedería. Cuando amaneció, llegó María con un bollo de pan calentito. Fernando se asomó á la ventana y vió el monte convertido en un rastrojo. Cogió su bollo y se lo llevó al padre de María, que cuando lo vió, dijo para sí:

—Me parece que no eres tú quien ha hecho esto, pero yo me convenceré.

Entonces lo llevó otra vez á la ventana y le dijo:

—¿Ves aquel pozo? Pues hace muchos años que se cayó allí un anillo y es preciso que lo saques.

Fuése Fernando á contarle á María lo que le había mandado su padre, y ella le dijo:

—No tengas cuidado; dile que para hacerlo necesitas que te dé el libro azul que está sobre el estante. Él querrá darte otro, pero tú no lo tomes como no sea el que yo te digo.

Entonces Fernando fué á ver al génio y le dijo, que para

hacer lo que él quería, necesitaba un libro. El génio le llevó á la librería y le dijo que tomara el que él quisiera, pero Fernando que vió el azul que estaba encima del estante, dijo que aquel era el que quería. El padre de María no quería dárselo y le decía que cogiese otro, pero Fernando dijo que aquel había de ser, y entonces se lo dió y se fué al pozo con él. María cogió el libro, y dándoselo luego abierto le dijo que se pusiera á leer. Así lo hizo Fernando, y al poco tiempo empezó á salir el agua del pozo por un lado y las piedras por otro, y entre éstas salió el anillo.

Lo cogió Fernando y fué á llevárselo á su dueño, que al verlo se quedó diciendo para sí.

—Aunque tenía consigo el libro azul, me parece que anda aquí mi hija María; pero ya veremos si se libra de esta de ahora.

Al día siguiente llamó á Fernando y le dijo que era preciso que domase un caballo que había en la cuadra. El le dijo que bueno y fué á contárselo á María.

—Es que mi padre sospecha que yo te ayudo,—le dijo ella,—y quiere convencerse, porque si así no fuese, el caballo te estrellaría; pero no tengas cuidado. Coges un bendo bueno y le das una paliza por donde quiera que le cojas menos en la brida, porque el caballo es mi padre, la silla mi madre, los estribos mis hermanas y la brida soy yo.

Pues señor, que así lo hizo Fernando; sacó el caballo, y así que estuvo en el campo le dió una de palos que lo puso

verde, y así que estaba ya rendido lo trajo á la cuadra. Cuando subió, encontró al padre y á la madre todos vendados, y como les preguntó que qué tenían, dijeron que era que se habían caído por la escalera.

Así que se puso mejor el padre, le dijo á su mujer.

—Está visto que en esto anda María, por eso á ella no le tocó ni un palo, mientras á nosotros nos daba *câ estallio* que nos majaba. Es necesario que mueran los dos esta noche.

Pero como María sabía más que todos ellos, en seguida lo adivinó y fué á ver á Fernando y le dijo:

—Mi padre ha dispuesto matarnos esta noche y es preciso que huyamos. Así que se acuesten, bajas á la cuadra y ensillas el caballo más flaco y me avisas.

Pues señor, que así lo hizo; en cuanto se acostaron bajó Fernando á la cuadra y allí había dos caballos, pero uno estaba tan flaco y endeble, que dijo:

—Este no va á poder con nosotros y se va á cansar en seguida. Y cogiendo el otro, lo ensilló y fué á avisar á María. Bajó ella, y así que vió el caballo le dijo:

—Te dije que cogieras el caballo más flaco y has cogido el otro, y mi padre que no tardará en perseguirnos, nos dará alcance.

—Si quieres iré á cambiarlo.

—No, ya no hay tiempo más que para huir y sea lo que Dios quiera.

Se montaron y salieron á escape, cuanto podía correr el caballo.

Pues, vamos, que el padre así que los creyó dormidos, se levantó y fué al cuarto de Fernando, y como no estaba allí creyó que había ído á ver á María. Fué al cuarto de su hija, y como lo encontró vacío, vino á decírselo á su mujer.

—No encuentro á María ni á Fernando,—le dijo,—y quizá hayan huído, ve á ver si falta algún caballo en la cuadra.

Fué á verlo y volvió diciendo:

—Falta uno.

—¿Cuál falta?

—El Sol.

—Han sido unos torpes, pues han dejado el Viento y puedo alcanzarlos y les prometo que se han de acordar de mí.

Montó á caballo y salió como alma que lleva el demonio, ¡cómo que el caballo corría como el viento! así es, que no tardó en divisarlos; pero María que también lo había visto, y comprendiendo que iba á alcanzarlos, tiró un puñado de sal y se volvió un mar grandísimo que el padre no pudo atravesar. Entonces, al ver que se le escapaba le dijo:

—Adiós, hija ingrata, permita Dios, en quien crees, que cuando Fernando llegue á su casa, tantos abrazos le den, tantos años te tenga olvidada.

Pues señor, que el padre se volvió á su palacio y ellos siguieron su camino hasta llegar á la tierra de Fernando.

Así que iban llegando, se pararon junto á una fuente y le

dijo á María que se quedara allí mientras iba á su casa por un coche y todo lo necesario para que entrara como una princesa. Ella no quería quedarse porque se acordaba de la maldición que le había echado el padre, pero él le aseguró que no consentiría que nadie le abrazase.

Se fué á su casa, y ella se subió en un árbol que había junto á la fuente, y allí se puso á esperarle.

Entre tanto, Fernando llegó á su casa y todos salieron á recibirle y querían abrazarle, pero él decía:—no abrazarme, no abrazarme;—de modo que todos se preguntaban:

—¿Por qué no querrá que le abracen?

Mandó preparar unos coches y ropas de princesa, y mientras lo preparaban, se acostó un rato encargando que lo despertasen cuando estuviese todo listo.

Como estaba muy cansado, en seguida que se acostó se quedó como un tronco, así que no sintió á su abuela que entró á verlo y que le abrazó tres veces. Cuando lo llamaron, no se acordaba de nada, y por más que le decían que había mandado preparar un coche y ropas, él decía que no había mandado nada.

Pues vamos á María que se quedó aguardando en el árbol la vuelta de Fernando, y al ver que pasó el día y no llegaba, se figuró lo que había pasado. Pasó allí la noche, y á la mañana siguiente vió venir una negra que llegando á la fuente se puso á beber, y como vió la cara de María que se retrataba en el agua, miró para el árbol, y dijo:

—¿Qué haces ahí, niña?

— Aquí estoy aguardando á mi esposo.

—¡Qué lástima! tan bonita y tan despeinada, ¿quiéres que te *alise* el cabello?

—No señora, muchas gracias.

— Sí, que voy á subir.

Por fin, que subió y se puso á peinarla, y cuando la creyó más descuidada, sacó un alfiler y fué á clavárselo en la cabeza, pero María huyó la cabeza y no pudo clavárselo. Entonces la negra, que era una hechicera, se volvió una dama muy hermosa, y le dijo:

—Eres la única que ha podido adivinar mis pensamientos y te has resistido á mi voluntad; dime lo que quieres y te lo concederé.

— Quiero que me traigas la varita de virtud que está en el cajón de la mesa de mi casa.

Desapareció la dama y á poco vino con la varita.

—Aquí tienes lo que me has pedido. ¿Quiéres algo más?

—Deseo saber cuántos abrazos le han dado á Fernando.

—Le han dado tres. Son tres años lo que te tendrá olvidada. ¿Quiéres algo más?

—Nada. Muchas gracias.

Desapareció la dama y quedó sola María. Entonces, sacando su varita de virtud, dijo:

—*Varita de virtud, por la virtud que tienes y la que Dios*

te dió, que me presentes un palacio mejor que el del rey con todo lo necesario para vivir.

En seguida, en el lugar de la fuente, se le apareció un palacio magnífico con unos muebles de caoba y terciopelo, grandes cortinajes y todo lo más rico que se había visto, y además una porción de criados y coches y todo cuanto necesitaba.

Así que la gente vió aquel palacio, todos se maravillaron y le dieron parte al rey. Todos fueron á ver aquella maravilla y se quedaron todavía más sorprendidos cuando la vieron á ella tan hermosa y vestida con el lujo de una reina.

Llovieron sobre ella invitaciones para todas partes, pero ella no concurría á ninguna y hacía una vida muy retirada, por lo que la pusieron la dama misteriosa. Los mismos reyes y el príncipe, que no la había conocido, la invitaron también, pero no aceptó.

De este modo se pasaron más de dos años y medio y el príncipe dispuso casarse sin acordarse de que existiera María. Ella, sin embargo, comprendió que si Fernando se casaba antes de que pasaran los tres años, cuando se acordase de ella ya sería tarde, y procuraba ver cómo podía impedir aquel casamiento.

Empezó á dejarse ver con más frecuencia, sobre todo cuando pasaba por allí Fernando ó alguno de sus amigos, y hasta contestaba sonriéndose á sus saludos.

Un día que el príncipe había estado en un banquete con

otros cuatro ó cinco jóvenes de su edad, habían bebido algo más de lo regular y estaban alegres. Al pasar por el palacio de María la vieron al balcón y la saludaron. Ella les contestó el saludo tan cariñosamente, que ellos se pusieron á hablar entre sí, y uno de ellos dijo que se atrevía á entrar en su casa y pasar la noche con ella. Los otros le decían que estaba loco, pero él se mantuvo en lo dicho é hicieron una apuesta, él á que se quedaba y los otros á que no.

Pues señor, que se presentó el joven en el palacio y preguntó por la señora y el portero, que ya tenía órdenes de su ama, le llevó adonde ella se encontraba.

Así que llegó, María lo recibió con mucha amabilidad y estuvieron hablando mucho tiempo. Como ya la bebida se había disipado algo, no sabía cómo arreglárselas para comer allí, pero María, que adivinaba sus pensamientos, le invitó á comer con ella.

—¡Magnífico!—dijo él.—Ella misma me da la apuesta ganada.

Cuando acabaron de comer se fueron al jardín, y tanto se enredaron en la conversación, que se hizo de noche y el joven ya más alentado, le dijo:

—Me agrada usted tanto, que me quedaría aquí toda la noche mirándola.

—Mirándome, no;—dijo María,—porque yo tengo que dormir, pero en esa habitación hay una cama preparada y puede usted pasar la noche en mi casa.

Cuando oyó él esto, se puso loco de contento porque creyó que era *pan comido;* así es que cuando llegó la hora se retiró á acostar aguardando á que ella lo llamase.

María se fué á su cuarto, y sacando la varita de virtud, le dijo:

—*Varita de virtud, por la virtud que tienes y la que Dios te dió,* que hagas que ese joven pase la noche en la azotea *en cueros* y echándose agua toda la noche.

Pues señor, que así se hizo, toda la noche estuvo en la azotea *como su madre lo parió* y cuando amaneció estaba hecho un pollo, *gileandito* de agua. Bajó, se vistió y salió del palacio como gato escaldado, pero como no quería *dar su brazo á torcer*, les dijo á los otros todo lo contrario, y tanto ponderó que uno de ellos dijo:

—Pues yo voy esta noche á ver si consigo lo mismo.

Efectivamente, fué y le pasó lo mismo, lo recibió muy bien y lo invitó á comer, por la noche le ofreció la cama y cuando se retiró sacó su varita de virtud y dijo:

—*Varita de virtud; por la virtud que tienes y la que Dios te dió*, que pongas á ese joven *en cueros* en la azotea y que toda la noche se esté dando disciplinazos.

Y así como ella lo dijo, así salió. Cuando vino el día el joven tenía el cuerpo hecho un Ecce-Homo; así que se vistió á escape y le faltó tiempo para salir del palacio diciendo: *tio, yo no he sío;* y dando al diablo á la dama misteriosa, y á su amigo que lo había engañado; pero no queriendo que

se burlaran de él, fué ponderando lo bien que había pasado la noche, por lo que los demás determinaron ir también.

Hoy uno, mañana otro, todos fueron probando suerte y á todos les pasó igual, con variación de castigo, pero todos se aguantaban y lo contaban al revés. El único que quedaba era Fernando.

—Esta noche te toca á tí,—le dijeron los otros.

—Esta noche voy yo,—contestó el príncipe.

Con que así fué, llegó Fernando y lo recibió aún mejor que á los otros, pero por más que hizo para recordarle lo pasado, él no se acordaba de nada. Estuvieron comiendo y cuando se retiró él á su cuarto, ella sacó la varita de virtud y dijo:

—*Varita de virtud; por la virtud que tienes y por la que Dios te dió*, que tengas al príncipe toda la noche desnudo en la azotea echándose aire con un abanico y que por la mañana coja los zapatos que hay en su cuarto y desnudo como está salga á venderlos y recorra la ciudad.

Y así fué, después de pasar la noche en la azotea echándose aire, salió por la mañana con los zapatos á venderlos por las calles, llamando la atención por todas partes. Todos creyeron que se había vuelto loco, por que como lo veían desnudo y con los zapatos; hasta que los amigos lo vieron y echándole una capa *por cima* se lo llevaron á palacio.

En cuanto que el rey se enteró, mandó llamar á los amigos, para averiguar lo que había pasado, y ellos considerando

que la broma había sido demasiado pesada, se lo contaron todo.

El rey se indignó con el relato que le hicieron y dijo que él castigaría aquel atrevimiento, que había sido un escándalo, tanto más cuanto que estaba recién llegada la princesa que había de casarse con su hijo.

Entonces la mandó prender, pero como ella le rogase que la dejara su casa por cárcel, accedió á ello, poniendo guardias en todo el palacio. La formaron causa y la sentenciaron á muerte. Cuando se lo participaron, solicitó ver al rey y le dijo, que puesto que la habían sentenciado á morir, que estaba conforme, pero que había hecho una promesa que tenía que cumplir en tal día, (y le dijo el día que cumplían los tres años) que por lo tanto pedía la gracia de que se la dejasen cumplir y al día siguiente dispusieran de su vida.

El rey no quería, pero á ruegos del príncipe, concedió el plazo. Como consecuencia de ello, también se suspendió el casamiento del príncipe, hasta que pasara todo aquello, que era precisamente lo que ella iba buscando.

Pasó el tiempo y se cumplieron los tres años de su llegada, y como al día siguiente iba á ser la ejecución, el príncipe dijo que iría la dama al patíbulo con el rango y esplendor que correspondía á su clase y dió orden de que preparasen una carroza. Cuando llegó la hora, Fernando al frente de la comitiva, salió á buscar á la dama misteriosa, pero al llegar á su casa, todos se miraron unos á otros con sorpresa, pues

el palacio había desaparecido y en su lugar se hallaba la antigua fuente y el árbol.

Fernando se dió un golpe con la mano en la frente y recordando todo el pasado, se dirigió rápidamente al árbol y dijo:

—¿Estás ahí María?

—Tres años hace que te aguardo y que tú me tienes olvidada,—dijo ella bajando.

—Tú sabes que no es culpa mía,—dijo Fernando abrazándola,—la maldición de tu padre se ha cumplido.

Subieron los dos en la carroza y se dirigieron á Palacio. Allí, se echó á los pies de su padre, le contó todo lo que había pasado y lo que María había hecho por él, y á la que debía la vida.

El rey los abrazó y dijo que era justo lo que le pedía. Entonces se casaron, hicieron muchas fiestas y todos quedaron muy contentos, menos la otra novia que tuvo que irse á su país. *Y se acabó mi cuento con pan y rábano tuerto.*

NOTA 3.ª

Números 3, 4, 5 y 6.—Aunque presentados con variedad de detalles, en realidad, no son sino cuatro versiones de un mismo cuento, el más popularizado quizá entre los aficionados á estas narraciones. Esta misma diversidad se encuentra en otros países donde se halla el mismo cuento, presentado en distintas formas. El Sr. D. Theóphilo Braga, en su colección ya citada, trae dos versiones, una señalada con el número 32, pág. 70 y titulada *O príncipe que foi correr sua ventura*, y recogida en el Algarve; que es muy parecida sino igual á los núms. 3 y 4 de esta colección; y otra con el número 6, pág. 14, titulada *A filha do rei mouro*, muy semejante al núm. 6 de las extremeñas. El Sr. Braga recogió esta última en Extremadura y Algarve.

Exactamente igual al núm. 4, es el cuento que con el número 14, pág. 25, publica el reputado mitógrafo portugués Sr. D. F. Adolpho Coelho, en su bonita colección titulada *Contos populares portuguezes* (Lisboa, 1879). Tan igual es este cuento al nuestro que sólo en un detalle difiere de él, pormenor que consiste en que en la versión portuguesa la falta de memoria se extiende á los dos amantes, persistiendo más en ella, al paso que en *El castillo de irás y no volverás*, sólo él es el que olvida y ella la que le hace recordar lo olvidado.

En la colección ya citada del Sr. D. Silvio Romero, se encuentran también dos versiones, una con el núm. 11, pág. 36, titulada *O homem pequeno*, recogida en Sergipe (Brasil) y otra con el núm. 22, pág. 78, recogida en Rio Janeiro y que lleva por título *Cova da Linda Flor*. La primera es igual á los núms. 3, 4 y 5 de este libro, excepto en el final, pues termina cuando D. Juan se olvida de la hija del gigante por efecto de la maldición del padre. La segunda es asimismo igual y aun el pormenor que hay al principio, que consiste en el consejo que dieron al protagonista, de que acostumbrando las tres hijas del rey ó el gigante á bañarse en un río dejando á la orilla los vestidos, procurase coger el de la más pequeña, se encuentra en otra versión extremeña que me contaron y que no he querido insertar, por no aumentar las repeticiones.

VII

EL REY DURMIENTE EN SU LECHO

Pues señor, este era una vez un rey que tenía una hija muy bonita á quien quería mucho y en todo le daba gusto; y como á la princesa le gustaba mucho el campo, había hecho una casa de recreo, donde pasaban la mitad del tiempo. Un día que había caído una gran nevada, todo el campo estaba tan blanco, que daba gusto verlo. Se asomó la princesa á un balcón á tiempo que un pastor estaba degollando un borreguito, y la sangre caía en el suelo manchando la nieve. Un zagal que estaba mirando la faena, se quedó mirando el contraste que hacía el color de la sangre con la blancura de la nieve, y dijo:

—Lo blanco con lo encarnado
qué bien está.
Como el rey que dormirá,
y no despertará
hasta la mañanita
del Señor San Juan.

Llamó la atención de la princesa lo que había dicho el muchacho y lo mandó llamar. Así que vino, le dijo:

—A ver, repite lo que dijiste antes sobre lo blanco y lo encarnado.

El muchacho repitió:

—Lo blanco con lo encarnado
qué bien está.
Como el rey que dormirá,
y no despertará
hasta la mañanita
del Señor San Juan.

—Y eso, ¿qué quiere decir?—dijo la princesa.

—Es una cosa que nos ha contado mi madre.

—A ver, cuéntamelo á mí.

—Dice mi madre, que en un castillo que hay muy lejísimos, está un rey encantado. Dice que es muy guapo y que se pasa todo el año durmiendo y sólo despierta en la madrugada del día de San Juan; si al despertar no encuentra á nadie, vuelve á dormirse hasta el año siguiente; y así estará hasta que una princesa vaya al castillo y se siente á la cabecera de la cama, y allí se esté hasta que llegue el día de San Juan, para que cuando despierte la encuentre. Dice mi madre, que cuando esto suceda, se acaba el encanto y el rey se casará con la princesa.

—¿Y dónde dice tu madre que está ese castillo?

—Yo no sé decirle á S. A., pero debe ser muy lejos, porque dice mi madre que hay que romper unos zapatos de hierro para llegar á el.

La princesa se calló, pero como era dada á aventuras, se propuso buscar el castillo, si bien, como sabía que su padre no había de consentirlo, nada le dijo, sino que mandó hacer los zapatos de hierro y así que se los hicieron, una noche desapareció del palacio. El rey la mandó buscar por todas partes, pero no pudieron encontrarla, por lo que creyó que se había muerto ó la habían robado.

Entre tanto la princesa iba caminando por sitios extraviados para que no la encontrasen, pero siempre hacia adelante. Cuando veía alguna comitiva de las que fueron en su busca, se escondía hasta que pasaba y así salió de su reino sin que hubieran podido encontrarla.

Pues señor, que siguió andando, y andar, andar, se metió por una selva y allá á lo lejos encontró una casa aislada. Llamó á la puerta y salió una vieja que le preguntó lo que quería.

—¡Ay, señora! Yo venía á ver si usted quiere recogerme porque se acerca la noche y no hay por aquí más viviendas.

—¡Pobre niña! ¿Dónde vas por aquí? ¿Vas muy lejos?

—Voy buscando el palacio del «Rey que dormirá, y no despertará hasta la mañanita del Señor San Juan.»

—Yo, hija mía, no sé donde está ese palacio, tal vez lo

sepa mi hijo el Sol, pero temo que al verte aquí te haga daño.

—Entró la princesa y la vieja la escondió en un cuarto. Al poco tiempo llegó el Sol que dijo:

—Madre; á carne humana me huele, si no me la das te mato.

—¡Ay, hijo mío!, no te enfades; es que he recogido á una pobrecita niña que viene buscando el palacio del «Rey que dormirá, y no despertará hasta la mañanita del Señor San Juan», y yo le dije que tú tal vez lo sabrías.

—Yo no he visto nunca ese palacio, pero quizá mis hermanas las Estrellas, que son muchas, lo hayan visto.

Así que vino el día, la princesa se puso otra vez en camino, y andar, andar, hasta que encontró otra casa. Pidió que la recogieran, y otra vieja que estaba allí, la recogió y le preguntó lo que buscaba.

—Voy buscando el palacio del «Rey que dormirá, y no despertará hasta la mañanita del Señor San Juan».

—Yo no he oído hablar de ese palacio, pero quizá lo sepan mis hijas las Estrellas.

Durmió allí aquella noche, y por la mañana, conforme iban llegando las Estrellas, la vieja les iba preguntando si sabían dónde estaba el palacio; pero todas dijeron que no sabían, que quien lo conocería de seguro, era su hermano el Aire, porque ese entraba en todas partes.

Ea; pues ya tenemos á la pobre de la princesa que volvió á tomar el camino, y anda que te andarás, al cabo de mucho

tiempo llegó á la casa del Aire. Allí salió una vieja que le dijo:

—¿Quién te trae por aquí, que tan mal te quiere?

—Vengo buscando el palacio del «Rey que dormirá, y no despertará hasta la mañanita del Señor San Juan».

—Yo, hija, no sé donde está ese palacio; mi hijo el Aire será posible que lo sepa, pero yo no me atrevo á decirte que lo esperes porque puede sucederte una desgracia, pues mi hijo nada respeta y todo lo destroza.

La princesa rogó tanto á la vieja, que ésta consintió en ello y la escondió. De allí á poco, llegó el aire que venía bramando y entró diciendo:

—Madre; á carne humana me huele, si no me la das te mato.

—No hay nadie, hijo mío; es que hace poco estuvo ahí una jovencita preguntando por el palacio de «el Rey que dormirá y no despertará hasta la mañanita del Señor San Juan».

—Aunque está lejos, por el camino que hay enfrente de la puerta se llega á él.

—Pues entonces ya lo encontrará, porque por ese camino se fué.

—¿Sí? Pues va á perder el viejo, porque no va á poder entrar.

—¿Y por qué?

—Porque á la puerta están dos leones que devoran á todo el que intenta hacerlo.

—Y entonces, ¿no es posible entrar en ese palacio?

—Sí, pero tienen que llevar un bocado de comida que yo haya tenido en la boca, y cuando lleguen y los leones avancen, partir el bocado en dos y echárselo, y mientras ellos se lo comen entrar de prisa en el palacio sin mirar atrás.

En esto, el Aire se puso á comer, y una de las veces que tenía la boca llena, le dijo la madre:

—Tira ese bocado que lleva un pelo.

El Aire arrojó todo lo que tenía en la boca y la vieja lo cogió para tirarlo, pero lo que hizo fué guardarlo. Se acabó la comida, y el Aire se acostó. Entonces, la vieja fué á ver á la princesa, y dándole el bocado de comida, le enseñó el camino y le dijo todo lo que tenía que hacer.

Pues señor, la princesa echó andar, y allá, al cabo de mucho tiempo, vió que los zapatos se habían roto. Entonces miró hacia todos lados, y divisó los torreones de un palacio.

—Este debe ser,—dijo ella, y se dirigió á él.

Cuando iba llegando, vió á la puerta dos leones que, así que la vieron, empezaron á rugir y vinieron furiosos hacia ella con las melenas encrespadas; pero ella, sacando el bocado que le había dado la vieja, lo partió en dos pedazos y se lo echó á los leones. Ellos se pusieron á comérselo y entre tanto ella echó una carrera, y sin mirar atrás, atravesó la puerta que se había abierto al llegar ella y se volvió á cerrar dejándola dentro.

El palacio era hermosísimo: la princesa empezó á recorrerlo todo, y por todas partes encontraba estatuas de hombres y mujeres que parecían de carne pero que no se movían; jardines muy hermosos, salones magníficos con colgaduras regias y alfombras de terciopelo, y en fin, todo lo más bueno que un rey pueda tener en su palacio. Lo que más le llamaba la atención era que, fuera de las estatuas, no veía á ninguna persona ni sentía ningún ruido, y sin smbargo, todo estaba más limpio que el oro.

Después de mirarlo todo, entró en una alcoba donde había un lecho suntuoso con grandes colgaduras de oro y plata y sobre él estaba un joven hermosísimo durmiendo.

—Este debe ser el rey,—dijo la princesa,—y se sentó á la cabecera del lecho.

Todos los días, sin que ella viera cómo, se le aparecía una mesa llena de los manjares más exquisitos, y después que comía, volvía á desaparecer del mismo modo. Ella no se movía de la cabecera de la cama, no sea que el rey se despertara y no la encontrase allí.

Pasaron algunos meses, y aunque estaba contenta, sin embargo, estaba aburrida de estar tan sola. Un día oyó una voz en el campo que decía:

—¿Quién compra una esclava?

Ella se asomó á una ventana y vió que iban vendiendo una esclava negra. Llamó al que la llevaba y se la compró, y aunque no tenía nada que mandarle porque todo estaba

hecho, se puso muy contenta porque ya tenía con quien hablar y quien la acompañara.

Pues sucedió que la esclava, que era muy envidiosa, le llamó la atención el que su señora no quería moverse nunca del lecho, ni de día ni de noche, por más que ella le había rogado muchas veces que fuese con ella para ver el palacio.

— Aquí hay algún misterio,—decía la negra,—y ó poco puedo ó he de averiguarle.

Llegó en esto la noche de San Juan, y la princesa que no sabía si lo era ó no, estaba sentada en su silla cuando entró la negra, y dijo:

—Señora, si quiere usted asomarse á uno de los balcones del jardín, oirá usted una música deliciosa ; yo me estaré aquí mientras usted va.

La princesa no quería moverse, pero como desde que estaba allí no había oído ninguna música, fué al balcón pensando en volverse en seguida.

Así que llegó, oyó efectivamente una armonía tan deliciosa que parecía que la tocaban los ángeles, y se quedó embobada escuchándola.

Entre tanto, la negra se había sentado en una silla; dieron las doce de la noche y el rey despertó; tendió la mano hacia la silla, y tocando á la negra, dijo:

—Gracias á Dios que ha terminado mi encanto! Tú has velado mi sueño y tienes que ser mi mujer.

La negra al oir esto, no cabía en sí de gozo; el rey se sen-

tó en el lecho, y al ver á la negra, se disgustó mucho; pero como no tenía más remedio que cumplir lo del encanto, se resignó con su suerte.

En esto vino el día y cesó la música, y la princesa, saliendo de su embeleso, trató de volverse al lado del rey, pero se quedó sorprendida al ver el movimiento que se notaba en el palacio. Todas aquellas estatuas que ella había visto al entrar y que parecían hombres dormidos, habían recobrado la vida y andaban de acá para allá.

La princesa estaba tan aturdida, que no encontraba el camino para ir á la alcoba. En esto ve venir al rey del brazo de la negra y lo comprendió todo, diciendo para sí:

—Esa pícara es la que me ha engañado. ¿Cómo voy yo á decir que soy la que estaba á la cabecera del lecho y que ella es mi esclava? No me creerían. Tendré paciencia y sea lo que Dios quiera.

Por su parte, el rey la había visto, y como era tan hermosa, le preguntó á la negra que quién era.

—Es una de mis damas,—dijo la negra.

Pues señor, que aunque el rey no estaba muy á gusto con la negra, se dispuso el casamiento y el rey salió para la capital á comprar los regalos de la boda y á todos les fué preguntando qué era lo que querían. Cada uno pidió lo que más le agradaba y cuando le tocó á la princesa, dijo:

—Yo solo quiero que me traiga S. R. M.

una piedra, dura, dura,
y un ramito de amargura.

Se fué el rey y compró todo lo que le habían pedido, menos lo de la princesa que no lo encontraba en parte ninguna. Por fin lo encontró en casa de un químico, al cual le dijo:

—Dígame usted, ¿para qué sirve esto?

—Esto solo lo compran los que están cansados de la vida y quieren matarse.

Se marchó el rey á su palacio y así que llegó fué dándole á cada uno el regalo que le había comprado y á la princesa le dió el suyo. La princesa se fué á su cuarto y cerró la puerta, pero el rey se quedó escuchando y mirando por la cerradura, la vió que se sentó y se puso á contemplar la piedra. Luego empezó á preguntarle y la piedra contestaba.

—Piedra dura, dura,—decía la princesa,—¿te acuerdas cuando el zagal del pastor me contó la historia del *rey que dormirá y no despertará, hasta la mañanita del Señor San Juan?*

—Sí,—contestó la piedra.

—¿Te acuerdas que me dijo que para encontrar su palacio necesitaba romper unos zapatos de hierro?

—Sí, que me acuerdo.

—¿Te acuerdas que mandé hacer los zapatos y abandonando al rey mi padre que tanto me quería, me fuí á buscar el palacio?

—Sí, me acuerdo.

—¿Te acuerdas que después de pasar muchos trabajos pude encontrar el palacio y sentarme á la cabecera del lecho del rey dormido?

—Sí, me acuerdo.

—¿Te acuerdas cuando compré la esclava negra para que me diera compaña?

—Sí.

—¿Y te acuerdas que esa pícara me engañó la noche de San Juan, haciéndome ir á oir la música, sentándose ella en mi silla para que el rey al despertar la viese á ella?

—Sí que me acuerdo.

—Pues si todos mis sacrificios han sido inútiles y se casa el rey con otra, ¿qué me resta? ¡sólo morir!

Y fué á coger el ramito de amargura para matarse, cuando el rey que lo había oído todo, dió un empujón á la puerta y entrando, dijo:

—No morirás, por que si tú fuistes la que velastes mi sueño y sólo engañada faltastes un momento, tú eres mi verdadera esposa y no la pícara de la negra.

Entonces, mandaron matar á la esclava y se casaron, y luego fueron á ver al padre de la princesa que se volvió loco de contento cuando la vió; *y yo fuí y volví y solo me dieron unos zapatos de manteca que se me derritieron en el camino.*

Y. (Zafra)

NOTA 4.ª

Aunque no exactamente iguales, he encontrado dos cuentos uno francés y otro alemán, que no solo se parecen sino que son así como el prólogo de este mismo cuento y puede decirse que uno y otros se completan. Solo que en los cuentos francés y alemán, la protagonista es una princesa y en el extremeño, lo es un rey. En los primeros, la princesa es condenada á estar durmiendo un siglo, y en el extremeño no se precisa el tiempo del sueño y sí la época del despertar que lo ha de ser el 24 de Junio, día de San Juan.

El cuento francés á que nos referimos se encuentra en una colección francesa de Carlos Perrault, traducida al castellano por T. de J. Coll y Vehí, y lo titula, *La hermosa en el bosque.*

El cuento alemán pertenece á una pequeña colección de *Cuentos escogidos de los hermanos Grimm*, traducidos del alemán por D. José S. Viedma, (Madrid) y se titula, *Rosa con espinas.*

VIII

EL PRÍNCIPE OSO

Una vez era un mercader que tenía tres hijas muy bonitas sobre todo la más pequeña á quien quería mucho, y toda su fortuna consistía en un barco que tenía en la mar, con el que hacía sus negocios. Por entonces lo había mandado muy lejos y estaba aguardándole, cuando le dieron la noticia de que había corrido una tempestad y se había ído á pique. El pobre hombre se puso muy triste porque como no poseía más que aquel barco, se quedaba arruinado.

Así pasó algún tiempo y gastaron lo poco que le quedaba, quedándose muy pobrecitos, cuando supo que el barco que solo había estado perdido, había encontrado el camino y estaba en un puerto aguardando que él diese sus órdenes.

Pues señor, que el hombre se puso tan contento y dispuso ir al puerto donde estaba el barco y les preguntó á sus hijas qué querían que les trajese.

—A mí, un vestido de seda,—dijo la mayor.

—Y á mí,—dijo la del medio,—un pañuelo bordado.

—¿Y tú, qué quieres?—la dijo á la más chica.

—Yo, quiero una flor de lis del huerto que encuentre usted en el camino.

Se fué mi hombre, llegó al puerto, dió sus órdenes para que descargasen el barco, vendió el cargamento y trató de volverse á su casa. Compró el vestido y el pañuelo, pero no pudo encontrar la flor de lis.

Salió el pobre tan triste por no llevar el encargo de su hija menor, que no le alegraba nada. Andar, andar, cuando ya en medio del camino, vió una casa con unos jardines tan hermosos, que dijo: —voy á ver si en estos jardines tienen la flor de lis y me la venden.

Pues señor, entró en la casa y no vió á nadie á quien preguntar, recorrió todos los jardines y al dar la vuelta á uno de los cuadros, vió una planta con una flor de lis tan bonita, que desde luego se decidió á llevársela. Estuvo mirando á todos lados y viendo que no había nadie á quien pedirla, fué y la cortó. Tan pronto como la hubo cortado, se le apareció un oso tan grande, que retrocedió asustado.

—¿Quién te ha dado permiso para cortar esta flor?—le dijo el oso.

—Nadie, señor, sino que una de mis hijas me había pedido una flor de lis, no la he encontrado en ninguna parte, y al pasar por aquí entré á ver si la había y me la querían vender, pero como no he visto á nadie, creí que no tenía dueño y la he cortado. Pida usted lo que sea y yo se la pagaré.

—Estas flores no se venden,—dijo el oso,—pero puesto que la has cortado, llévatela, pero en cambio has de traerme la más pequeña de tus hijas, la que ha pedido la flor.

—¡Ah!, no señor,—dijo el padre,—á ese precio no quiero la flor, tómela usted que yo me quedo con mi hija.

—No puede ser,—repuso el oso,—ya la has arrancado y el daño que has hecho, solo tu hija puede remediarlo; no tienes más remedio que traerla, por que sino moriréis todos.

Se fué el pobre mercader tan desconsolado y así que llegó á su casa, dió los regalos á sus hijas, que se pusieron tan contentas, pero como le veían siempre triste, la más chica, que era la que más lo quería, le preguntó:

—¿Por qué está usted tan triste padre?

—Por nada, hija mía,—contestó el padre.

—No; usted oculta alguna pena que no quiere decir, por que siempre que me mira, lo veo á usted llorar.

Por fin; que tanto porfió la hija, que el padre se lo contó todo.

Entonces la hija, le dijo que la llevase á aquel jardín. El padre no quería, pero la hija lo convenció, diciéndole que si al fin había de suceder alguna desgracia, más valía que fuese á ella sola que no á todos y que tal vez fuera para su felicidad.

Por fin, decidióse el padre y la llevó al jardín, dejándola instalada en la casa conforme había ofrecido al oso. Allí tenía todo cuanto deseaba, pero sin ver á nadie por la casa;

solo de noche, solía oir unos quejidos en el jardín, pero no se había atrevido á llegarse á ver lo que era. Por fin, una tarde oyó que los quejidos eran más tristes que de ordinario y se decidió á ver lo que era.

Entró en el jardín y junto á la planta de la flor de lis, halló un oso tendido moribundo, con una mirada tan triste, que á ella le dió compasión y se bajó á acariciarlo.

—¿Qué tienes?,—le dijo.—¿Estás malo?

El oso la miró con reconocimiento y le dijo que sí.

—¿Cómo podría yo curarte?

Entonces el oso, señalando la flor y la planta, le contestó:

—El remedio está en tu mano.

Ella miró la planta y comprendiendo que de allí la había cortado su padre, puso la flor sobre el tallo. Después dió la mano al oso que se levantó convertido en un caballero joven y hermoso, el cual le dijo que era un príncipe encantado y que gracias á ella había salido del encantamento; que si quería casarse con él, se la llevaría á su corte y sería princesa.

Se fueron y se casaron y fueron felices por toda su vida, llevándose ella á su padre y á sus hermanas, que también se casaron.

S. (Zafra)



NOTA 5.ª

Este cuento se encuentra también en Portugal y lo trae en su colección el Sr. Coelho recogido por dicho señor, en Ourilhe y titulado *A Bella menina*, (núm XXIX, p. 69). Es exactamente igual sin más diferencia que el príncipe está convertido en un reptil.

Otros dos ejemplares se encuentran en las colecciones francesas de Carlos Perrault y Emmanuel Cosquín. El primero lo presenta en su colección con el título de *Linda y la Fiera*. Era un comerciante que tenia seis hijos, tres hembras y tres varones. De las primeras, las dos mayores tenían mal carácter, no así la pequeña que era muy buena para todos y desde chica la llamaban Linda. Pierde el padre la fortuna y con ella la amistad de los que antes lo adulaban, decidiendo irse á vivir á una casa de campo que conservaba. Las hijas mayores obedecieron de mala gana, pero la chica fué gustosa y procuraba consolar á todos. Le dicen al padre que el barco perdido ha llegado al puerto y sale á recibirlo, preguntando á las hijas qué desean que les traiga, las mayores piden trajes, la menor solo pide una rosa. A su regreso el padre entra en una casa donde no ve á nadie; come, bebe y duerme, y, al marcharse, corta una flor en el jardín. Aparécesele una fiera y le exige traiga á su hija y vuelva al año siguiente por ella. Trae el padre la hija, y al volver á su casa, encuentra un cofre lleno de dinero. Linda encuentra todos sus gustos satisfechos, todos sus deseos cumplidos, y termina por hallarse bien en la casa. La fiera le propone casarse con ella, pero ella no admite, pero consiente en vivir allí siempre á condición de que la deje ir antes á ver á su padre. La fiera consiente y le concede ocho días, diciéndole que si tarda más tiempo, al volver lo hallará muerto. Lo promete Linda y se va, pero se lo cuenta á las hermanas, que por envidia la detuvieron más tiempo. Sueña una noche Linda que la fiera estaba revolcándose en el jardín y dirigiéndole miradas tristes, y al día siguiente, acordándose de lo que le había dicho, se marchó á la casita de la fiera. Llega, se viste y espera, pero viendo que no llega, y acordándose del sueño, se dirige al jardín y encuentra la fiera moribunda, y sin reparar en su fealdad, le coge la cabeza y la cubre de besos. Al separar la cara encuentra, en vez del mónstruo, á un hermo-

so joven que la mira con inmenso cariño. Este la dice que sus besos y abrazos han roto el encanto que le tenía convertido en una fiera. Termina el cuento con el casamiento del joven, que era un príncipe, con Linda.

El segundo, lo coloca en su colección con el núm. LXIII, y lo titula *El Lobo Blanco.* Es un padre con tres hijas. Al salir de viaje, las dos mayores le piden un traje, la chica pide la rosa que habla. La encuentra el padre en un jardín, y al ir á cogerla, sale un lobo blanco que le exige que traiga á su hija. Tráela el padre y la deja con el lobo. Pasado algún tiempo, ella le pide ver á su padre, accede el lobo á ello, pero la prohibe contar lo que ha visto ú oído, pero ella, á instancia de sus hermanas, lo dice, y á consecuencia de esto el lobo muere.

Tanto una versión como la otra, son iguales á *El Príncipe Oso*, sólo la segunda difiere al final en que el lobo muere.

El reputado profesor italiano, Sr. Angelo di Gubernatis, en su *Zoological Mythology*, 11, p. 381, trae una versión igual de este cuento.

IX

LA HERMOSURA DEL MUNDO

Pues señor, una vez era un rey que tenía un hijo muy vicioso, á quien por más que reconvenía no pudo nunca hacer carrera de él. Murió el padre y heredó él la corona. Viéndose dueño de sus acciones, se entregó á sus vicios y lo jugó todo, con tan mala suerte, que cuanto jugaba, otro tanto perdía; así fué, que no teniendo otra cosa, jugó la corona y la perdió, teniendo que pedir limosna.

Pues señor, que había allí un caballero que todos los días estaba en el juego y era el que ganaba casi todo, y viendo al rey tan desesperado le propuso que si quería irse con él, le daría cuanto quisiera para que jugara, con la obligación de que tenía que trabajar una vez al año, pero que esa vez había de hacer lo que él le mandara, fuera lo que fuera.

Como él no tenía nada que perder, lo aceptó al instante, pues suponía que no sería muy duro el trabajo qne le diera una sola vez en el año.

El caballero puso á su disposición un arca llena de oro, y él cogió mil reales y los perdió. Al día siguiente cogió dos mil, y los perdió. Todos los días volvía al juego, aumentan-

do siempre mil reales á la cantidad del día anterior, y así siguió por espacio de dos meses; mas como siempre perdía, el arca bajaba, hasta que le vió el fin.

Cuando se acabó el dinero, le dijo su amo.

—Mira, ha llegado el día que tienes que trabajar, pues tal prisa te has dado á gastar el dinero, que se ha concluído, y tenemos que ir por más. Ve á la cuadra y ensilla dos caballos que allí hay; pon en las alforjas dos jamones, dos lomos, dos botas de vino, el pan necesario y queso y aceitunas para los postres, que vamos á emprender un viaje de unos cuarenta días.

Pues señor, que así lo hizo; preparó todo como le había dicho el caballero y montando cada uno en su caballo emprendieron el camino. Andar, andar, hasta que atravesaron muchas tierras y dieron vista al mar. Entonces el caballero señalando allá al centro del mar, le dijo:

—¿Ves aquel bulto que se divisa á lo lejos?

—Sí, señor.

—Pues es un castillo que está lleno de oro y plata. ¿Te atreves á ir allá.

—Sí señor; si va usted delante.

El caballero metió espuelas á su caballo, y éste emprendió el camino seguido del otro, como si no fuera agua lo que pisaban, hasta que llegaron á la roca donde estaba el castillo. Una vez allí, echaron pie á tierra, y el caballero le dijo al joven:

—Es preciso ahora, que subas al castillo.

—¿Y cómo, si no tiene puerta?—dijo él.

—Ahora lo verás,—contestó el caballero.—Coge cuatro sacos de los que traemos, y así que subas, verás un montón de onzas; llenas los sacos y los atas bien para que no se desaten.

Y sacando un libro que tenía en el bolsillo, lo abrió, y en el instante el joven se sintió subir como si lo cogieran por los cabellos y antes de darse cuenta se encontró en lo alto del castillo. Efectivamente, vió allí un gran montón de onzas y llenó los sacos hasta no dejar una. Así que estaban llenos, avisó al caballero, que, abriendo de nuevo el libro, fueron bajando los sacos por sí solos, y así que bajó el último y estuvieron colocados en los caballos, cerró el libro y dirigiéndose al joven le dijo:

—Me has pagado los servicios que te he prestado; ahora, búscate la vida; si sabes conducirte serás feliz, pero si no, perecerás.

Y montando en uno de los caballos, se fué con los sacos de onzas sin oir las voces que el otro pobre le daba para que le bajara del castillo. Así que lo perdió de vista se quedó pensando en su triste situación, y decía:

—¡Ay, madre mía de mi alma! ¿qué va á ser de mí en este sitio tan solitario? Acabaré por morirme de hambre en este desierto, rodeado de agua por todas partes.

Estuvo mirando por todas partes, pero no veía sitio nin-

guno por donde poder bajar, hasta que concluyó por resignarse y encomendarse á la clemencia de Dios. Pero sucedió que, como antes de subir había comido muy bien, no tenía hambre, pero sentía una sed que se abrasaba y por más que miraba á todos lados, no encontraba una gota de agua con que apagarla.

A fuerza de buscar, encontró una poca de arena húmeda que parecía estar removida, y suponiendo que debajo pudiera haber un manantial de agua dulce, empezó á escarbar con afán. La arena, á pesar de estar húmeda, estaba fuerte. y el pobre se destrozaba las manos sin conseguir encontrar el agua. Cuando se cansaba, se sentaba un rato á descansar y después empezaba de nuevo la faena con más fuerza, pues cada hora que pasaba le molestaba más la sed.

Per fin, cuando más atareado estaba en su trabajo, vió que se acababa la arena y dejaba descubierta una puerta. Se asomó por un *bujero* y vió que dentro había claridad. Cobró ánimos y siguió escarbando, hasta que consiguiendo levantar la puerta dejó descubierta una escalera. Como la sed le apretaba, no se paró á reflexionar lo que dentro pudiera haber, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, bajó las escaleras.

No fué poco su asombro al encontrarse en una sala grande, en medio de la cual había una gran fuente de agua y á un lado una magnífica mesa puesta, con toda clase de manjares á cual más rico. Lo primero que hizo fué beber, y des-

pués, como había en la mesa tanta cosa buena, le entró apetito y estuvo comiendo todo lo que quiso. Sin embargo, no estaba él muy tranquilo al ver que no se sentía nada ni nadie aparecía por allí, pero esto no le quitó la gana de comer, y decía: «muera Marta y muera *jarta.*» Comamos ahora, que después, Dios dirá.—Así fué que comió hasta hartarse, y así que no quiso más, se puso á recorrer los departamentos.

Ya llevaba recorrido todo el palacio (porque era un palacio muy hermoso), y sin embargo no había encontrado alma viviente, cuando llegó á la cocina. Allí encontró una vieja, que, mirándole asombrada, le dijo:

—¿Quién te ha traído por aquí, joven, que tan mal te quiere?

—Mi desgracia, señora,—le contestó él.

Y sentándose, se puso á contarle todo cuanto le había pasado.

—Pues es lo peor que podías hacer,—le dijo la vieja,—el entrar aquí; este es un castillo encantado en el que á nadie le es permitida la entrada, y lo defiende un negro que es el encargado de dar muerte á todo el que se atreve á penetrar en él. Pero eres joven, veo tu inexperiencia y veré si puedo ablandar su furor, si es que tú me prometes que serás obediente á cuanto él te diga.

El joven se lo prometió así, y al poco tiempo le dijo la vieja que se escondiera en un cuarto, porque se acercaba el

negro, y si lo veía antes de que ella le hablase, era seguro que lo mataría. Apenas lo había escondido, cuando entró un negro tan horrible, que era capaz de darle un susto al miedo.

Empezó á mirar por todas partes, y encarándose con la vieja, dijo:

—A carne humana me huele, si no me la das, te mato.

—¡Ay!, mira,—contestó la vieja,—es un pobrecito á quien un pícaro mago lo trajo al castillo y lo dejó abandonado, y como no podía irse, encontró la puerta y entró.

—Bueno, que salga,—dijo el negro.

Así que salió el joven, repitió el negro:

—Cuéntame cómo has venido á este palacio.

Entonces el joven volvió á contar todo lo que le había dicho antes á la vieja. El negro, viendo que decía verdad, repuso:

—Bien, pues sabes que el que aquí llega muere sin remedio; pero tengo lástima de tí al verte tan joven, y si prometes quedarte conmigo y hacer lo que te diga, te perdono la vida, pero te advierto que no saldrás nunca de aquí. Si aceptas lo qne te propongo, serás dichoso porque aquí no ha de faltarte nada más que la libertad. No olvides que á la primera tentativa que hagas para escaparte, morirás sin remedio.

Comprendiendo que no tenía otro remedio y conceptuándose bien librado, aceptó lo que el negro le proponía y le dió las gracias. El negro, entonces, cogió un manojo de llaves y

le fué enseñando todas las habitaciones del castillo. Una estaba llena de garbanzos, otra de tocino, otra de morcillas, otra de chorizos, otra de jamones, otra de lomos, otra de vinos, y en fin, de toda clase de comidas, y por último, le enseñó otra de oro, otra de plata y otra de cobre. Solamente quedó por abrir una puerta, y el negro, entregándole la llave, le dijo:

—Toma, te hago dueño de todo para que no carezcas de nada, pero guárdate bien de abrir esta puerta porque te sucedería una desgracia. En esas habitaciones está encantada la *Hermosura del mundo*, y está tan bién defendida, que es imposible llegar hasta ella. ¿Ves esa puerta? Pues tras ella hay dos leones que caerían sobre el imprudente que la abriera y le destrozarían. Si de los leones le fuera posible escapar, tendría que abrir otra puerta donde hay dos martillos que continuamente están golpeando, y lo aplastarían al pasar. Luego hay otra puerta cuya entrada está defendida por una piedra de molino que continuamente gira sobre su eje impidiendo el paso; y por último, hay otra puerta que está defendida por una serpiente venenosa. Conque ya ves los peligros á que se expone el que quisiera penetrar ahí dentro.

El joven prometió cuidar de todo, y así lo hizo, llegando á inspirar al negro tal confianza, que ya se pasaba los días y días sin parecer por el palacio. Sin embargo, acostumbrado el rey á hacer su gusto, no se avenía con aquella vida ni con

aquel misterio, y se propuso averiguar lo que allí se encerraba desafiando los peligros que le había pintado el negro.

Cogió la llave y abrió la puerta del cuarto. Conforme abrió se vió venir dos leones furiosos con la boca abierta, pero quitándose el sombrero se lo arrojó á los leones. Lanzáronse éstos sobre el sombrero y empezaron á disputárselo hasta que se despedazaron uno á otro. Entonces él los acabó de matar y abrió la otra puerta donde vió dos martillos que machacaban tan rápidamente, que era imposible atravesar la puerta sin ser destrozado. Se quitó entonces la chaqueta, y arrojándola á los martillos, los enredó de tal modo, que los dejó parados. Pasó entonces, y abriendo la otra puerta, se encontró una piedra de molino girando con tanta violencia, que no había que pensar en pasarla sin ser cogido. Se quitó el chaleco, y arrojándolo á la piedra, ésta lo arrolló, y como no pudo deshacerlo, *se entrapó* y quedó parada.

Pues señor, que el hombre se puso tan contento, saltó sobre la piedra y se puso á pensar cómo podría librarse de la serpiente.

Una vez decidido, abrió la puerta y se ve venir una enorme serpiente dando unos silbidos que aterraba todo el castillo; y va y qué hace, se quita los zapatos y se los tira. La serpiente se arrojó sobre ellos y en un dos por tres se los tragó; pero como eran de cuero y estaban muy duros, no pudo tragarlos y se ahogó con ellos. Entonces, él sacó un cuchillo y la acabó de matar. Libre ya del último obstáculo,

abrió la otra puerta y se encontró en un salón maravilloso, adornado de oro, seda y pedrería por todas partes, y en un rincón había un lecho donde estaba acostada una *jembra, camará*, que daba la hora. Aquella era la *Hermosura del mundo*, que estaba allí encantada.

Así que la vió, no supo lo que le pasaba, y él que no se había asustado de las demás cosas, tuvo miedo de despertarla y se salió. Pero arrepentido de su cobardía, volvió al salón y se puso á contemplar aquella hermosura y no pudo menos de darle un beso.

Tan pronto como la besó, despertó ella, y le dijo:

—Bien hayas tú que has roto mi encantamento. Pero si quieres buscarme, porque yo tengo que irme, aún te queda mucho que andar. Dentro de una hora me marcho, y convertida en paloma, estaré cinco días en la fuente de la huerta de las Tres Naranjas. Por si allí no me encuentras, toma este pañuelo para que yo pueda reconocerte donde quiera que estés.

Y al decir esto, lo dió un pañuelo muy fino que tenía bordada una corona real.

En esto había pasado la hora, y se oyó un ruido espantoso que le dejó atontado; cuando volvió en sí, se encontró solo en un monte. El castillo y el mar habían desaparecido. Se puso á pensar en su situación, y no sabía qué camino tomar para encontrar la huerta de las Tres Naranjas, hasta que decidió dejarlo á la ventura y se puso á caminar sin rumbo fijo.

Anda que anda, anda que anda, hasta que ya, al cabo de tres días, vió una huerta, y como llevaba mucha sed, entró á pedir una poquita de agua. El hortelano era un negro, el mismo que estaba en el castillo; pero él no le conoció. Le pidió el agua, y se la dió.

—¿Me dirá usted qué huerta es ésta?

—Esta es la huerta de *Las Tres Naranjas*,—contestó el negro.

—Dígame usted, ¿no vienen aquí á beber á la fuente unas palomas?

—Sí, señor, hace tres días que vienen, pero hasta mañana no puede usted verlas, porque vienen entre once y doce de la mañana.

—Si usted me permitiera que me quedara, porque se me ha perdido una y quisiera ver si está con ellas.

—Sí, señor,—dijo el negro,—quédese usted y mañana puede verlas.

Pues señor, que pasó allí la noche y á la mañana siguiente, á la hora convenida, se fueron hacia la fuente. El negro se puso á comer unos higos y le dió uno al joven, que así que se le comió se quedó dormido. Llegaron las palomas y estuvieron bebiendo y bañándose, pero cuando él despertó ya se habían ído. Le preguntó al hortelano, pero éste le dijo que habían estado mucho tiempo, pero que estaba tan dormido que no le había querido despertar.

Como ya habían pasado cuatro días, el siguiente era el

último que estarían allí las palomas, de modo que hizo propósito de no dormirse. Por la tarde salió á pasearse, cuando vió caer á sus pies una carta. La abrió y vió que decía estas palabras: «No te fíes del hortelano.»

Aunque él no sabía si se dirigía á él aquella carta, y no tenía por qué desconfiar, se propuso estar sobre aviso. Llegó el día siguiente y se encaminaron hacia la fuente. Conforme iban hablando, el negro sacó unos cigarros y se puso á fumar, ofreciéndole uno al joven. Éste lo cogió, y apenas dió las primeras chupadas, se quedó dormido como un tronco. Llegaron las palomas y sucedió como el día anterior, que al despertar había pasado la hora.

Comprendió que era obra del negro, y como sabía que ya las palomas se habían marchado, pues habían pasado los cinco días, se despidió del negro y se fué. Al salir de la huerta, vió caer una carta. La cogió, y al abrirla leyó en ella:

«Te has dejado engañar por el hortelano, y has alargado el tiempo de nuestra ausencia, si me quieres encontrar, búscame en el palacio de las *Tres Armeñas de Oro*.

—¿Y dónde voy yo á encontrar este dichoso palacio?—decía el pobre pensativo.—Si yo supiera dónde está, del mal el menos, pero en fin, lo buscaremos, que lo que mucho vale, mucho cuesta, y así como encontré la huerta, encontraré el palacio.

Empezó á andar, andar, ya por caminos, otras veces por

trochas, hasta que por fin se metió en un breñal y cuando se creía ya perdido, vió una casa y pidió que le recogieran por aquella noche.

La dueña de la casa le preguntó que qué era lo que le llevaba por aquellos breñales, donde no penetraba alma humana.

—¡Ay, señora!—contestó él,—es que busco el palacio de las *Tres Armeñas de Oro*, y no sé siquiera donde está, así que voy caminando á la ventura, hasta que mi suerte me procure el encontrarlo.

—Pues mire usted, en esta casa se recogen todas las aves del mundo, y es fácil que alguna de ellas sepa dónde está ese palacio, si es que existe, aunque esté en lo más escondido de la tierra.

Pues señor, que así que oscureció, llegaron las palomas y les preguntó la dueña si sabían dónde estaba aquel palacio; pero dijeron que no lo conocían. Fueron llegando otras aves y ninguna daba razón; vinieron los aguiluchos, y tampoco, no lo sabían, pero faltaba uno que no había llegado, y allá bien tarde se oyó un ruido de aleteo. Burrr..... y vieron llegar al aguilucho que faltaba que venía harto como chivo con dos madres.

—¿Cómo es que vienes hoy tan tarde? ¿Dónde has estado?

—Vengo del palacio de las *Tres Armeñas de Oro*, donde he estado comiendo tripas de gallina, que me han sabido á

gloria, pues como se casa mañana la hija del rey, habrá un gran festín.

—¿Te atreves á llevar mañana á este joven á ese hermoso palacio?

—Bueno, pero le advierto que es preciso que lleve la carne de un carnero para cuando yo tenga hambre, porque está muy lejos.

Pues señor, que así lo hicieron, mataron un carnero y á la mañana siguiente, muy temprano, salió el aguilucho, llevando al joven y al carnero. Cuando llevaban andado mucho camino, el aguilucho volvió el pico pidiendo de comer. Le dió un trozo del carnero, y continuó volando. Al poco tiempo pidió más, y siguió pidiendo hasta que se acabó el carnero, y entonces le dijo:

—Se ha acabado la carne, si tienes hambre cómete un pedazo de nalga mía, pero llévame al palacio.

—No,—contestó el aguilucho,—haré un esfuerzo y llegaremos, porque ya lo estoy viendo; afortunadamente la bajada es fácil.

Siguió volando, y á poco divisaron las torres del palacio; el aguilucho bajó rápidamente y depositando su carga en el suelo, dijo:

—Ya era tiempo, un momento más y no hubiéramos llegado, porque las fuerzas se me acababan. En el palacio no faltará con qué reponerlas.

El joven se dirigió al palacio y quiso entrar, pero como

por efecto del camino iba tan derrotado, los porteros creyeron que era un pobre y no le dejaron entrar. Entonces, viendo que no le dejaban se retiró muy disgustado y fué á sentarse á la puerta de una iglesia que había junto al palacio, á ver si por casualidad se asomaba la princesa á alguna ventana y podía verla y hablarla.

Poco tiempo hacía que estaba allí sentado, cuando vió que del palacio salía una comitiva y se dirigían á la iglesia. En el medio venían los dos novios, y en ella reconoció él en seguida á la *Hermosura del Mundo*. Bien hubiera querido hablarla, pero entre tanta gente no era posible. Pensó ponerse al paso para que ella le viese, pero como iba tan destrozado no era fácil que le reconociese. En esto, se acordó del pañuelo que ella le había dado, y sacándolo del bolsillo, lo desdobló al tiempo que pasaban los novios de modo que se viera la corona que tenía bordada

Ella lo vió y lo conoció al momento, pero no dijo nada y entraron en la iglesia. Cuando el sacerdote iba á casarlos, dijo la princesa.

—Como promesa de casamiento, he dado á un hombre un pañuelo con mi cifra y mi corona bordadas, y sólo á ese hombre daré mi mano, si alguno de los presentes tiene el pañuelo que lo enseñe.

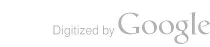
Todos se miraron pero ninguno sacó el pañuelo. Entonces la princesa dijo á su padre.

—Señor, á la puerta hay un mendigo y ese tiene el pa-

ñuelo, porque él fué el hombre que me libró del encantamento y sólo con ese es con quien he de casarme.

Salieron á buscar al joven que presentó el pañuelo y se casó con la princesa. Después, ayudado de su suegro, recobró su reino y vivieron felices toda su vida.

ANTONIO (ALANGE)



IX

EL SAPITO

Pues señor, este era una vez un pobre pescador que tenía dos hijas. Era tan pobrecito y escaseaba tanto la pesca, que los infelices se morían de hambre. Viendo que la pesca estaba tan mala y que no había que comer, determinó ir al campo por una carga de tomillos y venderla para poder siquiera comprar pan.

Cogió el hombre su escardillo y sus sogas y se fué al campo y empezó su tarea. Cuando más descuidado estaba, al arrancar un tomillo, salió un sapo.

—¿Por qué arrancas mi casa?—le dijo.

—Usted perdone,—contestó el padre,—pero vengo á buscar una carguita de tomillos, porque ni yo ni mis hijas tenemos que comer.

—No temas,—le dijo el sapo,—que si tú quieres, serás feliz. Si me casas con tu hija más pequeña, te doy una cuartilla de dinero en oro, pero si no aceptas mi proposición, te mato.

Pues señor, que el pobre hombre se vió tan apurado, que

no tuvo más remedio que ceder, y quedó conforme en que se lo diría á su hija y volvería á traerle la razón. Llegó á su casa tan triste, que la hija más pequeña que lo quería mucho le dijo que qué le había pasado. El padre no se atrevía á contárselo; pero tanto le porfió Luisa, que así se llamaba la hija, que por fin le dijo lo que le había pasado con el sapo y la amenaza que le había hecho de matarlo si no le casaba con su hija. Entonces le dijo su hija:

—La vida, padre mío, es muy amable, y por la de usted estoy yo dispuesta á hacer cualquier sacrificio; vuelva usted mañana y déle usted mi consentimiento y sea lo que Dios quiera.

El padre la abrazó llorando, y á la mañana siguiente fué al sitio donde estaba el sapo y le dió la respuesta de su hija. El sapo le dió la cuartilla de oro y le dijo que para dentro de seis meses preparase todo para el casamiento, que él se presentaría al cumplir ese tiempo.

Se fué el hombre tan contento con su dinero y empezó á comprar tierras y se hizo labrador; de modo que como le veían rico, ya le miraban de otro modo y le nombraron alcalde.

El último día de los seis meses, lo dispuso todo para celebrar el nombramiento de alcalde y el casamiento de su hija. Convidó á todo lo principal del pueblo, y había comida y bebida en abundancia.

Pues señor, que aquella noche el sapito, chapinando, cha-

pinando por los charquitos, se fué para la casa á donde llegó todo mojado. Así que llegó, todos los convidados se quedaron dormidos menos el alcalde, el cura, el escribano y la novia.

Se celebró el casamiento, y cuando despertaron, ya no estaba allí el sapito. Se retiraron todos, y los de la casa se fueron á acostar saliendo entonces el sapito que se retiró con su novia. Al saltar el sapo á la cama, se volvió un mozo *que no sé;* ¡vaya un real mozo que era! Pero así que amaneció, se convirtió otra vez en sapo.

Luisa estaba con su sapo que no sabía dónde ponerlo, y siempre lo tenía en la falda; no quería que le pasara nada, y la hermana estaba siempre haciendo burla de ella.

—¡Jesús, que demonio de sapo! No parece sino que es una alhaja de valor según estás con él. ¿No te da vergüenza estar siempre con ese bicho tan asqueroso en la falda? Yo ya lo hubiera estrellado contra una piedra.

Luisa no decía nada y lo que hacía era cuidar á su sapo.

Pero la hermana, que era muy envidiosa, decía para sí:

—Aquí hay gato encerrado; esto debe ser otra cosa que un sapo, porque sinó mi hermana no le cuidaría tanto como le cuida, ni se mostraría tan contenta como está. No, pues yo lo he de ver.

Y va, y que hace, manda hacer una llave de madera, y una noche, cuando vió que Luisa estaba dormida, abrió la puerta y se acercó á la cama, quedándose sorprendida al ver que el

que dormía con su hermana era un arrogante mozo. Se salió en seguida por temor de que la viesen, y á la mañana siguiente le dijo á su padre que era preciso qua fuese al campo y le trajese un sapo como el de su hermana.

El padre fué al campo una porción de días y ¡cá! no pudo encontrar ninguno; así que la hija estaba rabiosa. Una noche, valiéndose de la llave que había hecho, entró en el cuarto de Luisa con una vela. El sapo, convertido en hombre, estaba durmiendo y tenía la ropa puesta en una silla á la cabecera de la cama. Ella se puso á contemplarlo con envidia, y tanto se descuidó, que se corrió la vela y le cayó una gota de cera. En el mismo instante desapareció dejando allí la ropa. Ella se salió corriendo antes que su hermana fuera á despertar.

Cuando Luisa se levantó y echó de menos su sapo, se puso muy desconsolada y ni quería comer ni beber; lo buscó por todas partes, pero no pudo encontrarlo. Entonces cogió la ropa, la hizo un paquete y siempre la tenía consigo; pero siempre llorando por su sapo. La hermana, no hacía más que hacerla burla, y aunque ella sabía bien por lo que lloraba, le decía:

—¡El demonio la mujer! ¿No te da *grima* llorar por un sapo? Pues podías estar ancha con semejante asco.

La pobre Luisa seguía llorando, y su padre, por distraerla, le propuso llevarla á una feria de un pueblo inmediato.

Dispusieron el viaje, y salieron del pueblo. Luisa iba en

unas hamugas y llevaba consigo el paquete de la ropa de su marido, pues era su único consuelo y no quería separarse de él.

Pues señor, que salieron al campo, y al pasar por el sitio donde el padre arrancó el tomillo, oyó una voz que decía:

—¡Luisa, Luisa!

Luisa volvió la cara á todas partes, pero no vió nada; entonces la voz volvió á decir:

—Mira pâ la adelfera,
Verás lo que te espera.

Miró Luisa para donde le decían, y exclamó:

—¡Ay!, mi sapito.

Y volvió á oir que le decían:

—Échame la ropa, que me voy contigo.

Tiró el paquete de la ropa, y á poco salió un mozo que ¡hasta allí!, que era su marido y había salido del encantamento donde estaba convertido en un sapo. Se montó con ella, y se fueron á la feria, viviendo luego muy felices.

F. (ALANGE)

NOTA 6.ª

El Sr. Machado y Alvarez, en el tomo I de esta Biblioteca, pág. 126, publica un cuento recogido en Santa Juana (Chile) por el Sr. D. Th. H. Moore, que tiene mucha semejanza con este en que me ocupo, solamente que en lugar del sapo, es un negro el que se le aparece al padre, y además, el cuento chileno es bastante más largo y puede decirse que empieza cuando este acaba.

En la colección mencionada de los hermanos Grimm, páginas 30 á la 34, se encuentra un cuento muy semejante á este, aunque presentado en distinta forma, pues se trata de una princesa que, á cambio de un favor recibido de una rana, le ofrece tenerla siempre á su lado, sentarla en su mesa y acostarla en su cama.

El favor hecho, la rana reclama el cumplimiento de la palabra dada; la princesa se resiste, pero el rey la obliga á cumplirla. Transije en lo de la comida, pero al acostarse la deja en el suelo. La rana salta á la cama, y ella enojada, la arroja contra la pared. Al golpe se rompe el encanto, y la rana se convierte en un joven príncipe que se casa con ella.

XI

LOS TRES LEONES

Pues señor, que este era una vez un matrimonio que tenía tres hijos varones. El padre cayó enfermo, y á pesar de todos los cuidados de su mujer, se murió dejándola viuda y embarazada.

Pues señor, que antes que cumpliera el término del embarazo, los hijos le dijeron á su madre:

—Madre, nosotros nos vamos, porque aquí nada hacemos y no podemos estar más tiempo; si cuando usted salga de su cuidado, es un varón el que nazca, nos manda usted llamar á tal parte, que nosotros vendremos á reunirnos con usted; pero si es una hembra, no volverá usted á vernos, porque nos sucederá una gran desgracia de la que ella sola podrá salvarnos cuando sea mujer.

La madre lloró y les rogó que no se fueran, porque, ¿qué iba ella á hacer en la casa, sola y sin hijos y en situación tan crítica?

Pero todo fué en vano, los hijos se fueron y no pudo conseguir que se quedaran.



La pobre madre, lloró por el abandono de sus bijos y al poco tiempo dió á luz una niña. Entonces perdió la esperanza de volverlos á ver y no tenía consuelo en el mundo. Tanto lloró, que al fin sucedió lo que había de suceder; cayó enferma y murió también, dejando recomendado á una vecina que cuidase de su hija.

Pues señor, que la vecina, que era muy buena, recogió la niña y la quería tanto como si fuera su propia hija. La niña fué creciendo, y era tan bonita y tan buena, que todo el mundo la quería mucho. Pero sucedió que la mujer que la había recogido, tenía también una hija que era muy envidiosa y muy mala, y como veía que su madre quería mucho á la pobre huérfana, estaba celosa de ella y no la podía ver, por lo que no perdía ocasión de maltratarla por cualquier cosa.

La madre, reconvenía á la hija por el mal tratamiento que le tenía á la huérfana, diciéndole que si no le daba lástima de maltratarla siendo tan buena y tan humilde. —Bastante desgracia tiene—le decía—con no tener madre.

Pero la hija, no entendía de chiquitas, y se hacía la sueca; de modo que cada vez la odiaba más y le daba más mal trato, diciéndole que por causa de ella, que era una intrusa, estaban tan pobres, porque por darle de comer, no podían comprarle á ella vestidos nuevos y tenía que estar siempre hecha una estropajosa.

La pobre niña, sufría con resignación todos los malos tra-

tos que le tenía la otra muchacha, y así fué creciendo y haciéndose cada vez más bonita, pues ya tenía catorce años. Esto mismo irritaba tanto á la otra, que cada vez extremaba más los insultos, hasta tanto que, no pudiendo ya sufrirlos la infeliz, y reconociendo que al fin la otra estaba en su casa, avergonzada de las cosas que le decía, se fué un día de la casa sin decir nada y, andar, andar, se metió en un bosque muy espeso, y allí perdida, le cogió la noche. Cuando más desconsolada estaba, dando vueltas por el bosque, encontró un castillo y corrió á él para ver si querían recogerla. Pero por más vueltas que dió al castillo no pudo encontrar la puerta, así es que la pobre niña se echó á llorar, y le pidió á Dios, de todo corazón que le deparase un sitio donde albergarse y pasar la noche.

Entonces vió que la pared del castillo se abrió, dejando hueco bastante para entrar una persona. Sin pararse á reflexionar, se metió por aquel portillo, que se volvió á cerrar así que ella hubo entrado. Cuando se cerró la pared, se encontró en un magnífico patio, con una gran fuente y árboles muy hermosos, como ella no los había visto nunca; entró dentro y vió unos salones magníficamente adornados, donde nada hacía falta, y en el comedor había una mesa puesta y muy bien provista de todos los manjares que podían desearse. Ella estaba muy embobada en ver tanta maravilla como allí había, cuando sintió ruido. Se volvió, y, al hacerlo, vió tres leones muy hermosos que la miraban atentamente. La pobre-

cita, se llenó de miedo y corrió á esconderse. Entonces los leones salieron tras ella muy irritados, y ya estaban próximos á alcanzarla, cuando se oyó una voz que decía:

—« Queredla, que es vuestra hermana ».

En el mismo instante, los leones se transformaron en tres mancebos muy hermosos, se acercaron á ella y le rogaron que les dijera cómo había podido llegar hasta ellos, cuando el castillo no tenía puertas. Ella les contó toda su vida, y por qué y cómo había llegado hasta allí, y ellos, convencidos de que era su hermana, le dijeron, que si era buena y hacía lo que ellos le dijesen, nada tendría que temer y sería feliz viviendo en el castillo.

Desde entonces, todos se quedaron allí viviendo. Por la noche veía ella llegar los tres leones, que al entrar se volvían hombres y cuando se levantaba por la mañana, ya los jóvenes habían desaparecido. Como los días eran muy largos, ella los pasaba en arreglar la ropa y en preparar la comida, y luego se ponía á coser en una ventana muy alta que tenía el castillo.

Desde allí contemplaba el campo, y algunas veces veía á los leones en la selva, que la miraban con cariño meneando la cola, y después desaparecían en la espesura hasta que volvían por la noche á recogerse.

Pues señor, que un día que estaba ella sentada en la ventana, oyó el sonido de unas trompetas de caza, que no había oído nunca, y eran las de los cazadores que acompañaban al

hijo del rey que había ído de montería á aquel sitio. Al poco tiempo vió pasar un jabalí seguido de una trailla de perros y entre ellos aparecieron los cazadores, entre los cuales venía un joven muy guapo que era el hijo del rey, el cual, al ver una joven tan linda en aquella ventana, dejó la caza y trató de entrar en el castillo; pero como vió que no tenía puerta, mandó echar una escala á la ventana. Subió por ella el príncipe, y como la joven se asustara, la tranquilizó diciéndole quién era y que al verla allí se había enamorado de ella, tanto, que si ella quería irse con él, se casaría con ella al llegar á su palacio.

La niña, á pesar de que en el castillo nada le faltaba, echaba de menos la libertad, y como quiera que también le gustaba mucho el príncipe, le dijo que bueno. El joven le dijo que le contara con quién vivía en aquel castillo y cómo había venido allí. La niña entonces, iba á contarle lo que sabía, pero al abrir la boca, oyóse una voz que decía:

—«Si eres capaz de estarte tres años sin hablar, tus hermanos serán felices, pero si hablas morirás y ellos quedarán para siempre convertidos en leones.

Al oir esto, la pobre niña, asustada, cerró la boca, y por más que el príncipe, que no había oído la voz, la instaba para que hablase, ella permanecía muda. Tendió la vista por la selva, y allá á lo lejos vió á los tres leones que la estaban mirando y meneaban la cola con cariño. El príncipe, viendo que no contestaba por más preguntas que le hacía,

se figuró que era algún aire que le había dado en la lengua, y la dijo.

—No sé por qué no contestas, pero aunque sea un aire lo que te ha dado y te hayas quedado muda, yo te quiero ahora lo mismo ó más que antes, y si quieres venirte serás mi mujer.

Ella entonces, miró á los leones, y ellos, con la cabeza, le dijeron que sí, por lo que dando su consentimiento al príncipe, éste la bajó y se la llevó á su palacio.

Ya en el palacio, les dijo á sus padres cómo había encontrado aquella joven y lo que le había pasado, á pesar de lo cual quería casarse con ella. El padre, que lo quería mucho y le daba gusto en todo, no puso obstáculo ninguno, porque se encontraba enfermo y presintiendo que iba á morir muy pronto, quería dejarlo casado; pero la madre, que era muy ambiciosa y veía que con el casamiento se le escapaba el poder de las manos, porque la verdadera reina sería entonces su nuera, no quería el casamiento ni á tres tirones.

—¡Qué disparate!—decía.—¿Qué vas á hacer con una mujer muda? ¿No ves que corres el peligro de que tus hijos sean mudos como su madre? ¿Y cómo va á gobernar luego el reino un rey mudo? Eso no es posible. No te faltarán mujeres más lindas con quien casarte y que se sepa quien son, y no con una mujer desconocida que nadie sabe de dónde viene ni dónde va.

—No tenga usted cuidado madre,—decía el príncipe,—



porque ella no es muda de nacimiento y puede curarse, toda vez que cuando la encontré hablaba como habla usted y como hablo yo; pero en fin, aunque fuera como usted dice, que sea lo que Dios quiera, yo la quiero como ella es, y con ella me caso.

Visto que no había otro remedio, la reina no tuvo más que aguantarse, y el hijo se casó porque contaba con la voluntad de su padre que no quería morirse sin dejarlo casado, pero la madre no podía ver á la princesa y le tenía un odio mortal.

Al poco tiempo de casado, se murió el padre, y por consiguiente nombraron rey al príncipe, por lo tanto la princesa fué entonces la reina. El nuevo rey estaba cada día más contento con su mujer, porque, aparte de la falta de la palabra, la joven reina era muy cariñosa con todo el mundo, extremando este cariño para con su marido, como si quisiera hacerle olvidar la desgracia de su mudez.

La alegría del rey fué mucho mayor cuando supo que la reina estaba embarazada. Pero esta alegría fué turbada por la noticia que tuvo de que un rey vecino trataba de usurparle una parte del territorio de su reino. Muy á pesar suyo, tuvo que partir para ponerse al frente de sus tropas, y aunque sabía la mala voluntad que la reina madre tenía á su nuera, al partir para la guerra se la dejó recomendada. La madre le ofreció que nada le faltaría, y en esta confianza se marchó el rey.

Pues señor, que llegó el tiempo de que la reina diese á luz y tuvo un niño muy hermoso, pero no fiándose de su suegra, apenas nació le cortó el dedo pequeño de uno de los pies.

Parecía que se lo habían dicho, pues tan pronto como la suegra se enteró del parto, mandó coger el niño y lo hizo desaparecer echándolo al mar metido en un cajón. Pero la camarista de confianza de la joven reina, advertida por su ama, no perdió de vista á los emisarios, y así que ellos cumplieron su encargo y se retiraron, se entró ella en una barca y recogiendo el cajón lo hizo criar secretamente sin que la abuela pudiera enterarse.

Pues vamos, que como el rey, aunque estaba en la guerra, no cesaba de preguntar por su mujer, su madre le mandó á decir que había tenido un niño muerto, y que después se había entregado á toda clase de liviandades, que era menester hacer con ella un castigo ejemplar, pues era indigna de llevar la corona.

El rey, aunque le disgustaban todas estas cosas, como sabía la mala voluntad que le tenía su madre, no le daba crédito, y como no podía abandonar la guerra, le decía que no hiciese nada y lo dejase hasta que él pudiera volver, y entonces, si resultaba cierto lo que decía, sería castigada como merecía.

Pues señor, que pasaron dos años, se acabó la guerra y el rey volvió al palacio deseando ver á su mujer, pero la

pícara de la madre, temiendo que el hijo se ablandara y valida de que la nuera no hablaba, cogió al rey por su cuenta y le contó horrores de su mujer; le dijo que era la deshonra de la familia, que había tenido relaciones con un criado de baja estofa, del que había tenido un hijo, y en fin, no quedó infamia que no dijera de la pobre reina. Como tenía dinero á su disposición, no le faltaron testigos falsos que confirmaran todo lo que decía la madre del rey.

La camarista trató de defender á su ama; pero la reina madre decía que ella era la encubridora, y los demás no se atrevían á decir nada por miedo que la tenían, porque era muy mala.

El rey, que quería mucho á su mujer, no quería dar crédito á todo aquello y le preguntaba á ella si era cierto lo que le imputaban, pero la pobre, como no podía hablar, lo que hacía era decir que no con la cabeza y echarse á llorar, pero como no podía dar explicaciones, el rey se desesperaba.

En fin, tanto se dijo y tan público se hizo, que el rey no tuvo más remedio que consentir en que la juzgasen los tribunales, y como la reina madre presentó muchos testigos y ella no llevaba ninguno, la condenaron á muerte por adulterio.

La pusieron en capilla y la llevaron al patíbulo, precisamente el mismo día en que se cumplían los tres años que había salido del castillo, y la pobrecita niña le pedía á Dios

que no la mataran antes de dar las doce, para poder hablar y explicar al rey todas aquellas calumnias.

La subieron al cadalso y la plaza estaba llenita de gente; la mayor parte estaban tristes porque la querían mucho, y sólo la reina madre y su camarilla se les veía que no cabían en sí de gozo, pues parecía que asistían á una fiesta, lo que entristecía más al rey que no podía convencerse que aquella mujer que parecía tan buena fuese tan infame.

La joven reina no se fijó en nada de esto. Al subir los escalones tendió la vista al espacio, y allá á lo lejos divisó el castillo, y sobre las almenas estaban los *tres leones*. Entonces ella, sacando un pañuelo, lo movió para indicarles si podía hablar, pero los leones, moviendo la cola, le decían que no.

La madre del rey, temiendo que por cualquier circunstancia se le escapase la presa, dió orden de que se hiciese la ejecución, pero ella le dirigió al rey una mirada de súplica tan triste, que el rey mandó suspender y dijo que hasta que él no lo ordenase que nada se hiciera. La madre se mordió los labios de rabia, pero no tuvo más remedio que aguantarse y tragar quina.

En esto, se oyeron gritos de espanto en uno de los lados de la plaza. El rey se levantó para saber la causa y vió que la gente retrocedía aterrada y dejaba el paso libre á tres soberbios leones que, sin hacer daño á nadie, suben rápidamente al patíbulo y lamiendo las manos á la víctima, se

vuelven al pueblo en actitud de defenderla. El verdugo se echó abajo de un salto y los guardias retrocedieron asustados.

En este momento empezaron á dar las doce. Los guardias, repuestos del susto, trataron de atacar á los leones; pero al dar la última campanada, los leones se transformaron en tres arrogantes mozos que, tomando la mano de la reina, bajaron del cadalso y atravesando la multitud que les abría paso, se dirigieron á donde estaba el rey, y el mayor de ellos le dijo presentándole á su hermana:

—Señor, ahí tiene vuestra majestad á su esposa, pura, como el día que la sacásteis del castillo y limpia de la mancha que vuestra madre ha pretendido arrojar sobre ella. Al salir del castillo se le impuso un silencio de tres años. De su mudez dependía su vida y nuestra libertad; ella ha cumplido su compromiso, y nosotros, que somos sus hermanos, gracias á ella estamos libres del encanto que nos tenía convertidos en leones, y venimos á atestiguar su fidelidad y á salvarle la vida.

El rey, loco de alegría, abrazó á su esposa y se volvió á su madre que, fuera de sí de rabia, dijo que aquello era una impostura, que lo que querían era engañarlo y volvió á acusarla de nuevo. Pero el rey se dirigió á su esposa, y le dijo:

—Defiéndete, puesto que ya puedes hablar y confundirla.

La joven le dijo entonces al rey que reclamara el hijo que había tenido y que su madre le había quitado; pero la reina

madre dijo que como había nacido muerto, lo había hecho enterrar.

Entonces la joven, volviéndose á su camarista, le hizo una seña, y ésta fué corriendo y trajo al niño que tenía ya dos años y se parecía á su padre. Cogió uno de los pies y quitándole el zapato, se lo mostró al rey que vió que le faltaba uno de los dedos.

—Este dedo que le falta—dijo—se lo corté yo para reconocerlo si era necesario; pues sabiendo el odio que me tenía vuestra madre, sabía que me lo iba á quitar, como así sucedió. Lo guardé, por si necesitaba defenderme antes de que pasaran los tres años para poder hablar. Vuestra madre lo metió en un cajón y lo mandó echar al mar, pero mi camarista los siguió y cuando lo dejaron, recogió el niño y lo crió.

Entonces el rey quiso matar á su madre, pero á instancia de su mujer, le perdonó la vida, pero la desterró del reino y ellos vivieron siempre felices.

Y. (Zafra)



NOTA 6.ª

En una colección que tenemos á la vista titulada *Cuentos escogidos de Andersen* (escritor popular de Dinamarca) traducidos al castellano por D. R. Fernández Cuesta (Madrid), hallamos algunos que, aunque eruditos, creemos que están confeccionados con materiales facilitados por el pueblo mismo, tanto más, cuanto que en lo que más brillaba su talento era al ocuparse de la vida íntima y costumbres populares. Entre los 24 cuentos que contiene su colección, hallamos uno titulado «*Los Cisnes silvestres*» (págs. 313 á la 339) que es en el fondo exactamente igual á éste. Hele aquí:

«Un rey tuvo once hijos varones y una hembra llamada Elisa. El rey, que era viudo, contrae segundas nupcias, y la madrastra, que no le gustaban los entenados, envió á la niña al campo con unos labradores y á los barones los convirtió en cisnes. Cuando tuvo Elisa quince años, volvió al castillo, pero era tan guapa, que la madrastra no la podía ver y buscó medio de arrojarla del castillo. Se va Elisa por el campo y encuentra una vieja á quien pregunta por sus hermanos, pero aquélla le dice que no ha visto más que once cisnes blancos que vienen á bañarse en un lago. Al ponerse el sol, ve Elisa llegar á los once cisnes, que al posarse en el suelo, se trasforman en jóvenes en los cuales ella reconoce á sus hermanos. Ellos le dicen que durante la noche recobran su figura de hombres, pero al salir el sol se convierten de nuevo en cisnes. Pregúntalos ella qué podría hacer para librarlos del encanto, pero ellos no lo saben y le proponen llevársela entre todos por los aires á otro país. Ella lo acepta, y cuando iban por los aires, vió un castillo muy bonito, y preguntando qué era aquello, le dijeron que era el palacio de la hada Morgana. Llegaron al país donde habitaban los cisnes, y como ella estaba siempre pensando en el medio de librar á sus hermanos, una noche, después de acostarse, se sintió llevada al palacio de la hada. Esta le dice que para librar á sus hermanos, tiene que tejer por sí misma once túnicas de ortigas sin reparar en los sufrimientos y dolores que le ocasionaran las ortigas, las cuales tenía que ir á recoger al cementerio que eran las únicas buenas. Que así que acabara las túnicas, las echase una á cada cisne y acabaría el encanto, pero que desde que empezase la primera hasta acabar

la última, debía estar muda si quería salvarlos. Empezó ella su trabajo y los pies y las manos se le destrozaban con las ortigas, pero las lágrimas de los cisnes se las curaban. Un día estando haciendo la segunda túnica, aparece de caza el rey, que al verla tan bella, se la lleva y se casa á pesar de su mudez. Ella siguió haciendo sus túnicas, y al empezar la séptima, le falta hilaza. Va al cementerio á coger ortigas de noche y la ven, diciéndole al rey que es una hechicera que va de noche con las brujas al cementerio. Acabó diez túnicas, y faltándole material para la última, fué al cementerio por ortigas, pero los cortesanos que la expiaban, se lo dicen al rey que sale y la ve. La acusan de hechicera, y el rey, creyéndolo, la encierra y la condena á morir. En la prisión le sirven de cama las diez túnicas, y seguía haciendo la última. Ella no se atrevía á hablar para defenderse por no hacer desgraciados á los hermanos. El día que la sacan para el patíbulo, acabó por el camino la última túnica. Al llegar al cadalso, los cisnes la rodean, ella les echa las túnicas y convertidos en príncipes que eran, recobra ella el habla y cuentan al rey lo sucedido. El rey la abrazó y vivió feliz con ella.»

XII

LOS TRES CLAVELES

Era una vez un labrador que tenía una hija á quien quería mucho: una vez que salió al campo, se encontró tres claveles tan bonitos, que los cortó y se los trajo á su hija.

Ella se puso tan contenta con sus claveles, y un día que estaba en la cocina contemplándolos, se le cayó uno en la candela y se quemó. Entonces se le apareció un joven muy guapo que le preguntó.

—¿Qué tienes? ¿Qué haces?

Y como ella no contestase, le dijo:

—¿No me hablas? Pues á *las piedras de toito* (1) *el mundo* me has de ir á buscar.—Y desapareció.

Entonces ella cogió otro de los claveles y lo echó en el fuego: en el mismo instante salió otro joven que le preguntó.

—¿Qué tienes? ¿Qué haces?

Pero ella no contestaba, y él le dijo:

---

(1) *Toito*, por todito, de todo. Esta diminutivación es de uso popular frecuente en Andalucía y Extremadura.

—¿No me hablas? Pues á *las piedras de toito el mundo* me has de ir á buscar.—Y desapareció.

María,—que así se llamaba la joven,—cogió el otro clavel que le quedaba y lo tiró al fuego, apareciéndose otro joven más guapo todavía que los otros dos, y que le preguntó.

—¿Qué tienes? ¿Qué haces?

Pero como ella no contestase, él le dijo:

—¿No me hablas? Pues á *las piedras de toito el mundo* me has de ir á buscar.—Y se fué.

Pues señor, que María, que había quedado enamorada del último joven que salió, se quedó tan triste, que á los pocos días determinó ir á buscar *las piedras de toito el mundo.*

Salió al campo sola, y anda que anda, llegó á un sitio donde había tres piedras muy altas, y como la pobre estaba tan cansada, se sentó en el suelo y se puso á llorar. Estando llorando, ve que se abre una piedra de las tres y salió el joven de quien ella se había enamorado, y le dijo:

—¡María! ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

Y viendo que seguía llorando y no contestaba, le dijo:

—No te apures, llégate á aquel alto, desde allí verás una casa de campo, entra en ella y díle á la dueña si quiere admitirte por criada.

Se fué la joven, y cuando llegó al cerro que le habían dicho, vió una casa de campo muy bonita, entró en ella, y



así que llegó donde estaba la dueña, le dijo que si quería admitirla por criada. La señora, como la vió tan joven y tan bonita, le dió lástima y le dijo que bueno, que se quedara para doncella suya. Como ella era tan trabajadora y tan buena, á los pocos días ya era la favorita de la señora que la quería mucho, tanto, que las otras criadas, que eran muy envidiosas, le tomaron una tirria que no la podían ver, así es que determinaron perderla en el ánimo de su ama. Estuvieron pensando lo que habían de hacer, y un día fueron á decirle á su señora:

—¿No sabe usted lo que ha dicho María?

—¿Qué ha dicho?

—Que no sabe para qué tiene usted tanta criada, pues ella sola se atreve á lavar toda la ropa sucia en un día.

—Ven acá, María,—dijo la señora,—¿has dicho tú que lavarías sola en un día toda la ropa sucia?

—No señora,—dijo María,—yo no he dicho eso.

—Pues las muchachas dicen que tú lo has dicho y no tienes más remedio que hacerlo ó perder la casa.

Mandó unos criados que le llevaran toda la ropa al río, y la pobre María, no sabiendo cómo salir de su apuro, se fué á las piedras y se puso á llorar; en seguida se abrió una de ellas y salió el mismo joven y le preguntó:

—¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

Pero ella no contestaba y seguía llorando, y él prosigue así:

—No te apures por la ropa que mi madre te ha mandado lavar, vete al río y dile á los pájaros: «Pajaritos de *toito* el mundo, venir á ayudarme á lavar.»

Se fué María al río, y tan pronto como dijo las palabras que le había dicho el joven, vió venir por todas partes una multitud de pájaros de todas clases que se pusieron á lavar la ropa; así es, que en menos de un decir Jesús, ya estaba lavada, y cuando llegaron los criados por la tarde, ya estaba enjuta.

El ama se puso tan contenta, que cada vez quería más á su nueva doncella, de lo que les daba mucha rabia á las otras criadas que siempre estaban inventando cosas para que la señora le riñera á María.

Pues señor, que sucedió que aquella señora estaba enferma de la vista, porque había tenido tres hijos, los cuales, un día que salieron de caza fueron encantados y no volvieron ni supo dónde se hallaban. La pobre señora tuvo tanta pena, que á fuerza de llorar tenía los ojos siempre malos. Las criadas, que andaban buscando siempre un pretexto para perder á María en el ánimo de su ama, fueron y la dijeron:

—¿No sabe usted lo que ha dicho María?

—¿Qué ha dicho?

—Que ella sabe dónde se encuentra un agua que cura la vista.

—¿Sí?—dijo la señora,—ven acá María. ¿Conque tú sa-

bes dónde se encuentra un agua que me pondrá buenos los ojos, y nada me has dicho?

—No señora,—dijo María,—yo no he dicho una cosa que no sé.

—Pues cuando ellas lo dicen,—repuso su ama,—es que te lo habrán oído á tí, porque ellas no lo habían de inventar. O me traes el agua, ó no vuelvas más á esta casa.

La pobre María salió al campo, y como ella no sabía dónde estaba aquella agua, se fué á sentar llorando junto á las piedras, y al oir el llanto salió el joven y le dijo:

—¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

Ella no contestó y él repuso:

—No te apures porque mi madre te haya pedido el agua para curar sus ojos; toma este vaso, vete á la orilla del río y dices: «Pajaritos de *toíto* el mundo, venir conmigo á llorar.» Cuando hayan venido todos, el último, dejará caer una plumita, la mojas en el vaso y le das con ella en los ojos á tu ama y verás cómo se le ponen buenos.

Pues señor, que así lo hizo; se fué al río y dijo: «Pajaritos de *toito* el mundo, venir conmigo á llorar.»

Como la vez anterior, empezaron á venir bandadas de pájaros por todas partes y todos iban dejando en el vaso unas gotitas hasta que se llenó. El último, sacudiendo las alas dejó caer una pluma. María cogió el vaso y la pluma y se fué á la casa. Así que llegó, mojó la pluma en el vaso y la pasó por los ojos á su ama, que á los pocos días estaba ya

buena y loca de contenta con su doncella, que no sabía dónde ponerla. A las otras criadas se las llevaba el demonio y no sabían qué hacer para que María se fuese de la casa. Un día fueron y le dijeron á su ama:

—¿Sabe usted lo que ha dicho María?

—¿Qué ha dicho?

—Qué es capaz de sacar á sus hijos del encantamento.

—Eso no es posible que lo haga.

—Sí señora, que lo ha dicho.

Llamó la señora á María y la dijo si ella había dicho aquello.

—No señora,—dijo María,—no lo he dicho.

—Pues las criadas dicen que lo has dicho y es preciso que lo hagas como hicistes las otras dos cosas.

La pobre María se fué al campo adonde estaban las piedras y se puso á llorar. Salió el joven y la dijo:

—¿Qué tienes María? ¿Por qué lloras?

Ella siguió llorando sin contestar, y él repuso:

—Ya sé lo que tienes; mi madre te ha dicho que nos saques del encantamento. Pero no te apures, vas y la dices que reuna todas las doncellas de los *alreores* (1) y que vengan en procesión con una vela encendida, y den tres vueltas *alreor* de las piedras, pero que tengan *cuidao* que no se apague ninguna vela.

(1) *Alreores*, por alrededores, cercanías ó contornos.





Se fué María y le dijo todo esto á su ama. Entonces ésta, mandó reunir todas las jóvenes solteras y les dió una vela encendida á cada una y otra á María. Fueron en procesión hasta las piedras, dieron las tres vueltas y al dar la última vino una *bocaná* de viento y apagó la vela de María. Ella, acordándose del encargo que le había hecho el joven, dió un grito y dijo:

—¡Ay, que se me ha apagado!

Entonces se abrieron las piedras y salieron los tres hermanos; diciendo el más chico á María:

—Gracias á Dios que has hablado.

Desaparecieron entonces las piedras y los jóvenes estuvieron contando que al pasar por aquel sitio, un mágico los había encantado, convirtiéndolos en claveles, pudiendo solo salir de su encantamento, cuando hablase junto á las piedras la persona que quemase aquellos tres claveles.

La madre y los hijos se pusieron tan contentos y el más chico la dijo á María si quería casarse con él, y como ella también lo quería, le dijo que sí. Se casaron y todos fueron muy felices. Las criadas, como ya María era su ama, no se volvieron á meter con ella, la pidieron perdón y María las perdonó.

S. (Zafra)



NOTA 8.ª

El insigne mitógrafo italiano ya citado, Angelo di Gubernatis, en su obra *Mithologie des plantes*, publica un cuento toscano muy semejante á éste. En la versión toscana, la joven denominada Piera, se disfraza de hombre y está protegida por una hada, como María lo era por el más joven de los tres hermanos. En lugar de las piedras, en el cuento del Sr. Gubernatis, hay un gigante (que aquí es el mudo), en derredor del cual tiene Piera que dar tres vueltas, como la María del cuento extremeño, las da en torno de las piedras de *toito el mundo.*



XIII

LAS TRES FAYAS (1)

Pues señor, que esta vez era una madre que tenía una hija muy guapa pero muy *jorcona* (2) y muy golosa. Un día fué la madre á misa y antes de salir, la dijo:

—Mira, mientras yo oigo misa, arregla la casa y ten cuidado con el almuerzo que no se queme.

Se fué la madre á la iglesia y la hija mientras tanto se estuvo comiendo el almuerzo y no puso mano en la casa, así que al volver la madre, se encontró la casa por arreglar y el almuerzo comido. La madre empezó á reñirla, diciendo:

—¡Gran pícara! ¿Con qué te has comido el almuerzo y te has estado mano sobre mano? Eres una holgazana. ¿Y ahora qué voy yo á comer? ¿Cómo no coma *nitos?* Yo te lo diré á tí, sinvergüenza.

Cogió una vara y la emprendió á palos con ella, y la muchacha salió corriendo á la calle y fué á refugiarse en la casa

---

(1) *Fayas*, hadas.
(2) *Jorcona*, holgazana, perezosa, floja.

de enfrente, que era una posada. Un caballero que estaba allí de huésped, al ver aquella joven tan guapa llorando, le llamó la atención y llamando á la posadera, la preguntó:

—Diga usted señora, ¿por qué llora esa niña?

La posadera, aunque sabía bien por lo que lloraba, no quiso aclararlo al caballero, y le respondió:

—Ha de saber usted que esta niña es tan aficionada á trabajar, que no se da un momento de descanso y como es tan endeblita, su madre teme que enferme y no quiere que trabaje, pero no puede conseguirlo por las buenas y siempre tiene que pegarla, porque sinó ella no hace caso de lo que su madre la dice.

—¡Ay señora!,—dijo el caballero,—pues precisamente eso es lo que hace falta en mi casa y lo que yo ando buscando hace mucho tiempo, una mujer trabajadora, y ésta me conviene. Usted que la conoce, dígale usted qué si quiere casarse conmigo. Yo soy rico y tengo muchas haciendas que gobernar, de modo que no ha de faltarle nunca trabajo.

Pues señor, que la posadera vió el cielo abierto y la faltó tiempo para ir á ver á la vecina y decirla:

—Sabe usted vecina, que en mi casa pára un caballero muy rico, ha visto á su hija de usted y se ha enamorado de ella; de modo que me ha dicho que quiere casarse con ella.

—¡Ay vecina!,—dijo la madre,—con el alma y la vida, por que esta hija me va á quitar del mundo, pues no hay modo de hacer carrera de ella. Ya ve usted, hoy me fuí á



misa y la encargué que limpiara la casa y cuidase del almuerzo; y ¿sabe usted lo que ha hecho? Pues cuando vine me encontré que la casa no la había limpiado y el almuerzo se lo había comido. Por que eso sí, más bonitas las habrá, pero á *lambucera* (1), no la gana ninguna.

—A ver, qué quiere usted vecina,—dijo la posadera,—todos tenemos una cruz y á usted le ha dado Dios esa. Quién sabe si eso será una suerte para ella. Voy á decirle á ese caballero que usted está conforme, pero le advierto á usted, que yo le he dicho que la muchacha es muy trabajadora, que de tanto trabajar se pone mala y que por eso la pega usted.

—¡Señora!—contestó la madre,—¿por qué le ha dicho usted eso? Va usted á ponernos en un compromiso. ¿No sabe usted que por lo que siempre estamos en guerra viva, es por que es muy holgazana y tan golosa, que todo cuanto dejo á mano se lo come? ¡Quite usted allá! Yo no consiento en engañar de este modo á ningún hombre.

—Eso no le hace, señora; déjelos usted que se casen, que después, él tiene mucho dinero para ponerla las criadas que necesita. Usted no se meta en nada, déjeme usted á mí, que yo, que voy á ser la madrina, lo arreglaré todo.

Pues señor, que arreglado el asunto llamaron á la hija y se lo comunicaron, advirtiéndole la posadera que cuidado,

(1) *Lambucera*, golosa.

que si el novio le preguntaba si le gustaba trabajar, que dijera que sí.

Se fué la posadera y le dijo al caballero que todo estaba arreglado y que ella sería la madrina. Se hizo la boda y al día siguiente los novios se fueron al pueblo del caballero acompañados de la madre y la madrina que mostró empeño en ello.

En el camino descansaron en una finca muy buena que tenía el novio, y se pusieron á comer en una pradera muy hermosa que había delante de la casa.

—Madrina,—dijo la novia,—qué buen prado para tenderme á dormir.

—¿Qué dice?—dijo el novio que estaba un poco retirado y no la había entendido.

—Está diciendo,—contestó la madrina,—que ¡qué buen prado para sembrar lino! Esta muchacha es tan trabajadora, que no piensa más que en esas cosas.

Acabaron de comer y siguieron su camino, cuando pasaron por otra pradera tan llana y tan bonita, que dijo la novia:

—Madrina, ¡qué buen salón para dar un baile!

El novio, que iba delante, se volvió á preguntar á la madrina.

—Está diciendo—dijo ésta—que ¡qué buen sitio para tender y secar el lino después de lavado!

—No tengas cuidado,—dice el marido,—que no te faltará lino para que hiles todo lo que quieras.

Pues señor, siguieron adelante y anda que anda, que llegaron, por fin, al pueblo y el marido les estuvo enseñando la casa y los almacenes que estaban llenos de lino, diciendo que todo aquello tenía ella que hilarlo.

La madrina, que conocía la tela y sabía lo engañado que estaba el pobre hombre, no hacía sino decir para sí:

—Como tú no te compres
Otra basquiña,
La que yo te regale
Ya será fina.

Así es que al día siguiente le faltó tiempo para despedirse del matrimonio y marcharse á su pueblo, no sin recomendarle á la muchacha que fuera juiciosa é hiciera todo cuanto el marido la mandase, que era el modo de llevarse bien.

Los primeros días se pasaron alegres, pero ya llegó otro en que el marido se fué al campo y al irse le dejó unos paquetes de lino para que los fuese hilando, diciéndole:

—Aquí te dejo este lino para que te entretengas hilando, pero no te atarees mucho, que yo no quiero que caigas mala,

Se fué el marido, y ella empezó á registrar toda la casa y encontró un saco de almendras y otro de nueces. Cogió un martillo y todo el día se lo llevó comiendo, recogiendo las cáscaras en un saco. Después que acabó, cogió un madero chico, ató á él un mazorco de lino, y se lo puso á la cintura con una soga; cogió una porreta por huso, y se sentó al bal-

cón. Como no sabía hilar, lo que hacía era tirar del lino y liarlo en la porreta sin torcerlo.

Pues señor, que estando ella tan *afanà* con su lino, pasaron por allí tres *Fayas*, y una de ellas que se fijó en la muchacha, soltó una *carcajâ*, y les dijo á las otras:

—Mirad lo que hay en aquel balcón.

Miraron las otras, y al ver una joven tan bonita y tan atareada, dijo la una:

—¡Qué lástima de joven tan hermosa y que la hagan trabajar tanto! Pues yo le *fayo*, le *fayo*, que todo el lino qne tenga en la casa, se le vuelva hilado y curado.

—Pues yo—dijo otra—le *fayo*, le *fayo*, que la mitad de ese lino se le vuelvan manteles y servilletas tejidas.

—Pues yo—dijo la última—le *fayo*, le *fayo*, que la otra mitad se le vuelvan lienzos y sábanas.

Pues señor, que así que se fueron las *Fayas*, ella que las había estado oyendo, se levantó y fué recorriendo los almacenes loca de contenta porque todo había sido hecho al pie de la letra y todo el lino había sido convertido en manteles, servilletas, lienzos y sábanas. Entonces, tiró el madero, y cuando ya era hora de que viniese el marido, cogió el saco de las cáscaras y lo metió debajo del colchón y se metió ella en la cama.

Cuando el marido llegó, como no la encontraba por allí fuera, entró en la alcoba y la encontró en la cama quejándose.



—¿Qué tienes, mujer,—le dijo

—¡Ay!—contestó ella,—qué quieres que tenga, qne estoy muerta de tanto trabajar. Llégate á los almacenos y verás lo que he hecho; así es que no puedo con mi alma, y hasta los *güesos me crugen.*

Y al mismo tiempo se movía en la cama haciendo sonar las cáscaras de nueces y almendras que había puesto debajo del colchón.

El marido fué á los almacenes, y al ver aquello, salió asombrado, y entrando en la alcoba, le prohibió terminantemente que volviera á coger en las manos una mazorca de lino, y para que hicieran el trabajo de casa, buscó dos criadas, con lo que ella se quedó hecha una gran señora. *Y se acabó mi cuento con pan y rábano tuerto.*

S. (ZAFRA)

NOTA 9.ª

Una versión española de este cuento nos presenta la ilustre autora que, bajo el pseudónimo de Fernán Caballero, se ocupó extensamente en esta clase de estudios populares. Hállase esto en el tomo VIII, titulado «*Cuentos y poesías populares andaluces*», págs. 64 á la 67. Según esta versión andaluza titulada «*Las Animas*», la protagonista de este cuento era muy devota de las almas del purgatorio, y éstas, agradecidas á sus rezos, son las que intervienen en el asunto, hilándole el lino y haciendo de modo que el marido le prohiba trabajar.

As Fianderas, titula el Sr. Theópilo Braga una versión portuguesa recogida en el Algarve y que puede verse en la colec-

ción citada t. I. págs. 18 á la 20. La protagonista es asimismo perezosa y la madre se empeña en que ha de hilar. Sucesivamente se le van apareciendo tres viejas que le hilan todo, mediante la promesa de que cuando se case ha de convidarlas á la boda y llamarlas tres veces tía. Así fué; un comerciante, viendo lo mucho y bien que trabajaba, se casa con ella; llegan las viejas, y ella las hace entrar diciendo que son sus tías. La una se presenta con la nariz muy larga, la otra traía la boca muy saliente y la tercera tenía las costillas vueltas y era jorobada. El marido preguntó por qué tenían aquellas deformidades, y ellas dicen que por haber hilado mucho. Entonces prohibe á su mujer que vuelva á hilar más, y vivieron felices.

Otra versión alemana exactamente igual á la portuguesa se encuentra en los cuentos ya citados de Grimm. Es el primero de la colección, y ocupa las páginas 1 á la 4. En esta versión, la madre la pega á la hija por su pereza; ésta llora á tiempo que pasa la reina, que pasa á informarse de la causa del llanto. La madre, avergonzada, no quiere avergonzar á la hija y dice que le pega porque no puede conseguir que suelte el huso un momento. La reina dice que le gustan las jóvenes trabajadoras y se la lleva á palacio; la enseña tres cuartos llenos de lino, y la dice que así que lo hile todo, la casaría con su hijo mayor. Pasan tres días, y como no sabía hilar, no hacía nada; el cuarto se sienta á la ventana y vió venir tres mujeres, una que tenía un pie muy largo y ancho, la otra con el labio inferior caído que le cubría la barba, y la tercera, con el dedo pulgar de una mano muy largo. Llegan á la ventana y le preguntan qué tiene, y ella les cuenta lo que le pasa. Las mujeres prometen ayudarla si las convida á su boda diciendo que son parientas. La joven acepta, y las otras hilan el lino; cuando acabaron, se fueron diciéndole que no olvidase su promesa. Cuando la reina lo ve tan hilado, fija el día del casamiento. La joven invita á las hilanderas, y éstas se presentan llamando la atención de todos con sus deformidades. El príncipe las interroga, y ellas dicen: la una, que tiene el pie tan grande de darle á la rueda; la otra, que tiene el labio tan caído de humedecer el cáñamo; y la tercera, que tiene el dedo tan largo de torcer el hilo. El príncipe prohibe á su mujer que vuelva á hilar, y vivieron felices.



XIV

EL PAPAGAYO BLANCO

Pues señor, que esta vez era un conde muy rico que se enamoró de una joven pobre, pero muy guapa, y tanto la quería que se casó con ella. Sucedió que al poco tiempo hubo una guerra y el conde tuvo que irse, dejando á la condesa, que estaba embarazada, al cuidado de un mayordomo de confianza que tenía, encargándole que le avisase tan pronto como la condesa diese á luz.

Se fué el conde, y el mayordomo, que estaba enamorado de su ama, no tardó en declararle lo mucho que la quería, pero la condesa lo rechazó indignada, amenazándole con contárselo á su esposo si insistía en sus propósitos.

Pues señor, que el mayordomo, viéndose despreciado, disimuló su rabia y determinó vengarse. Llegó el tiempo marcado y la condesa dió á luz un niño y una niña; que cada uno tenía una estrella en la frente.

El mayordomo entonces, escribió al conde y le dijo que ya hacía tiempo que sospechaba que la condesa tenía relaciones con un esclavo negro, pero que por temor de equivo-

carse, no le había querido decir nada á su amo; que desgraciadamente había sido verdad, puesto que la señora había dado á luz una negrita y un negrito, como vería cuando volviese de la guerra.

El conde, al leer la carta, quiso volver á su castillo, pero como no podía abandonar el campo y estaba tan colérico, y tenía tanta confianza en el mayordomo, creyó lo que éste le decía y le dió orden de que matase al negro y á los niños, y á la condesa la mandase emparedar viva.

El mayordomo no se atrevió á matar á los niños, sino que mandó hacer una caja de cristal, los metió allí y los echó río abajo. Después hizo emparedar á la condesa, disculpándose con la orden de su amo.

Pues señor, que sucedió que un viejo que estaba pescando en el río, vió que la corriente arrastraba un bulto que brillaba y que parecia una caja; quiso ver lo que era, y echando la red, sacó el bulto, quedándose maravillado al ver aquellos niños tan hermosos. Llevólos á su casa, y allí, como pudo, en unión de su mujer, los estuvo criando y les puso en la frente unas vendas para que no llamasen la atención la estrella que tenían. Cuando fueron mayorcitos, les encargó que si alguno les preguntaba por qué tenían la venda, dijesen que era una herida.

Como los pobres eran ya muy viejos, á los pocos años se murieron, dejándoles á los niños lo poco que poseían; les confiaron cómo los habían encontrado y les aconsejaron que

no se quitasen la venda hasta saber quiénes eran sus padres, que debían ser ricos, á juzgar por los pañales que tenían puestos y que encontrarían guardados en la caja de cristal donde venían metidos.

Pues señor, que el mayordomo, aunque el conde, que había ya vuelto de la guerra hacía tiempo, no sospechaba nada, no estaba, sin embargo, tranquilo, y había hecho muchas pesquisas en busca de los niños; y sospechando fuesen aquellos de la venda, por más que pasaban por hijos del pescador, les mandó una vieja para tratar de perderlos.

La vieja, que era bruja, y con tal de que se lo pagasen era masa dispuesta para todo, llegó un día á casa de los niños en ocasión que la hermana estaba sola.

—Buenos días, niña; ¿y tu hermanito?

—No está en casa, ha salido al campo.

—Mira, qué casa tan bonita tienes.

—¿Quiere usted verla? Entre usted.

La vieja, que lo que deseaba era eso, no se hizo de rogar y entró. Se la estuvo enseñando, y al ver el patio le dijo:

—Este patio es muy bonito, pero le hace falta una fuente con el agua de plata. Si tu hermanito quisiera, no tiene más que ir á tal parte, y de una fuente que allí hay, sacar un jarrito lleno, verterlo luego aquí en el patio y al instante se convierte en una fuente.

Se fué la vieja, y así que vino el hermano, le dijo la niña

lo que le había dicho la vieja y le rogó que fuera por el agua porque quería tener una fuente.

—¡Vaya una tontada!—dijo el niño,—¿qué necesidad tenemos nosotros de eso? Yo no voy.

Pero la hermana se echó á llorar, y como él la quería mucho, le ofreció que iría por el jarro de agua.

Salió el niño hacia el sitio donde le había dicho la vieja, y en medio del camino encontró un viejecito que le dijo:

—Oye, niño, ¿quién te envía por aquí que tan mal te quiere?

—Ha de saber usted,—contestó el niño,—que voy á tal parte, porque una vieja le ha dicho á mi hermanita que hay una fuente con el agua de plata, y que llevando un jarro lleno y echándolo en el patio de nuestra casa, sale otra fuente igual.

—Pues mira, todo eso es verdad, pero para coger el agua hay mucho peligro, porque está la fuente guardada por un león; antes de entrar míralo bien, y si tiene los ojos cerrados no te acerques, pero si los tiene abiertos es que está durmiendo, coge el agua y salte corriendo antes que despierte, porque tiene el sueño muy ligero.

Pues señor, que llegó el niño al sitio que le habían dicho, y como vió que el león tenía los ojos abiertos, hizo lo que el viejo le había dicho, cogió su jarro de agua, y cuando llegó á su casa lo echó en el patio y al instante apareció una gran fuente con el agua de plata, tan bonita, que daba

gusto verla; así es que la hermana no cabía en sí de gozo.

Al día siguiente vino la vieja y le preguntó:

—¿Y tu hermanito?

—No está ahí, pero entre usted y verá la fuente tan bonita que tenemos.

Entró la vieja, y al ver la fuente, se mordió los puños de rabia, y viendo que se había librado de aquel lazo, le dijo:

—Sabes que en tal parte hay una encina que tiene las bellotas de plata y los cascabullos de oro, si tu hermano trae una ramita y la pone en el patio, se volverá una encina muy hermosa.

Se fué la vieja, y así que vino el hermano, le contó la niña lo que le habían dicho y le rogó que fuese á cortar una ramita.

—No, — dijo el hermano, — no voy porque no sabemos lo que puede suceder.—Pero la hermana se puso á llorar, y él prometió ir.

Echo á andar y en el camino encontró al viejo que le preguntó dónde iba. El le contó todo, y el viejo repuso:

—Toma este caballo, móntate y llega donde está la encina. Sin bajarte, miras como está la serpiente que la guarda y si está con la cabeza oculta es que duerme, corta la rama y sal á escape.

Montó en su caballo y lo hizo todo tal como le había dicho el viejo, la serpiente tenía la cabeza escondida, cortó la rama y salió á escape. Cuando llegó á su casa y tan pronto

como la puso en el patio, se volvíó una encina hermosísima que era la envidia de todos.

Cuando volvió la vieja y vió la encina, se puso que bufaba y dijo para sí:—ya veremos si de esta te libras ahora.

—Sabes,—le dijo á la niña,—que ya que tienes la fuente y la encina, te hace aquí falta un papagayo. Yo sé de uno blanco que hay en tal parte que tiene mucho mérito y el que lo coja se pone rico para toda su vida; si tu hermano te lo trajera seríais felices para siempre.

—Bueno, yo se lo diré,—dijo ella.

Se fué la vieja y cuando vino el hermano, se lo contó rogándole que fuera por el papagayo; pero el hermano no quería ir, por que decía que aquellos caprichos al fin le costarían caros. Mas tanto lloró y rogó la niña, que el hermano la dijo.

—Bueno, voy á darte gusto y á ir por él, con la condición de que ha de ser la última cosa que me pidas.

La niña se lo ofreció así y él se fué en busca del papagayo. En medio del camino volvió á encontrar al viejecito que le preguntó dónde iba, él se lo dijo, y entonces el viejo le contestó:

—Mira, vas á hacer lo que yo te diga; llegas al sitio, que es un jardín muy hermoso, allí verás entre los árboles muchos pájaros, no te dirijas á ninguno, sino aguarda un poco y verás salir un papagayo blanco muy bonito que se pondrá sobre una piedra redonda y dando muchas vueltas dirá: *¿No*

hay quién me coja? ¿No hay quién me agarre? Pues si no me quiere nadie, que me dejen, que me dejen. Después esconderá la cabeza bajo del ala y entonces lo cojes, pero no lo cojas antes, por que se escapará y tú quedarás convertido en piedra, como todo el que allí ha ído.

Pues señor, se fué el niño y cuando llegó al sitio, se encontró con un jardín lleno de árboles en los que andaban revoloteando muchos pájaros muy bonitos y abajo en el suelo se veían muchas estatuas de piedra. Al poco tiempo de estar mirando aquello, vió salir un papagayo blanco, la cosa más preciosa que puede darse. De un vuelo se colocó sobre una piedra redonda que había en el centro y sacudiendo las plumas, dijo:

—*¿No hay quién me coja? ¿No hay quién me agarre? Pues si no me quiere nadie, que me dejen, que me dejen.*

Y empezó á dar vueltas y vueltas y á meter la cabeza bajo del ala. El niño, temiendo que se le escapara, le echó mano antes de que hubiera escondido bien la cabeza, así es, que el papagayo lo vió y salió volando, quedándose el niño convertido en piedra.

Pues señor, que la niña viendo que su hermanito no volvía temió alguna desgracia y se puso á llorar diciendo que ella tenía la culpa de lo que hubiera pasado á su hermano; así es, que cuando la vieja vino á verla la encontró hecha un mar de lágrimas, y la contó que su hermano no había vuelto y que era por que le habría pasado alguna desgracia.

La vieja disimulando la alegría, la estuvo consolando y la dijo que no tuviera pena, que no le habría pasado nada.

—Eso será,—la dijo,—que como aquello es tan bonito, se habrá embobado y estará divirtiéndose. Lo mejor que tú debes hacer, es ir tú misma á ver qué es lo que ha pasado y te lo traes, pues tal vez sea que se le ha olvidado el camino.

Pues vamos, que convenció á la niña y ella con el afán de saber de su hermano, salió á buscarlo. Andar, andar, cuando la salió al camino el mismo viejo que encontró su hermano.

—¿Quién te trae por aquí, niña, que tan mal te quiere?

—¡Ay, señor; yo vengo en busca de mi hermanito que fué á tal parte en busca de un papagayo y todavía no ha vuelto.

—Pues mira, tu hermano está convertido en piedra por no haber hecho lo que yo le dije; pero no te aflijas, que tú puedes salvarlo; pero has de hacer lo que yo te diga.

—Bueno, lo haré.

—Mira vas á ese sitio y entras al jardín donde está tu hermano y cuando veas un papagayo blanco muy bonito que sale diciendo: *¿No hay quién me coja? ¿No hay quién me agarre?*, aguardas á que acabe de hablar, luego dará muchas vueltas y meterá la cabeza entre las alas; pues bien, ese es el pájaro que tú buscas, aguarda á que se pare y cuando veas que tiene la cabeza debajo del ala, entonces le echas

mano y lo sujetas bien; ten cuidado de no cogerlo antes por que te sucederá lo que á tu hermano.

Pues señor, echó á andar después de darle las gracias al viejo, hasta que llegó al sitio, entró en el jardín y aunque vió cosas tan bonitas no hizo caso de nada, hasta que vió salir el papagayo blanco que se puso en la piedra redonda que estaba en el medio rodeada de estatuas y sacudiendo las plumas dijo:

—*¿No hay quién me coja? ¿No hay quién me agarre? Pues si no me quiere nadie, que me dejen, que me dejen.*

Y empezó á dar vueltas, á dar vueltas, hasta que se cansó, y entonces metiendo la cabeza debajo del ala, se quedó parado. La niña que lo había estado observando, le echó entonces mano y lo cogió.

En el mismo instante de cogerlo, todas aquellas estatuas de piedra que estaban en el patio, empezaron á moverse y recobraron la vida, pues todos eran caballeros que habían pretendido coger el papagayo y no lo habían conseguido. Entre ellos estaba el hermano y el padre de la niña á quien los hijos no conocían. Todos la daban las gracias á la niña por haberlos librado de aquel encanto, y los hermanos les convidaron á comer en su casa.

Aceptaron el convite y todos juntos se fueron á su casa. Entretanto se arreglaba la comida, el hermano estuvo contando su historia á sus huéspedes, asegurándoles que no sabían quiénes fueran sus padres, pero que tenían esperanza

de encontrarlos por que conservaban la cajita de cristal donde los metieron y las ropas en que iban envueltos. A ruego de todos ellos, sacó la ropa y no fué poca la sorpresa del conde al ver su escudo de armas bordado en aquellos pañales. Ciertamente que no sabía qué pensar de todo aquello y hubiera deseado que aquellos fueran sus hijos; pero como el mayordomo le había asegurado que eran dos negritos lo que había tenido la condesa, no sabía qué decir ni qué pensar. En esto vino la niña á avisarles para comer. El conde preocupado con aquello, no comió nada y el papagayo que no abandonaba á la niña, dijo dirigiéndose al conde:

—Muy pensativo estás, conde; si quieres saber lo que hay de cierto en lo que piensas, saca á tu mujer del emparedamiento, y ella te dirá cómo son sus hijos.

Marchó el conde á su casa y mandó sacar á la condesa, la cual le contó todo lo sucedido, y le dijo que sus hijos eran conocidos porque tenían cada uno una estrella en la frente.

Entonces, el conde, acordándose de lo que le había dicho el papagayo, de los pañales y de la venda que los niños llevaban puesta en la frente, los mandó llamar al castillo.

En cuanto los vió la condesa, los reconoció, y quitándoles las vendas, se los enseñó al conde que los abrazó loco de contento, y convencido de la infamia cometida por el mayordomo, lo mandó matar, y la vieja se quitó del medio así que se enteró por temor de que con ella hicieran lo mismo.

El conde y la condesa vivieron luego felices por toda su vida con sus hijos que no se separaban nunca de su papagayo blanco.

S. (ZAFRA)

NOTA 10.ª

En uno de los libros que la ilustre escritora Fernán Caballero, dió á la estampa sobre asuntos populares, (*Tomo XL, Cuentos, oraciones, adivinas y refranes populares é infantiles.* Leipzig, 1878.) se encuentra en las págs. 31 á la 43, un cuento andaluz que es muy semejante á este, no obstante que el pueblo andaluz le da otra forma, haciendo intervenir en él á las golondrinas y otros pájaros que vienen á ocupar el lugar que en el cuento extremeño ocupa el viejo respecto al niño. Por lo demás, su argumento es el mismo: un rey que se casa con una joven guapa y tiene que marchar á la guerra, dejando á la reina en cinta: cortesanos (el mayordomo) que la odian y le quitan los niños que da á luz, arrojándolos al agua en un cajón y malquistándola en el ánimo del rey y que consiguen que éste la castigue por infiel, emparedándola: un pescador que recoge la caja y cría los niños, y un pájaro que se encarga de poner al rey al corriente de lo que ha pasado, para que éste castigue á los culpables y reconozca á sus hijos salvando á su mujer.

El núm. 2 de la colección de Silvio Romero, titulado «*Os tres corvados*» (págs. 7 á la 11) recogido en Sergipe (Brasil), es también igual en el fondo aunque en este cuento no hacen mención de pájaro alguno, pues el descubrir la verdad de lo acaecido, queda encomendado á los mismos niños (que son tres) aconsejados por la buena mujer que los crió. También difiere el principio, que es igual al principio de otro cuento extremeño titulado «*La Armerita*» que ocupa el núm. 1 en el tomo III de esta colección.

XV

EL PAPAGAYO DEL CUENTO

Pues señor, esta vez era un grande de España que estaba con una mujer muy hermosa á quien quería mucho y vivían en un gran palacio ellos solos con una criada joven.

Pues señor, que el rey de esta nación tuvo que hacer una guerra y mandó llamar á todos los guerreros y entre ellos al grande de España de mi cuento.

El caballero lo sintió mucho porque estaba recién casado y no quería dejar sola á su señora; pero como no había más remedio que obedecer al rey, hizo todos sus preparativos, y aunque con mucho sentimiento, se despidió de su esposa y se marchó á la guerra. Ella se quedó también tan triste, que no salía á ninguna parte y siempre estaba sola con su criada y un papagayo muy bonito, pero que no hablaba.

Una de las pocas veces que se asomaba al balcón, la vió un caballero que estaba parando en una posada que había enfrente del palacio, y se enamoró de ella de tal modo, que trató de hablarla por todos los medios posibles; pero como no lo conseguía, andaba el caballero siempre triste, calle arri-

ba, calle abajo; cuando un día á una vieja que pasaba le llamó la atención aquel caballero, y, como las viejas son tan curiosas, se acercó á él y le dijo:

—¿Qué tiene usted, caballero, que lo veo tan triste?

—¡Ay, señora! mi pena no puede usted aliviarla.

—¡Quién sabe! dígamela usted, y quizá sea posible.

El caballero no parecía dispuesto á decírsela, pero tanto instó la vieja, que al fin le contó que estaba perdidamente enamorado de la señora que habitaba aquel palacio y que estaba á punto de desesperarse si no conseguía hablarla.

—No hay que desesperarse, señorito,—dijo la vieja,—que yo haré porque usted la vea y la hable.

Quedaron en ello, y la vieja se fué un día á ver á la señora, y le dijo:

—Sabe usted, señorita, que voy á casar á una nieta mía y quisiera que usted fuese la madrina.

—¡Ay, señora! sabe usted que lo sería con mucho gusto, pero no puede ser, porque desde que se fué mi esposo á la guerra no voy á parte ninguna, ¿y qué dirían si me viesen ahora asistir á una fiesta?

—No tenga usted cuidado por eso, señorita,—repuso la vieja,—que yo la meteré á usted en la alcoba para que pueda ver sin ser vista.

La señora no estaba muy dispuesta á ceder, pero la criada que estaba deseando ir á un baile, empezó á ayudar á la vie-

ja, y tanto rogaron una y otra, que por fin la señora dijo que iría sólo porque la criada se divirtiese un poco.

Llegó la oración y se presentó la vieja; se arreglaron la señora y la criada, empezaron á cerrar todas las puertas, y ya iban á bajar la escalera, cuando oyeron decir al papagayo:

—Señorita, señorita.

—¡Ay!—dijo la señora,—mi papagayo que habla; ¿cómo será eso? Voy á verlo.

—Señorita,—decía el papagayo,—venga usted que le voy á contar un cuento.

—No le haga usted caso,—decía la vieja,—cuando vuelva usted del baile se lo contará.

—¡Qué disparate,—decía la señora,—no faltaba más! Váyase usted. que no quiero baile; mejor quiero oir mi papagayo.

Salió la vieja bufando, la criada se quedó rabiando y la señora se fué á oir al papagayo.

—Papagayito,—decía,—¿conque ya hablas?

—Sí, señorita, ¿quiere usted que la cuente un cuento?

—Sí, papagayito mío, cuéntalo.

Entonces el papagayo empezó de este modo:

1.º

Era una vez un caballero que tenía una hija á quien quería mucho; un día oyó á un hombre por la calle que grita-

ba:—¡Quién compra *cuidaos!*—La hija le dijo á su padre que le comprara uno.

Llamaron al hombre y le compraron un *cuidao* y además una *calderita*, que cuando la ponían en el agua con el *cuidao*, cantaba.

Pues señor, que un día salió al campo y puso sobre un estanque su *calderita* y el *cuidao*, entreteniéndose en oirla cantar.

En esto se apareció un toro, cogió el *cuidao* y huyó con él, dejando tan triste á la niña, que no encontraba consuelo. Viendo que el toro no volvía, determinó salir en busca de su *cuidao* y se vistió de peregrina.

Salió andando, andando con su *calderita*, hasta que llegó á una ciudad donde le dijeron que la hija del rey estaba loca sin que pudieran curarla todos los médicos del mundo.

—Yo la curaré,—dijo la niña, y se fué á palacio; allí pidió permiso para ver al rey, y ya que lo vió, le dijo que ella iba á curar á su hija.

Los médicos dijeron al rey que era una locura, que cómo iba á curar aquella niña á la princesa, cuando ellos con su ciencia no habían podido conseguirlo. Pero el rey que deseaba apurar todos los recursos, dijo que nada se perdía con ello, y llamando á la niña, le preguntó que qué pedía para curarla; ella dijo que le dieran solamente un jarro de agua y la dejasen pasar la noche en la alcoba de la princesa. El rey aceptó y le dijo:

— Ya sabes que si no la curas, te cuesta la vida.

—Bueno,—contestó ella.

Le llevaron su jarro de agua y una luz y se instaló en la alcoba de la princesa; vertió el agua en una palangana y puso en ella su calderita; pero la calderita no cantaba: ya era media noche, cuando se le apagó la luz, y como no tenía con qué encenderla, empezó á buscar por todas partes, mas como todos estaban acostados no lo encontraba; entonces salió del palacio, y por fin, vió una luz allá muy lejos, muy lejos, se dirigió allí y, andar, andar, hasta que llegó á una casa, vió una puerta entornada, detrás de la cual salía luz. Empujó la puerta, y al entrar vió á un negro, que con un cucharón estaba meneando una caldera de aceite hirviendo y que decía:

Jierve, jierve,
mientras más jierve
la hija del rey
más enloquece.

Cuando el negro vió á la niña, le dijo sin parar de menear el aceite:

—¡Ay! niña ¿dónde vas?

—Venía porque se me había apagado esta luz, y quería que usted me hiciese el favor de que la encendiera.

—Sí, niña, enciéndela.

Entonces fué la niña á encender la luz, y al pasar por detrás del negro, va y que hace: le da un empujón y lo cae en la caldera, que como estaba hirviendo, lo achicharró en seguida; después vertió todo el aceite, encendió su luz y se fué corriendo al palacio; entró en la alcoba de la princesa, á quien encontró sentada en la cama, ya completamente buena de su locura y tan contenta.

Por la mañana, cuando el rey entró y vió á su hija buena, empezó á abrazar á la niña y le dijo que ya no se iría nunca, que se quedaría á vivir en palacio con ellos, pero la niña dijo que no, que iba buscando un objeto que se le había perdido, y hasta que no lo encontrara que no paraba de andar.

El rey y la princesa le rogaron mucho, pero ella dijo que no podía quedarse, y entonces el rey, le dió mucho dinero y alhajas y cuanto necesitaba, y la niña, recogiendo su *calderita*, se fué en busca de su *cuidao*.

—¿Qné tal, señorita, le ha gustado á usted el cuento?

—Sí, papagayito mío, muy bonito que está. Muchacha, tráele de merendar al papagayo.

—No, ella no,—dijo el papagayo,—usted, porque ella me pegaría, por no haberla dejado ir al baile.

La señora le trajo de merendar al pájaro, y después se acostó tan contenta por ver que hablaba su papagayo, y ni siquiera se acordaba del baile.

Al día siguiente, la vieja á quien el caballero había ofrecido dinero si la señora iba á su casa, volvió á ir en casa de la señora.

—¿Qué tal, hermana fulana, se bailó mucho?

—¡Ay, señorita, si viera usted qué bueno estuvo el baile, qué divertido! Sobre todo, había un caballero que ha llamado la atención de todos por lo bien que bailaba.

—¿Tan bien lo hacía?

— Sí, señora, hemos quedado tan gustosos de verlo, que esta noche vamos á repetir la fiesta, de modo, que es menester que usted venga, que yo la colocaré detrás de las cortinas para que usted vea sin que la vean á usted.

—Bueno, si mi papagayo no nos siente, iré esta noche, pero si nos siente, no voy.

Pues señor, la vieja tan contenta, encargó á la muchacha que procurara cerrarlo todo, de modo que el papagayo no pudiera sentir cuando se iban; y después se fué á ver al caballero, ofreciéndole que aquella noche podría ver á la señora.

Pasó el día, y así que llegó la noche, fué la vieja en busca de la señora y la criada, que ya estaban arregladas; salieron con cuidado, bajaron la escalera, y la vieja y la muchacha iban tan contentas porque el papagayo no las había sentido; pero al llegar á la puerta le oyeron que decía:

— Señorita, señorita, venga usted que falta lo mejor del cuento.

—¡Ay!—dijo el ama,—váyase usted, que ya no voy; que mejor quiero oir á mi papagayo.

La vieja y la criada le rogaron para que fuese, pero no pudieron convencerla, de modo que, la vieja se fué maldiciendo al papagayo, á la señora y al caballero, el cual no le daría dinero ninguno mientras la señora no fuese.

La criada entró rabiando á desnudarse, porque ya no iba al baile, y la señora se fué con el papagayo, que continuó de este modo

2.º

—Pues señor, ya le dije á usted ayer cómo á la niña le dieron mucho dinero y se fué con su *calderita* en busca de su *cuidao*. Salió de aquella ciudad, y andar, andar, atravesó muchas tierras hasta que llegó á otro reino, donde le dijeron que la hija del rey estaba muda y que el rey estaba tan triste, que no tenía consuelo, porque la habían visto ya todos los médicos y ninguno encontraba remedio para curarla.

—¿Sí?,—dijo,—pues allá voy yo.

Se fué á palacio y pidió al rey audiencia. Se la concedió, y entonces le dijo al rey que ella se atrevía á curar á la princesa.

Todos creían que estaba loca y aconsejaban al rey que no lo consintiese; pero el rey, que lo que quería era ver á su hija buena, no hizo caso y le dijo que bueno, que si la cura-

ba le daría cuanto quisiese, pero que si no la ponía buena le quitaría á ella la vida.

Pues señor, que la niña dijo que bueno, pidió un jarro de agua y dijo que la dejaran sola toda la noche en la alcoba de la princesa.

Así lo hicieron y cuando se vió sola, vació el jarro de agua en una palangana y allí puso la *cálderita*, pero la *calderita* no cantaba.

A la media noche sintió abrirse una ventana, y escondiéndose y haciéndose la dormida, vió entrar un negro muy guapo, que se llegó á la princesa y sacándole de la boca unos palitos, se pusieron á hablar y así estuvieron hasta que ya, viendo que llegaba el día, volvió á ponerle los palitos en la boca y se fué por la ventana.

Por la mañana, la niña contó al rey lo que había visto, le dió las señas del negro y el rey conoció por ellas que era un negro muy estimado de un señor de la corte; le trajeron, le hicieron que sacara los palitos de la boca de la princesa, y como su amo tenía mucha influencia, no lo mataron, pero fué desterrado y desde entonces la princesa empezó á hablar y los padres estaban tan contentos, que querían que la niña se quedase con ellos para siempre; pero ella dijo que no, porque tenía que seguir buscando una cosa que se le había perdido.

Entonces le hicieron muchos regalos y la niña se fué en busca de su *cuidao*, llevándose los regalos y la *calderita*.

—¿Señorita, ha estado bueno el cuento?

—Sí, papagayito mío, muy bonito.

Le trajo ella misma de merendar muy buenas cosas, pues ya sabía que no le gustaba que se lo trajese la moza, y se fué luego á la cama tan contenta con el cuento de su papagayo.

Al día siguiente vino la vieja, y le dijo que la fiesta había estado tan divertida, que habían tenido juegos de prendas, de manos y toda clase de prendas; que era lástima que la señorita no lo hubiese visto, pero que aquella noche se repetía y que era preciso que fuese, porque era la última.

—Bueno, le dijo la señora; ya veremos si mi papagayo no nos siente, y entonces iré.

Pues señor, la vieja se fué rogándole al demonio que hiciera porque el papagayo no las sintiese al salir; en el camino se encontró al caballero, que ya estaba desesperado, y le dijo que aquella noche sin falta que iría la señora, aunque le había costado mucho convencerla.

Llegó la noche y cuando la vieja fué, se arreglaron y salieron con mucho tiento; pero al llegar á la puerta, dijo el papagayo:

—Señorita, señorita, venga usted que voy á concluir mi cuento.

Entonces la señora le dijo á la vieja :

—Váyase usted, váyase usted, que yo no voy al baile porque quiero mejor oir el cuento de mi papagayo.

La vieja trató de convencerla, pero la señora no quiso oirla: entonces de rabia que tenía arañó á la criada, diciéndole que ella tenía la culpa, porque no había encerrado al papagayo ó lo había matado, y tan ciega iba, que al salir se dió un porrazo contra la puerta que se abrió la cabeza, y para mayor desgracia, en el camino se encontró al caballero que le preguntó si venía la señora; pero ella con el disgusto le contestó de mala manera, con lo que el caballero se enfadó y sin darle un cuarto, riñó con ella y se fué del pueblo.

Mientras tanto la señora había ído con el papagayo, que siguió su cuento de esta manera.

3.º

—Ya sabe usted señorita,—dijo el papagayo,—que á la niña le regalaron muchas cosas y que ella se fué con sus regalos y su *calderita.*

Pues señor, que fué andando, andando, atravesó muchos pueblos hasta que llegó á otra ciudad, donde según le dijeron, el hijo del rey estaba espirando y desahuciado por los médicos.

Llegó ella al palacio y ofreció al rey que si le dejaban á ella curarlo, se comprometía á ponerlo bueno.

El rey, viendo en la niña una esperanza, aunque todos la creían loca, le dijo que le daría cuanto quisiese si lo curaba, pero que si se moría el príncipe, moriría ella con él.

Ella dijo que bueno, que la dejaran sola en la habitación del príncipe y le dieran un jarro de agua y una luz.

Lo hicieron como ella dijo, se acercó á la cama y vió al príncipe que estaba moribundo; echó el jarro de agua en una palangana, puso en ella la calderita y apagó la luz para que no incomodase al enfermo: pero así que apagó la luz empezó á cantar la *calderita.*

—¡Ay!—dice.—¿Qué es esto, que esta noche canta mi calderita? Eso es que debe estar cerca mi *cuidao.*

De buena gana lo hubiera buscado, pero como había apagado la luz y no tenía con qué encenderla, se aguardó á que fuese de día.

Cuando ya entró luz en la habitación, vió su *calderita* que estaba sobre el agua canta que te canta; empezó á buscar por la habitación, cuando á la cabecera de la cama vió colgado un objeto que le llamó la atención. Se acercó corriendo á cogerlo, y dijo:

—¡Ay! este es mi *cuidao.*

—Y yo el toro que estaba *encantao,*—le contestaron.

Miró á ver quién le había contestado aquello, y vió que de la cama se había levantado el príncipe sano y bueno y tan guapo, que daba envidia verlo.

En esto llegaron los reyes, que al ver á su hijo bueno se pusieron tan contentos, que no dejaban de abrazar á la niña.

El príncipe les contó entonces que cuando estaba encan-

tado y convertido en toro se enamoró de aquella niña y por no saber de ella estaba enfermo, pero que al encontrarla, había recobrado la salud y quería casarse con ella.

Les reyes dijeron que no había inconveniente y los casaron; hubo muchas fiestas y vivieron en paz y en gracia de Dios.

—Y se acabó mi cuento,—dijo el papagayo.—¿Le ha gustado á usted, señorita?

—Sí que me ha gustado mucho, papagayito mío.

Le trajo de merendar bizcochos y dulces y se fué á acostar tan contenta. Al día siguiente llegó el esposo de la señora, y ella salió á recibirle con tanta alegría, como que no le esperaba, y después de haberse contado uno y otro lo que habían sufrido con la ausencia, le dijo la señora:

—¿No sabes? Te preparo una gran sorpresa.

—¿Cuál es? —le dijo su esposo.

—Que el papagayo habla.

Fueron á ver el pájaro, y el señor le preguntó:

—*Papagayito, ¿conque has hablado?*

—*Sí, que sinó te hubieran deshonrado.*

Entonces, el caballero cogió la daga y fué á matar á la señora, pero antes que lo hiciera, el papagayo dijo:

—*La señorita es inocente; la culpa es de la vieja que vive enfrente.*

Entonces, la señorita comprendiendo todo lo que había



pasado, se lo contó al marido y desterraron á la vieja, viviendo ellos felices.

Entre tanto, el caballero que pretendía á la señora, se enteró del caso y se quitó del medio temiendo fuera á matarle el marido.

S. (ZAFRA)

NOTA 11.ª

El Sr. D. Silvio Romero en su colección «*Contos populares po Brazil.*» trae una versión de este cuento, recogida en Sergipe, de procedencia europea, y la titula «O principe cornudo» núm. XIII, págs. 42 á la 49. En la versión brasileña, el protagonista, que es un príncipe, nace ya predestinado á ser burlado por su mujer, y para evitarlo, el rey lo hace viajar con la condición de no desembarcar, para que no vea mujeres. El príncipe viaja, pero al llegar á un puerto, manda dos criados por víveres y como no volvían, envió otros dos que le quedaban. También éstos tardan y se decide á ir él mismo á ver la causa de su tardanza, encontrándolos embebidos en presenciar una subasta de un papagayo que era muy hablador y tenía la gracia de salvar á los hombres de las infidelidades de sus esposas. Aunque el precio era alto, el príncipe remató la subasta y se llevó el papagayo que desde entonces cerró el pico y no se le oyó una palabra. Se casa el princípe con una princesa y le regala el papagayo. Teniendo necesidad de marchar á una guerra, dejó recomendado el pájaro á la princesa que lo cuidaba muy bien. Esta no salía á ninguna parte, pero un día se asomó á una ventana y un caballero que la ve se enamora de ella. Entérase de ello una vieja y le ofrece llevar á su casa á la princesa. Efectivamente pasa á verla y la invita á que sea madrina de un nieto suyo; la princesa se excusa, pero ella insiste y le ofrece ir, pero cuando se disponía á ello, al pasar por junto á la jaula, el papagayo saca la cabeza y dando una carcajada le dice á su ama:

¿Donde va mi ama y señora tan compuesta? ¿Quiere mi señora que la cuente un cuento? La princesa prefiere entonces oir al papagayo y dice á la vieja que se marche. El pájaro le cuenta un cuento, que es muy parecido á uno que me contaron en Extremadura con el nombre de «La Peregrinita, y que ocupará el núm. XXXI, en el tomo III de esta colección. Otra vez insiste la vieja y de nuevo la detiene el papagayo con la promesa de contar otro cuento. Este segundo cuento, aunque más corto y presentado en otra forma, es en el fondo el mismo que se insertará en el tomo III de esta colección, con los núms. XIV y XV, titulados «El Pintor» y «Las Américas.» Terminado el cuento, el papagayo aconseja á su ama que se deje de vieja y de bautismos. Al día siguiente vuelve la vieja, pero el papagayo ofrece un nuevo cuento y la princesa se queda á oirlo. Este tercer cuento parece ser el más interesante de los tres y es lástima que el Sr. Romero se vea precisado á interrumpirlo apenas empezado á causa según dice en una nota, de haber olvidado el final de ese cuento del papagayo. Por último, la vuelta del principe acaba la obra empezada por el papagayo, librándose de este modo, de lo que su sino le tenía pronosticado. El papagayo, que era un ángel, voló al cielo.

Como se ve, esta versión es igual al cuento extremeño sin más diferencia que, en este último, el papagayo cuenta un cuento solo dividido en tres partes, y en la versión brasileña, cuenta el papagayo tres cuentos distintos y ninguno igual al de la *calderita* y el *cuidao*.

XVI

EL PÁJARO HERIDO

Pues señor, esta vez era un rey viudo que tenía una hija muy bonita. Frente al palacio vivía una señora que también era viuda, con otra hija. Como uno y otro eran viudos, la señora andaba que bebía los vientos por casarse con el rey y ser reina, y para ello no perdía ocasión de agasajar á la hija del rey siempre que podía y decirla:

—Hija mía, me da una lástima el verte sin madre, que yo, aunque no he hecho juicio de volver á casarme, si tu padre quisiera me casaría con él, con tal de verte á tí hecha una gran señora; pues tanto yo como mi hija seríamos para tí unas criadas, para que no te faltara nada.

La joven le daba las gracias y á fuerza de oírselo muchas veces, se lo dijo un día á su padre.

—¿Sabe usted que la señora de ahí enfrente me ha dicho esto?

—¡Bah!,—dijo el padre,—no seas tonta, eso te lo dice ahora; pero en cuanto se casara había de hacer todo lo contrario y lo mejor y más bueno había de ser para su hija.

—No lo crea usted, padre,—decía la hija,—que es muy buena señora; cuando voy allá todo la parece poco para dármelo.

Por fin, que aunque el padre se resistía, tanto rogó la hija, instigada por la viuda, que el rey accedió á ello y se casaron.

Al principio todo fué bien, pero al poco tiempo se presentó una guerra y el rey tuvo que salir inmediatamente, recomendando su hija á la madrastra.

Pero así que se fué el padre, como ella no podía ver á la entenada por ser más bonita que su hija, empezó á darla disgustos, y siempre que le escribía al padre le decía que desde que se había ído, no había quien resistiera á su hija, que todo la molestaba, que nada la hacía gracia y que no pasaba una hora que no la diera un disgusto.

El rey que conocía la tela, le daba la razón para no exasperarla, pero la decía que la sobrellevara con paciencia hasta que él volviese, que entonces ya vería él de arreglarlo todo.

Ella volvía á escribirle, abultando cada vez más las cosas, hasta decirle que el día menos pensado iba á suceder una desgracia por que la niña estaba tan sobre sí, que no reconocía autoridad de nadie. El padre trataba de calmarla, pero ella, viendo que no conseguía que la autorizase para castigarla, un día que promovió con la entenada una cuestión, la echó á la calle. La pobre niña se fué llorando al campo y se puso á caminar á la ventura. Echó á andar, andar y allá



muy lejos divisó unas paredes. Se acercó y vió la portada de un gran palacio. Entró en él y lo estuvo recorriendo todo y como no vió á nadie, se quedó allí á pasar la noche.

Cuando llegó la hora de cenar, encontró la mesa servida con toda clase de comida, en los roperos halló ropa que le estaba bien y en la alcoba vió una cama muy hermosa; pero no veía un alma viviente en todo el palacio. Se acostó y como no temía á nadie durmió tranquila toda la noche, y así pasó una porción dc días.

Pues señor, vamos á la madrastra, que viendo que la entenada no volvía y temiendo de su marido, estuvo haciendo pesquisas y averiguaciones, le preguntó por ella á todo el mundo sin que nadie la diese razón, hasta que ya una vieja la dijo que la había visto en la ventana de un palacio que había en tal parte, donde nadie habitaba por que decían que era un palacio encantado.

Entonces la madrastra deseando saber si era cierto, mandó á la hija que fuera allá á enterarse de lo que había.

Llegó la hija al palacio y como no había nadie que se lo impidiese, entró dentro y le dijo á la otra que había reñido con su madre y que la había echado á la calle: que no teniendo donde recogerse, había encontrado aquel palacio y allí se había metido, de lo que se alegraba mucho por haberla encontrado á ella, pues así no estaría sola.

La otra tonta se lo creyó todo lo que la dijo y la recibió

muy bien y la dijo que si quería quedarse que se quedara, que no la faltaría que comer y donde dormir.

Pues señor, que así fué, llegó la hora de acostarse y se acostaron cada una en su alcoba. La hija del rey se durmió en seguida, pero la otra se estuvo despierta para ver lo que pasaba.

A eso de media noche sintió ruido y vió que se abría una ventana y penetraba por ella un pájaro tan bonito que daba gloria verlo, se bañó en una jofaina de agua que allí había puesta, y se volvió un joven muy hermoso que entró en la alcoba de la hija del rey.

La otra se hizo la dormida y antes de amanecer, vió que el joven salía y después de lavarse se convirtió de nuevo en pájaro y se fué por la ventana que se abrió para dejarlo salir.

Cuando se levantaron, ella no se dió por entendida de nada, pero le dijo á la hermanastra que iba á ver si á su madre se le había pasado el enfado, y la otra le dijo que hiciera lo que quisiera, que no la obligaba á nada.

Se fué á su casa y así que llegó le contó á su madre todo lo que había visto, haciendo grandes elogios del palacio y diciéndola que su hermana estaba hecha una gran señora.

—Pues mira,—le dijo la madre,—vas á volver mañana y te llevas para allá esta sierra y estos clavos, cuando tú creas que él está dormido, clavas la puerta de la ventana

con los clavos para que no pueda abrirse y con la sierra, rompes el cristal.

Así lo hizo, cogió la sierra y los clavos y se fué otra vez al palacio. La hermana le preguntó por qué se volvía tan pronto y ella le dijo que se volvía por que á su madre no había quien la resistiera, que no la había querido admitir y la había amenazado çon matarla.

Ella se lo creyó al pie de la letra y como le daba lástima le dijo que se quedara allí con ella. Cenaron y se acostaron, no tardando en dormirse la princesa.

Cuando llegó la hora, llegó el pájaro, se bañó y volviéndose un joven entró en el cuarto. Cuando á la otra le pareció que estaría dormido, se levantó con mucho cuidado y sin hacer ruido, estuvo clavando la puerta de la ventana con los clavos que la dió su madre y después serró el cristal dejándole con muchos picos. Acabado esto, se escapó.

Cuando iba amaneciendo, salió el joven de la alcoba y se lavó en la jofaina, convirtiéndose en pájaro. Tendió el vuelo, y al salir por la ventana, como no se abrió, chocó con el cristal, que como estaba cortado cedió dejando paso, pero se hirió todo. Dió un grito muy fuerte y salió volando.

Al oir el grito se despertó la hija del rey, y saliendo á ver qué era aquello, encontró toda la ventana y todo el suelo llenos de sangre. En el momento desapareció el palacio y se encontró sola en el campo, pues la otra se había ído antes.

Se echó á llorar la pobre y se puso á caminar á la ventu-

ra, y andar, andar, ya se encontró tan cansada que se acercó á un árbol que había en el camino y se sentó á descansar.

A poco de estar allí, vió venir tres tórtolas que se pararon en el tronco del árbol y empezaron á hablar.

—¿No sabes—decía la una—que el hijo del rey de tal parte se está muriendo?

—¿Sí?—contestó otra,—¿y qué tiene?

—Tiene que cuando estaba encantado y convertido en pájaro al salir por una ventana se hirió todo con los cristales y las heridas se le han enconado.

—¿Y no tendrá cura?—dijo la tercera.

—Sí, pero es difícil de conseguir el remedio, que á nosotras nos saldría caro.

—¿Pues cómo es eso?

—Porque el remedio es el siguiente: tienen que cogernos á las tres, matarnos y tostarnos en un horno hasta que quedemos hechas un chicharrón, y después han de molernos hasta quedar convertidas en polvo, teniendo cuidado de que queden separados los de las tres en tres montoncitos. Luego tienen que echar de estos polvos en las heridas tres días seguidos, uno de cada montón, y si esto hacen sin equivocarse, á los tres días el príncipe se levantará curado de las heridas. Conque ya véis si es ó no difícil que el príncipe sane.

Mientras las tórtolas estaban hablando, la hija del rey que estaba escuchando, se quitó el delantal para ver si podía coger las tórtolas, y tan entretenidas estaban ellas en su con-



versación, que la joven extendió el delantal y las envolvió á todas tres. Luego se dirigió á una casa donde había un horno y las estuvo tostando. Así que las tostó, pidió un almirez y las machacó separadamente hasta hacerlas polvo y las envolvió en tres papeles distintos; dió las gracias á la dueña de la casa y se puso en camino para el palacio donde residía el príncipe enfermo.

Andar, andar, se encontró en el camino un estudiante que llevaba un lío de ropa al hombro sujeto en un palo. Le preguntó que qué llevaba en el lío y el estudiante le dijo que era una muda de ropa. Entonces, ella le preguntó que si quería vendérselo, y como el estudiante llevaba *ma' jambre qu'n perro*, no se hizo de rogar y le vendió la ropa.

Cuando el estudiante se alejó, cambió ella de traje, y haciendo un lío con la ropa de mujer, se presentó en el palacio vestida con la del estudiante.

Se presentó al rey y le dijo que había sabido que el príncipe estaba tan enfermo que los médicos no podían curarlo y por eso iba á rogarle al rey que si se lo entregaban á él, se comprometía á ponerlo bueno en tres días.

El rey, al verlo tan joven, no fiaba mucho en su ciencia, pero como de todos modos tenía perdida la esperanza de verlo bueno, aceptó el ofrecimiento por aquello de que «el que se está ahogando se agarra aunque sea á un clavo ardiendo», y lo dejó entrar á la habitación del príncipe.

Quedóse sola con el joven que estaba como muerto y no

conocía á nadie; estuvo examinando las heridas, y después de lavarlas bien, vertió sobre ellas los polvos de una de las tórtolas. A la noche siguiente hizo la misma operación y le echó los polvos de otra tórtola. Por fin llegó la última noche, y volviendo á lavar las heridas, echó los polvos que le quedaban y se sentó á la cabecera de la cama, después de haberse quitado el traje de estudiante y haberse puesto el suyo que traía guardado.

Cuando llegó el día siguiente, el príncipe dió un suspiro y se incorporó en la cama. Al ver á la joven, saltó al suelo y la abrazó, preguntándole cómo era que estaba allí y si era ella la que le había herido primero y después había venido á curarle.

Ella le contestó que las heridas las había curado, pero que no era ella quien las había abierto. Y entonces, le estuvo contando lo que ella sabía y lo que le había pasado, comprendiendo que todo aquello lo había ocasionado la hija de su madrastra.

El príncipe presentó la joven á sus padres diciéndoles que ella era la que le había salvado y que sería su mujer.

Los padres convinieron en ello y se casaron, siendo felices por toda su vida. Avisaron al padre de ella, que cuando se enteró de todo, arrojó del palacio á su mujer y á su entenada que se murieron de pena en un rincón.

Y. (Zafra)



XVII

LA FLOR DEL CANTUESO

Pues señor, esta vez era un hombre viudo que tenía una hija muy bonita á quien quería mucho y por eso no había querido volverse á casar, por no darle madrastra á su hija. Frente á su casa vivía una señora viuda, con dos hijas, que andaba que bebía los vientos por casarse con su vecino, pero como no era cosa de que ella se lo dijera, lo que hacía era acariciar mucho á la hija del viudo y siempre que pasaba la hacía entrar en su casa y la regalaba dulces, así que la muchacha no sabía donde poner á la vecina.

Como el padre veía que trataba tan bien á su hija y la quería tanto, empezó á querer también á la viuda y creyendo que siempre sería lo mismo para ella, la dijo que si quería casarse con él, pues estaba seguro que sería la mejor madre que podría darle á su hija, después de la que había perdido.

La viuda, que era eso lo que estaba esperando, le dijo que sí al momento, asegurándole que para ella sería su hija primero que las suyas, porque la quería mucho y ella se lo merecía.

Pues señor, que se casaron, y los primeros meses todo fué bien; pero como la entenada era más bonita que sus hijas y todo el mundo la prefería, empezó á darla disgustos y ella así que vió este cambio se fué á vivir en casa de una tía suya que era hechicera.

Un día el padre se iba á una feria y la hija había ído á despedirlo. Antes de irse le dijo á las entenadas:

—¿Qué queréis que os traiga de la feria?

—A mí,—dijo una,—un mantón de ocho duros.

—Y á mí,—dijo la otra,—un vestido de seda.

—¿Y tú, qué quieres?—la preguntó á su hija.

Y ella, aconsejada por su tía, contestó:

—Yo, dos cuartos de simiente de cantueso.

—¡Mira que tonta! ¿por qué no pides otra cosa?

—No, tengo bastante con eso.

—Bueno,—dijo el padre,—y se fué á la feria.

Así que volvió le trajo á las entenadas el mantón y el vestido; que se pusieron muy huecas con las prendas nuevas. La hija recogió su simiente y la sembró en una maceta. Al poco tiempo nació el cantueso y se puso una maceta tan hermosa que era la envidia de todo el pueblo.

A las doce de la noche cogía su maceta y la ponía en la ventana diciendo:

—Hijo del rey, ven ya,
Que la flor del cantueso
Florida y hermosa está.



Acabado de decir esto, llegaba un pájaro tan hermoso, se revolcaba en la maceta y se volvía un mozo que ¡hasta ahí! ¡vaya un mozo! Entraba en la habitación y sentándose al lado de ella, se llevaba hablando toda la noche y al irse, dejaba siempre caer un bolso de dinero. Como esto era todas las noches, tenían ya mucho dinero, y la tía la compraba á la sobrina todo cuanto quería, de modo que gastaba un lujo como ninguna en el pueblo.

Pues señor, la madrastra que no podía ver esto con buenos ojos, no dejaba de llamarle la atención y le dijo á la hija mayor:

—Algo debe haber de misterioso en casa de tu hermana, porque ella gasta mucho lujo y su tía no tiene bienes para eso. Es preciso que tú vayas y procures quedarte allí esta noche á ver si averiguas lo que pasa.

Pues así fué, se presentó por la tarde y dijo que iba á pasar un ratito con la hermana, pues si no ella nunca iba á su casa.

Se estuvieron hablando y como ya era tarde, dijo que le daba miedo irse sola, que se quedaría allí y, como no era cosa de que la echaran á la calle, le hicieron la cama y allí se quedó. Fué pasando la noche y como no veía nada y estaba acostumbrada á acostarse temprano, antes de las doce ya estaba dormida, así que no vió nada, y cuando llegó á su casa así se lo dijo á su madre.

—Eso es que tú habrás estado durmiendo toda la noche

y por eso no has visto nada,—dijo la otra hermana,—esta noche voy yo á quedarme y verás como no me duermo.

Efectivamente, fué aquella tarde la hermana y le dijo que como la noche anterior se había quedado su hermana, que ella iba aquella noche á darle compañía, pues hacía mucho tiempo que no estaban juntas.

—Con mucho gusto,—dijo la hermanastra,—te quedarás conmigo.

Así fué, llegó la hora y se acostaron, pero ella tuvo muy buen cuidado de no dormirse, pero fingía que lo estaba, así que la otra, cuando dieron las doce, se levantó, cogió su maceta y poniéndola en la ventana, dijo:

—Hijo del rey, ven ya,
Que la flor del cantueso
Florida y hermosa está.

Dicho esto, llegó el pájaro y convertido en hombre se sentó á su lado y estuvieron hablando toda la noche. Al amanecer se fué y dejó su bolsillo de dinero.

Como la otra estaba despierta, se estuvo enterando de todo, así que en cuanto llegó á su casa le dijo á su hermana.

—¿Ves tú, como te estuvistes durmiendo? Si hubieras estado despierta habrías visto lo que yo ví.

Y entonces la contó á su madre todo lo que había pasado.

—*Velahí*,—decía la madre,—bien decía yo que de alguna



parte había de salir ese lujo, porque su tía no tiene para sostenerlo. Pero no tenga cuidado que ya se la acabará eso.

Se fué para dentro y al poco rato salió y le dijo á la hija:

—Toma, te vas allá otra vez y procuras poner en la maceta esas cuchillas de acero, con el filo *pâ riba*, y así que las pongas sin que te vean, te vienes á casa.

Cogió ella las cuchillas y se fué en casa de la hermanastra y la dijo:

—Vengo á ver si se me ha quedado ahí un pendiente que al llegar á casa lo he echado de menos.

La hermanastra le dijo que no lo había visto, pero que entrara y lo buscarían.

Se pusieron á buscarlo, y ella aprovechando un descuido, metió las cuchillas en la maceta y después sacando el pendiente que tenía guardado, dijo:

—Aquí está, ya lo encontré.

Y entonces como ya no tenía nada que hacer, se marchó á su casa á contarle á su madre lo que había hecho.

Llegó la noche y así que dieron las doce, sacó ella su maceta y poniéndola en la ventana, dijo:

—Hijo del rey, ven ya
que la flor del Cantueso
hermosa y florida está.

Llegó el pájaro y empezó á revolcarse por la maceta, pero apenas lo había hecho, dió un grito y oyó ella una voz que dijo:

—¡Ay, que me has matado!—Y se fué.

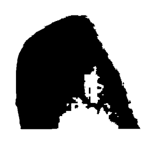
Ella se quedó llorando, porque no comprendía por qué había sido aquello, pero la maceta empezó á mustiarse y al caerse las hojas, vieron las cuchillas que había puesto la hermanastra, y como estaban llenas de sangre comprendió por qué el pájaro había dado aquel grito.

Entonces la tía le dijo:

—No llores, vístete de médico, toma este frasco y ve á tal parte. Llegas al palacio y pide que te dejen ver al príncipe que está enfermo. Así que lo veas, le untas de ese bálsamo con una plumita en las heridas, y cuando esté bueno, te retiras sin descubrirte y sin admitir nada.

Pues señor, así lo hizo, se vistió de médico con una ropa que le trajo su tía y saliendo del pueblo, echó á andar, andar, hasta que llegó donde vivía el rey y le dijo que había sabido que el príncipe estaba muy enfermo y que quería ver si podía curarlo con un bálsamo que traía que curaba todo.

Lo dejaron entrar y en seguida que vió al príncipe lo conoció y vió que tenía todo el cuerpo lleno de cortaduras, que era una lástima. Se las lavó bien y después le fué dando con la plumita mojada en el bálsamo, y en seguida empezó el príncipe á mejorar, así es, que á los pocos días estaba ya bueno del todo.



Cuando lo vió bueno ya, dijo que se marchaba, pero ni el príncipe ni los reyes querían que se fuera, pero dijo que no tenía más remedio y entonces le ofrecieron muchos regalos; mas ella no quiso admitir ninguno, y sólo le dijo al príncipe al tiempo de marcharse:

—¡Acuérdate de quien te curó!

Pues señor, que se fué á su casa, y cuando llegó encontró su maceta que había vuelto á florecer y estaba muy hermosa. Contó á su tía todo lo que le había pasado, y así que llegó la noche, cogió su maceta y la puso en la ventana diciendo:

—Hijo del rey, ven ya
que la flor del Cantueso
florida y hermosa está.

Al poco de decir esto se presentó el príncipe, que entró en la habitación con una espada en la mano, y le dijo:

—¡Infame! prepárate que vas á morir.

Y levantando la espada iba á dejarla caer, cuando ella le dijo:

—¡Acuérdate de quien te curó!

Entonces el príncipe reconociendo á su médico, tiró la espada y abrazándola, le preguntó quién había puesto las cuchillas con que él se había herido en la maceta.

Ella le contó todo lo que había pasado, y conociendo el príncipe que ella era inocente y habiéndose ya desencantado

por causa de las heridas, se la llevó á su palacio y se casó con ella y fueron los más felices de la tierra. *Y se acabó mi cuento con pan y rábano tuerto.*

F. (ALANGE)

NOTA 12.ª

Una versión de estos cuentos, recogida en el Algarve, trae el Sr. D. Theóphilo Braga en su colección, tomo I, págs. 68 y 69, núm. 31, y titulada «*A Paraboinha de ouro*» que, salvo algunos detalles, es igual á dos versiones extremeñas. Aún más igual es la versión recogida en Coimbra (Portugal) por el señor D. Adolpho Coelho y que se encuentra en su colección con el núm XXVII, págs. 65 á la 67, titulado «*O Conde encantado*».

El Sr. D. Silvio Romero, nos ofrece otro ejemplar parecido, si bien más complicado, recogido en Sergipe (Brasil), y que puede verse en su ya citada colección, con el titulo de «*O Papagaio de Limo Verde*», núm XVII, págs. 59 á la 65. Lo coloca entre los de procedencia europea.



XVIII

LA LAVANDERA

Pues señor, esta vez eran una madre y una hija que se ganaban la vida lavando la ropa á sus vecinas. La hija era tan bonita, que la madre le daba lástima que lavara, pero como no tenían otra cosa con que comer, tenía que dejar que la ayudara. Así que acababan su lavado, salían al campo, cogían un haz de leña y lo traían para colar la ropa. Un día que estaban de colada, pasó por la puerta el boticario y se quedó parado, diciendo:

—¡Caramba! qué olor á quina.

Estuvo mirando y vió que el olor que le llamaba la atención era de la leña que estaban quemando. Entró en la casa, y les dijo:

—¿Qué están ustedes haciendo, vecinas?

—¡Qué quiere usted que hagamos! Aquí estamos quemándonos los huesos para no morirnos de hambre. Los pobres no tenemos más remedio que trabajar si hemos de comer.

—¿Quién les trae á ustedes la leña?

—Nosotras vamos por ella, porque si fuéramos á comprarla, entonces en leña se nos iba el dinero de la ropa.

—Dígame usted, ¿y hay mucha leña de esa donde ustedes van?

—Sí señor, hay mucha.

—Bueno, pues entonces, si ustedes quieren no tienen que lavar más, sino que van todos los días por un haz de leña como esa y la llevan á mi casa y yo se la pagaré á ustedes de modo que no tengan que lavar más ropa que la suya.

Pues así fué; todos los días la madre y la hija iban al campo y cogían un haz de leña; luego se la traían al boticario sin saber que era quina, y éste les pagaba por ella lo que le parecía, y así iban pasando la vida tan contentas.

Una tarde de las que fueron al monte, se separó la hija un poco y se internó entre la arboleda, y al ir á tirar de una rama, se abrió la tierra y salió un negro muy grande que se quedó mirándola. Ella se asustó y quiso huir, pero el negro, al verla tan bonita, la cogió por un brazo y la metió por aquella abertura.

La pobre de la madre, cuando la echó de menos, empezó á llamarla y recorrió todo el monte en busca suya, pero por más que buscó, no pudo encontrarla y tuvo que irse á su casa muy triste por la pérdida de su hija que de seguro se la habría comido alguna fiera.

Pues señor, veamos que la hija, cuando se sintió cogida por el negro, se desmayó, y al volver en sí, se encontró en una sala muy rica y muy bien amueblada. El negro, que estaba allí, le dijo que no llorara, que no quería hacerla daño





ninguno, que por el contrario, ella iba á ser allí el ama y no tenía más que mandar y si era buena, sería feliz.

La niña se puso á llorar, diciendo que qué iba á ser de su madre sin ella, que como era ya una vieja, se moriría de hambre, pero el negro le dijo que no tuviera cuidado, que quien le daba á ella de comer, cuidaría que á su madre no le faltase nada.

Pues señor, que como no había otro remedio, se quedó allí viviendo, y como vió que la trataban bien y ne le faltaba nada, se fué conformando poco á poco, y entonces, un día se puso á recorrer las salas y vió quo estaba en un palacio magnífico en que había de todo cuanto Dios crió.

El negro le ponía la mesa á las horas acostumbradas, y para dormir tenía una alcoba con un lecho magnífico. Cuando por la tarde quería pasearse, se salía á un jardín donde había toda clase de pájaros y flores. Así iba pasando el tiempo sin ver á nadie más que al negro y solamente sentía que por la noche, después que apagaba la luz, se acostaba con ella una persona y antes que fuera de día se marchaba sin que hubiera podido verla nunca; sólo sí sabía que el que con ella dormía era un hombre.

Pues señor, que sintiéndose embarazada, le entraron deseos de ver á su madre y se lo dijo al negro que era el único con con quien hablaba, mas el negro la dijo que no podía ser, pero tanto rogó, que el negro le dijo que bueno, que iría, pero á condición de no estar más que veinticuatro horas y

que aunque la preguntaran, no había de contar á nadie lo que allí pasaba, porque si lo hacía, sería para su perdición.

Ella se lo prometió así, y entonces, el negro la puso en el sitio donde ella lo encontró al cortar la rama.

Ella echó á andar y llegó á su casa donde su madre se volvió loca de contenta al verla, pero ella le dijo que sólo iba por veinticuatro horas, pues tenía que irse sin remedio, y si había venido, era sólo por verla. La madre le preguntó dónde había estado, pero ella le dijo que no podía decirlo, que era un secreto, pero que sí podía decirle que estaba muy bien y no le hacía falta nada.

En esto llegó la abuela que era muy vieja y empezó á abrazarla y hacerla preguntas y ella le contestó lo mismo que á la madre; pero como las viejas son tan pesadas, tanto machacó que al fin ella le contó todo lo que pasaba.

—Pues mira,—le dijo la abuela,—toma esta velita y esta pajuela; cuando tú veas que él está dormido, enciendes la vela y puedes ver si es el negro ó es otro el que se acuesta contigo.

Pues señer, así fué; cogió su velita y su pajuela y se las guardó en el bolsillo poniéndose en camino para el palacio. Así que llegó al sitio, tiró de la rama y en seguida salió el negro que la cogió y la metió para dentro. Cuando llegaron á su cuarto, el negro le preguntó si le habían dado algún consejo, pero ella le dijo que no, que nada le habían dicho.

—Mira,—le dijo el negro,—si algo te han aconsejado, dí-



melo y yo te diré si debes hacerlo ó no; ahora estás á tiempo de salvarte, porque si no me lo dices y es cosa que no debes hacer y la haces, me veré obligado á matarte como ya lo he hecho con otras que han estado antes que tú.

La joven le aseguró que no, y se acostó. A la media noche, cuando sintió dormido al que con ella dormía, sacó su pajuela, y encendiendo su velita, se encontró un joven hermosísimo que daba gloria verlo. Como estaba acostado de espaldas, se le veía un cristal que tenía en el pecho, y poniéndose á mirar, vió una gran sala donde había seis mujeres que estaban cosiendo y bordando una canastilla para un niño. Tan embelesada estaba ella contemplando aquello, que no vió que de la vela se corrió una gota de cera y cayó sobre el pecho del joven, que al sentir el calor de la gota se despertó, y dijo:

—¡Ah pícara, que me has renovado mi encantamento!

Y al decir esto desapareció, quedándose ella sola. Entonces se oyó una voz que decía:

—¡Mátala, negro! ¡Mátala, negro!

Vino el negro á matarla y ella se echó á llorar, diciendo que lo había hecho por que se lo había dicho su abuelita, pero que la perdonara que no lo haría ya más. Al negro, que la quería, le dió tanta lástima, que la dijo:

—¿No te dije que me dijeras si te habían aconsejado algo? Si entonces me lo hubieras dicho no te verías en este caso. Yo debiera matarte, pero no te mato porque te vale lo que

llevas en el vientre, mas no puedes ya estar aquí y es preciso que te vayas. Toma estas dos madejas de hilo, cuando salgas, atas la punta de una en la rama que tratastes de cortar, echa á andar y donde se acabe la madeja, allí pasas la noche. Al día siguiente empalmas la punta de la otra madeja y echas á andar y donde se acabe, allí pasas también la noche.

Pues señor, que cogió la pobre sus dos madejas y atando una al salir, en la rama que le había dicho el negro, se puso á andar, andar, y como la madeja era tan larga, cuando se acabó era ya de noche, de modo que como no había otra cosa, se acostó sobre la hierba y allí estuvo durmiendo. Cuando amaneció, anudó la otra madeja y siguió su camino pidiéndole á Dios que le deparará una choza ó una casa donde poder pasar la noche y no en el campo. Cuando se acabó la madeja, se encontró precisamente delante de un edificio que parecía un palacio. Se llegó á él y supo que era el palacio de campo de la reina, que estaba allí entonces pasando una temporada. Pidió que le dijesen á la reina si la concedía pasar allí la noche por no pasarla á campo raso, porque estaba enferma. La reina dijo que sí y mandó que la preparasen una buena cena y una buena cama para que descansara.

Al día siguiente, como la reina vió que era muy bonita y humilde, se compadeció tanto de ella al verla en el estado que estaba, que la dijo que ya no se iba hasta que no saliera de su cuidado. Como la pobre no tenía donde ir, le dió las



gracias á la reina y se quedó á su lado, no sabiendo como agradecerla lo que estaba haciendo por ella.

Pasó el tiempo y dió á luz un niño tan hermoso que era lo que tenía que ver. La reina se había aficionado á ella de tal modo, que cuando ella hablaba de irse para no serla gravosa, le decía que no pensara en ello, que de ningún modo la dejaba ir, tanto más cuanto que el niño, se parecía tanto á un hijo que ella tenía encantado, que creía estarlo viendo á él siempre que miraba al niño.

Ella al ver que la quería tanto no quería disgustarla y cedía, y así pasaba el tiempo queriéndose cada vez más.

Todas las tardes, así que acababan de comer, la reina cogía del brazo á la joven y bajaban á pasearse al jardín y observaron que siempre que llegaban, venía una paloma y se ponía á revolotear alrededor de la joven. Un día que no bajaron, abrieron una de las ventanas y al poco tiempo penetró la paloma y fué á ponerse sobre la cuna del niño.

Ella se levantó y acercándose para espantarla, como vió que se estuvo quieta, fué y la cogió y le dijo á la reina:

—Mire usted que paloma tan bonita.

La reina la cogió y empezó á hacerla caricias, pero al pasarla la mano por la cabeza la notó un bultito y preguntó:

—¡Ay!, ¿qué tiene aquí en la cabeza?

La joven cogió la paloma y separando las plumas, vió que era un alfiler. Tiró de él y al sacarlo, se convirtió la paloma

en un mozo, qué ¡vaya un mozo guapo! La reina al verlo, dió un grito y le echó los brazos, diciendo:

—Este es mi hijo, el que te dije que estaba encantado.

—Sí, yo soy,—dijo el príncipe,—y ésta es mi mujer y éste es mi hijo.

—No en balde decía yo que se parecía á tí,—dijo la reina.

El príncipe abrazó á su mujer y á su hijo y la dijo:

—Ese alfiler era la gota de cera que me dejastes caer al querer verme antes de tiempo y era preciso que tú lo sacaras para que acabase mi encantamento, que se había doblado.

En esto entró el negro, trayendo en unos canastos la canastilla que ella había visto bordar por el cristal que el príncipe tenía en el pecho aquella noche, y que estaban destinados para su hijo. Después se casaron y vivieron muy felices con su hijo y otros que tuvieron.

Y. (Zafra)

NOTA 13.ª

Tiene mucha semejanza, aunque no es igual, el cuento señalado con el núm. 2 en la colección del Sr. Braga, titulado «*O Velho Querecas*», tomo I, pág. 4 á la 7. El principio del cuento portugués, recogido en el Algarve por el Sr. Braga, no lo tiene el extremeño, aunque se encuentra en otros de la misma índole, pero en todo lo demás puede decirse igual. El negro, reemplaza en el cuento extremeño al viejo Querecas del portugués.



XIX

LA PIEDRA DE MÁRMOL

Pues señor, esta era una vez una madre que era viuda y tenía un hijo que era ya un mozangón y no tenía oficio ni beneficio.

—¡Válgame Dios, hijo!—le decía la madre.—Que eres ya un hombre y no quieres aprender un oficio. ¿Por qué no te metes á sastre?

—No me gusta,—respondía el hijo.

—Métete á herrero.

—No me gusta.

Y así iba la madre nombrándole oficios, pero él, que lo que quería era no trabajar y esperaba hacer fortuna de otro modo, no le cuadraba ninguno, hasta que un día tanto le dijo la madre, que se decidió á meterse á pintor. La madre le buscó un maestro, y como el muchacho aunque no le gustaba trabajar era muy habilidoso, le dió por la pintura, y cuando el maestro no lo veía, se ponía á copiar lo que pintaba el maestro y aprendió en muy poco tiempo.

Pues señor, que un día el hijo del rey mandó llamar al

maestro, y así que llegó á palacio, le dijo que había soñado con la *Flor de la Hermosura* y que lo llamaba para que le hiciera un retrato de ella con arreglo á las señas que le daría. Le dió las señas de lo que él había visto en sueños, y el maestro se fué á su casa tan triste, que su mujer le preguntó que qué tenía.

—¡Qué he de tener!—respondió el marido,—que el hijo del rey ha soñado con una mujer ideal que se llama la *Flor de la Hermosura*, y quiere que yo le haga el retrato. ¿Cómo voy yo á hacer el retrato de una mujer que no he visto?

El aprendiz, que estaba oyéndolo, le dijo:

—No se apure usted, maestro. ¿Cómo dice el hijo del rey que era esa mujer, rubia ó morena?

—Rubia; de estas y estas señas.

—Pues déjelo usted de mi cuenta, que yo lo haré. Deme un costal de nueces, dos panes y una botella de vino; me encerraré en el taller, y cuando yo abra, ya estará hecho.

El maestro no quería darle las nueces porque no creía que él pudiera hacerlo, pero su mujer le dijo que lo dejara, que después de todo, nada se perdía aunque no lo hiciera. Por fin, que el maestro se convenció: le dió las nueces, el pan y el vino, y el muchacho lo recogió todo y se metió en el taller.

El maestro y la maestra, ¡qué habían de dormir! no pegaron los ojos en toda la noche observando á ver lo que hacía; entre tanto, el aprendiz se llevó toda la noche ¡trás, trás!



partir nueces y comer. Cuando iba llegando el día, el maestro estaba tan *quemao*, que le dijo á su mujer:

—Este es un tuno que se está burlando de nosotros, y lo que ha querido es atracarse de nueces y pan á costa nuestra. Estaba por pegarle una *patá* á la puerta y darle á él una paliza que se acuerde de mí para toda su vida.

—Déjale, hombre,—decía la maestra,—á ver con lo que *resuella*. Vamos á acostarnos que yo tengo mucho sueño. Y se acostaron.

Pues señor, que el muchacho así que se atracó de nueces y pan y se bebió la botella de vino, con la cabeza *caldeá*, cogió los pinceles y pintó una mujer rubia, más bonita..... que no sé..... vamos; tan bonita como el hijo del rey pudo haberla soñado. Así que la acabó, se acostó á dormir, y cuando despertó abrió la puerta, y cogiendo el retrato fué en busca del maestro, y le dijo:

—Tome usted, maestro.

El maestro, que estaba desesperado y esperaba que le trajera un mamarracho, se preparó para meterle un puntapié; al mirar el cuadro, se quedó con la boca abierta y se refregaba los ojos como si no creyera lo que estaba viendo.

—Pero muchacho,—dijo,—¿cómo has hecho esto?

—Con las nueces y el vino; déjeme usted de preguntas y lléveselo usted al hijo del rey que lo estará aguardando.

El maestro salió loco de contento, y fué á palacio con el cuadro.

El hijo del rey se quedó maravillado al verlo, y le dijo:

—Esta es la mujer que yo he soñado. Ahora es preciso que vayamos á buscarla y necesito que vengas conmigo.

Y como las órdenes del rey eran leyes, el pobre pintor se fué á su casa tan apurado, que su mujer le preguntó que qué tenía, que si no le había gustado el retrato al hijo del rey.

—¡Ojalá que no le hubiese gustado, no me vería yo en este apuro! Ahora quiere que yo vaya con él á buscar su capricho. ¿Dónde vamos á encontrar una mujer que no existe más que en su cabeza?

—Maestro,—dijo el muchacho,—vaya usted y le dice que tiene usted un hijo y que quiere ir con usted, que si me deja ir, ya veremos el medio de quedarme yo y que usted se venga.

Llegó el maestro á palacio y le dijo al hijo del rey que estaba dispuesto á ir con él en busca de la *Flor de la Hermosura*, pero que quería pedirle un favor. Entonces el hijo del rey le preguntó que cuál era y si podía ser se lo concedería.

—Señor, ha de saber S. R. M.—dijo el maestro—que yo tengo un hijo, y como se ha enterado que yo voy con S. R. M. en busca de la *Flor de la Hermosura*, me ha dicho que quiere acompañarme, y como él es muy travieso y puede ayudarnos, yo quisiera que S. R. M. le permitiese venir.

—Bueno,—dijo el hijo del rey,—que venga con nosotros.

Pues señor, que al día siguiente, de madrugada, salieron





el hijo del rey, el maestro y el aprendiz, y andar, andar, pasó un día, pasó otro, y cuando llegaron al tercero, ya el maestro estaba cansado y no podía seguirlos. Entonces el muchacho le dijo al hijo del rey:

—Si quiere S. R. M., que se vaya mi padre que está cansado y yo seré el guía.

—¿Te atreves tú á serlo?—le dijo el príncipe.

—Sí, señor, S. R. M.

—Bueno, pues entonces que se vaya á casa y nosotros seguiremos nuestro camino.

Se fué el maestro á su casa y el hijo del rey y el muchacho siguieron su camino, y andar, andar, llegaron á un bosque muy espeso, y cuando ya estaban cansados, vieron una casa que estaba rodeada de muchos árboles. Entraron en la casa y no vieron á nadie, pero encontraron una mesa muy bien puesta, y como llevaban hambre se pusieron á comer, y así que acabaron buscaron dónde acostarse y encontraron una alcoba con dos camas muy limpias, con buenos colchones que parecía que les estaban esperando. El hijo del rey quería acostarse desde luego, pero el muchacho, como no había visto á nadie, estaba desconfiado, y le dijo al príncipe:

—Aquí es necesario que mientras uno duerma otro vele, no sea que esta casa sea una cueva de ladrones y vayan á sorprendernos.

—Bueno,—dijo el hijo del rey,—¿y quién duerme primero?

—Yo dormiré hasta las once y luego usted.

Convino en ello el hijo del rey, y cuando dieron las once despertó al muchacho.

—¿Ha visto algo S. R. M.?—preguntó.

—No, no he visto nada.

—Bueno, pues acuéstese S. R. M., que ahora velo yo.

Se acostó el hijo del rey, y como tenía sueño, no tardó en dormirse.

Así que dieron las doce, sintió ruido como de dos personas que entraban, y después, aunque no veía á nadie, oyó dos voces que decían:

—«Adiós, Juan.

—»Ven con Dios, Pedro.

—»¿No sabes como el hijo del rey quiere casarse?

—»¿Con quién?

—»Con la *Flor de la Hermosura.*

—»Eso es imposible, porque es muy difícil encontrarla».

Se callaron las voces, y el muchacho, que estaba con el oído alerta, se quedó con las ganas de saber dónde podría encontrar la *Flor de la Hermosura.*

—Puede que mañana á la noche lo digan,—dijo él para sí,—nos quedaremos mañana á ver.

Cuando fué de día, despertó el hijo del rey.

—¿Has oído algo, muchacho?

—No he oído nada.

—¿Nos vamos?



—No, señor, hoy nos quedamos aquí, que quiero yo averiguar lo que hay en esta casa.

Pasaron allí el día, comieron, bebieron y se pasearon, sin ver á ninguna persona en todo el día, cosa que les llamaba la atención. Llegó la noche, y á la oración se acostó el muchacho, y encargó al hijo del rey que lo despertara cuando dieran las once. El príncipe lo llamó así que dieron las once, y se acostó él. Se quedó el muchacho velando, y cuando dieron las doce, volvió á oir los pasos de la noche antes, y después oyó hablar.

—«Adiós, Juan.

—»Ven con Dios, Pedro.

—»¿No sabes como el hijo del rey se ha puesto en camino para buscar la *Flor de la Hermosura*?

—»Sí, pero es muy difícil que la encuentre, porque está de *aguas allá*.

—»Sí, pero eso le es muy fácil pasar. Ahí está colgado »el *cuerno de llave*, que en tirándolo al mar se vuelve un »puente de plata y pasa como por su casa».

Se callaron las voces, y como el muchacho no sabía todo lo que deseaba, decidió al hijo del rey á que pasara allí el día siguiente, y así lo hicieron. A la oración se acostó, encargando que lo llamaran á las once. Luego se acostó el hijo del rey y se quedó él velando. Cuando dieron las doce sonaron los pasos, y después las voces se pusieron á hablar.

—«Adiós, Juan.

—» Ven con Dios, Pedro.

—» ¿Sabes que el hijo del rey está decidido y debe venir » muy cerca?

—» Tal vez parará aquí.

— » No, quizá pasará de largo.

—» Pero lo que yo creo, es que, aunque pueda pasar el » mar, no logrará traerse la *Flor de la Hermosura*, porque » hay guardándola un gigante y dos leones muy furiosos.

—» ¿Y no hay un medio para poderla coger sin que lo vean?

—» Sí, si los coge dormidos y pasa la mar antes que se » despierten, pero, ¡ay de ellos si logra alcanzarlos!»

Se callaron las voces, y así que fué de día despertó al hijo del rey, y cogiendo el *cuerno de llave*, se fueron derechos al mar. Así que llegaron, tiró al agua el *cuerno de llave*, que se volvió un puente de plata y pasaron al otro lado.

Entraron en una isla y encontraron un gran palacio, en el cual vieron á un gigante con una maza muy grande y dos leones, pero los tres estaban dormidos. Entre el gigante y los leones estaba una mujer tan hermosa, que era la delicia del mundo. Así que ella los vió, les dijo:

—¿Quién ha traído á ustedes por aquí?

—Venimos por tí.

—¡Ah! si el gigante se despierta, desgraciados de vosotros, que os matará, y si son los leones, la *miaja* mayor que harían de vuestros cuerpos sería como una hormiga.

—¡Chist!, cállate y déjate llevar.

La cogieron con mucho tiento y se fueron á escape hacia el mar. A poco despierta el gigante, y al verse sin la *Flor de la Hermosura*, se enfureció y salió á buscarla. Miró hacia el mar y vió que se la llevaban por el puente de plata. Echó á correr, y como tenía las piernas muy largas, en dos *zancás* llegó al mar en el momento que ellos acababan de pasar y levantaban el puente. Entonces el gigante, como no podía perseguirlos, alzó el puño amenazándoles y dijo:

—Adiós, *Flor Bella*, he llegado tarde para cogerte, pero permita Dios que la primer noche de novios seas comida de lobos, y si esta maldición no te alcanza, que al primer hijo que tengas, te conviertas en *piedra mármol.*

Mientras tanto que el gigante rabiaba, el hijo del rey y el muchacho con la *Flor de la Hermosura*, se pusieron en camino y fueron á dormir á la casa del bosque. Se acostó el muchacho primero, y á las once se levantó y se acostaron los otros. Cuando dieron las doce sintió de nuevo los pasos y puso atención á lo que hablaban.

—«Adiós, Juan.

—»Ven con Dios, Pedro.

—»¿No sabes como el hijo del rey se ha traído la *Flor* »*de la Hermosura?*

—»¿Sí?

—»Sí, cogió dormidos á los guardianes y se la trajo, pero no sabe que trae consigo la maldición que les ha echado el gigante al despertar.

—»¿Y qué maldición les ha echado?

—»Que la primer noche de novios sea comida de lobos.

—»¡Qué lástima, tan hermosa como es! ¿Y no podría librarse de esa maldición?

»Sí; si el día que se casen pone el rey alrededor de la ciudad un ejército de soldados para pelear con los lobos que se presenten.»

Se callaron las voces y se acostó el muchacho, Cuando fué de día salieron todos en dirección á su casa. Así que llegaron, los recibieron con repiques de campanas y fuegos, y todos quedaron enamorados de la *Flor de la Hermosura*, que decían que no había otra tan bonita en todo el mundo.

Pues señor, que se casaron y el día de la boda mandó el hijo del rey que todos los soldados rodearan el pueblo; así fué que cuando estaban todos preparados, vieron llegar una infinidad de lobos por todos lados que venían aullando que daba horror de oirlos. Los soldados empezaron á tiros con ellos hasta que los mataron á todos, y eso que parecía que no acababan nunca de tantos como venían.

Pues vamos, que se acabaron las fiestas y todo el mundo estaba loco de contento con la princesa y sobre todo el hijo del rey. Pasó el tiempo, y la *Flor de la Hermosura* dió á luz un niño tan hermoso que daba gloria verlo. El padre lo cogió en seguida y se lo llevó á la reina que se puso muy contenta al ver á su nieto. Volvió el hijo del rey á la alcoba de su mujer y se desesperó al encontrársela convertida en

piedra mármol, así que toda la alegría que tenía por su hijo se le volvió pena al ver á su mujer en aquel estado, por lo que estaba inconsolable. Mandó entonces preparar una sala para convertirla en tumba donde colocar á su mujer; la mandó adornar con lo mejor que hubiera en palacio y colocó la estatua en el centro para recrearse en aquella hermosura muerta ya que no la podía ver viva.

Pues señor, que el aprendiz del pintor que se había quedado viviendo en palacio, viendo la tristeza del hijo del rey, determinó ver si era posible aliviarla, y para ello pensó en hacer un viaje á la casa del bosque á ver si la casualidad le hacía averiguar algo.

—Déme S. R. M. un caballo,—le dijo al príncipe.

Le dió orden de que cogiera el que quisiera, y montando en él se puso en camino; andar, andar, hasta que llegó al bosque. Entró en la casa, comió y no quiso acostarse por temor de dormirse y no oir lo que dijeran las voces si es que algo decían.

Pues señor, que así que dieron las doce, sintió el mismo ruido de pasos que otras veces, y al poco rato oyó las voces que decían:

—«Adiós, Juan.

—»Ven con Dios, Pedro.

—»¿No sabes lo que pasa?

—»¿Qué es?

—»Que aunque el hijo del rey venció á los lobos con los

soldados la noche de su casamiento, no ha podido librarse de la segunda maldición que le echó el gigante á la *Flor de la Hermosura*.

—»¿Cuál fué?

—»Que al primer hijo que tuviera se convirtiese en *piedra mármol*.

—»¿Y qué ha pasado?

—»Qùe la *Flor de la Hermosura* ha tenido un niño muy hermoso, pero ella se ha convertido en *piedra mármol*.

»¡Qué lástima! Y, dime, ¿no sería posible que volviese á la vida?

—»Sí, hay un medio, pero es muy triste, porque para dar vida á la madre, tiene que morir el hijo.

—»¿Cómo es eso?

—»Si matan al niño y echan la sangre en una redoma, en frotando con esta sangre todas las venas de la madre, vuelve á la vida.»

Dejaron de hablar las voces y el pintor que no podía dormir, estaba deseando que fuese de día para ponerse en camino. Por fin amaneció, cogió el caballo y no paró hasta que llegó al palacio. Así que llegó, le dijo al hijo del rey lo que había que hacer para que la *Flor de la Hermosura* volviese á la vida. La reina se opuso porque no quería que mataran á su nieto y porque decía que se iban á quedar sin uno y sin otro.

El hijo del rey tenía confianza en el pintor y creía en que

su mujer recobraría la vida, pero como quería mucho á su hijo, tampoco quería que lo mataran, mas viendo que era el único remedio, dijo que era preciso hacer el sacrificio, porque en todo caso, antes que el hijo era la madre.

Con que entonces mataron al pobrecito niño, recogieron la sangre en una redoma y fueron frotando con ella todas las venas de la *piedra mármol.* Conforme las iban frotando, iban tomando movimiento, hasta que concluyeron y la *Flor de la Hermosura* volvió á la vida con gran contento de todo el mundo que la conocía.

El hijo del rey que había sentido mucho á su hijo, al ver viva á su mujer, poco á poco se fué olvidando de aquello; luego tuvieron nuevos hijos y vivieron felices muchos años, y el pintor no volvió á agarrar los pinceles y se murió de viejo en palacio.

Y se acabó mi cuento con pan y rábano tuerto.

ALANGE



NOTA 14.ª

El Sr. D. Adolfo Coelho en su colección, págs. 31 á la 34, trae una versión de este cuento, recogida en Coimbra, señalada con el núm. 51 y titulada «Pedro y Pedrito». Héla aquí:

Un príncipe llamado Pedro tiene un amigo (criado suyo) que se ha educado á su lado y en quien tiene mucha confianza. El príncipe va á casarse y Pedrito debe acompañarlo, pero como el viaje del príncipe es por mar, él pide que le dejen ir por tierra, que no faltará el día del casamiento. Se separan y Pedrito emprende el camino; sentóse á descansar y oyó una voz que decía: «El príncipe Pedro cree que va á casarse con la princesa, pero no sabe él que así que ellos se vuelvan para su palacio á casarse, al pasar por una fuente la princesa pedirá agua, y si se la dan, reventará con ella.

Quien esto oiga y lo llegue á contar,
en *piedra mármol* se convertirá.

Más adelante vuelve á oir la misma voz, que dice que si la princesa se libra del agua, al pasar por un puente, éste se romperá, ocasionando su muerte, y si de esto se libra, la noche de novios se la comerá una serpiente. A continuación de esto, siempre terminaba la voz diciendo:

Quien esto oiga y lo llegue á contar
En piedra mármol se convertirá.

Pedrito no hizo caso de esto último, y así que llegó donde estaba el príncipe Pedro, le contó todo lo que había oído; pero acabado de contar, quedó convertido en piedra. Pedro se desespera y consulta á sabios y hadas; éstas le dicen que sólo con sangre suya puede volverlo á la vida. Pedro no duda; se corta un dedo y rocía de sangre á Pedrito, que recobra el aliento vital, pero la petrificación pasa al príncipe, que á su vez se queda sin vida. Pedrito consulta con una hechicera, y ésta le dice: «En tal parte hay un patio cuya entrada defiende un león, que tiene en la boca una llave. Hay que coger esta llave y abrir el palacio, donde está una serpiente (bixa) de siete cabezas, que hay que cortárselas, pero no una á una, porque

le volverían á nacer, sino todas de un golpe y de raíz. Hecho esto, se recoge la sangre y con ella se unta la estatua de piedra y el príncipe recobrará la vida». Pedrito lo hace así, y quedan todos felices y contentos.

Otra versión semejante trae en su colección el Sr. D. Theóphilo Braga, con el núm. 12, págs. 31 á la 34, titulada: «A Bixa de sete cabeças», y recogida en el Algarve. Su argumento es el siguiente: «Un rey tiene un hijo que es muy amigo del hijo de un zapatero; pero esta amistad no es del agrado del rey, que decide enviar muy lejos á este último. Sábelo el príncipe y se escapa del palacio, yendo á encontrarse con su amigo. Caminan juntos y encuentran una joven princesa atada á un árbol, la salvan y se ponen en marcha para su casa, aconsejado por el hijo del zapatero. Llegan á un prado donde hay tres cruces y se paran á descansar. El príncipe y la princesa se duermen, pero el amigo vela. Llegan tres palomas y se posan sobre las cruces, y dice la primera: — «Cree el príncipe que va á casarse con la princesa, y no sabe que al pasar por un naranjal pedirá una naranja y al comerla reventará.—Y agregó.

Quien esto oiga y lo llegue á contar
En piedra mármol se convertirá.

La segunda dice que si se libra de la naranja, pedirá agua al pasar por una fuente, y si la bebe morirá. Y repite lo de convertirse en piedra el que la oiga y lo cuente. Y por último, la tercera dice que si se libra de la naranja y del agua, la noche de novios se la comerá una *bixa* de siete cabezas. El amigo oye todo esto, y sin decir nada, continúan su camino y se dió trazas á evitar los escollos de la naranja y del agua. Llegan al palacio, y el rey, en gracia á que aconsejó á su hijo la vuelta, perdona al hijo del zapatero. Se casan los príncipes, y el amigo pide dormir en el cuarto aquella noche. El príncipe le extraña; pero tiene confianza y lo concede. A media noche, los príncipes duermen y el amigo vela; aparece la serpiente y el joven la mata, pero la sangre salta, y una gota cae en el rostro de la princesa; trata él de limpiarla con una tohalla húmeda, y á la frialdad del agua despierta la novia, que creyendo otra cosa, llama á su esposo y dice que la vengue. Para defenderse, el hijo del zapatero lo cuenta todo y se convierte en piedra. El príncipe reconoce la fidelidad del amigo y lamenta su duda.

Un día oye una voz que le dice que si quiere recobrar al amigo, mate á sus hijos y con la sangre frote la estatua. El príncipe lo hace así, y al instante la piedra se anima y los niños recobran también la vida».

Igual á ésta es la versión alemana que se encuentra en la citada colección de Grimm, núm. 2, págs. 12 á la 22, titulada *Juan el Fiel:*

«Un rey tenía un hijo pequeño, y hallándose á punto de morir, se lo deja encargado á un criado muy fiel, que se llamaba Juan. Le dice que cuando el niño llegue á la mayor edad, le entregue todas las llaves del palacio, excepto la de la habitación donde está el retrato de la princesa de la *Cúpula de oro*, porque su vista sería fatal para su hijo.

El criado así lo ofrece y así lo cumple, entregando á su tiempo las llaves; pero el príncipe desea conocer lo que se oculta en aquella habitación, y aunque Juan se resiste, tiene que ceder á las amenazas y abre. El joven rey ve el retrato, y á toda costa quiere encontrar aquella mujer. Fleta un barco, y disfrazados de mercaderes llegan al palacio de la princesa; Juan se presenta y le ofrece á la venta algunas joyas raras, que logran agradar á la princesa, y Juan le dice que en el barco tienen otras aún más bonitas. Pasa á bordo la princesa, y el príncipe la entretiene mientras Juan hace levar anclas y se alejan de la orilla. Al movimiento, la princesa conoce el engaño y le reconviene; pero el príncipe declara su jerarquía y sus intenciones, con lo cual la princesa se conforma y consiente en casarse con él.

Por el camino llegan tres cornejas y se posan en los palos del barco, poniéndose á hablar, y Juan que conoce el lenguaje de los pájaros, pone atención á lo que hablan y oye que se ocupan del rey y de la princesa.

Una de las cornejas dice que el rey al desembarcar le ofrecerán un caballo que, al montarlo, saldrá volando y lo hará desaparecer; pero que puede salvarse si hay alguno que antes de montarse el rey, mata el caballo; mas si cuenta el por qué lo mata, se convertirá en piedra de los pies á las rodillas. La segunda dice que si se libra del caballo, no se librará de una camisa que le presentarán al llegar al palacio, que aunque parece de oro y plata tejida, es de pez y azufre y al ponérsela se abrasará. Que sólo podrá librarse de esto, si hay alguno que con los guantes puestos coja la camisa y la eche al fuego; pero el que esto supiera y lo contara, se convertiría en piedra des-

de las rodillas al corazón. La tercera dijo que aunque se librara de la camisa, no poseería á la princesa, porque ésta al salir á bailar le daría un desmayo y caería muerta; siendo preciso para volverle la vida, que un hombre chupase tres gotas de sangre que le saldrán en un hombro, escupiéndolas en seguida; pero esto no lo haría nadie, porque no lo sabía, y si lo hacía y lo contaba, se convertiría en piedra de los pies á la cabeza.

Juan oye todo esto, y sin contarlo, evita el peligro del caballo y de la camisa. El rey le pregunta la causa, pero él no contesta, y como tenía confianza en él, lo perdona, pero al ver que cuando la princesa cae muerta, Juan la coge y desnudándole el hombro, chupa las tres gotas de sangre, pide explicación, y como Juan no las daba, pierde la paciencia y lo manda matar. Al subir al patíbulo, Juan habla y se convierte en piedra. El rey lamenta su ceguedad y conserva la estatua. La princesa da á luz dos hijos; crecen éstos, y un día que el rey está jugando con ellos cerca de la estatua, se lamenta de nuevo de su ingratitud. La estatua le dice entonces que si quiere devolverle la vida, ha de cortar la cabeza á sus hijos y con la sangre frotar la piedra. El rey se apena, pero no duda; corta la cabeza á sus hijos, y frotando con la sangre la estatua, ve que ésta recobra el movimiento y desciende del pedestal, y viendo que el rey miraba con pena á sus hijos, le dice: — Toda acción buena tendrá su recompensa,—y cogiendo las cabezas de los niños las unió al tronco respectivo, frotando alrededor con la misma sangre, y los niños se levantaron y se pusieron á jugar como antes. El rey abrazó entonces á Juan y á sus hijos y vivieron felices.

XX

EL CASTILLO DE LAS PUERTAS *CALÁS*

Pues señor, esta vez era un pobre leñador que todos los días iba al campo á coger una carguita de leña y luego la vendía con lo que se iban manteniendo él y un hijo que tenía que se llamaba Antonio.

Pues sucedió que un día fué al monte á coger su leña, y al tirar de una mata se le apareció una culebra, y le dijo:

—¿Por qué arrancas esa mata que son mis cabellos?

—Usted perdone,—dijo el pobre viejo,—pero yo no lo sabía y ando buscando leña para hacer una carguita con que mantenerme y mantener á mi hijo.

—Te perdono,—le dijo la culebra,—con la condición de que me has de traer tu hijo. Si haces lo que te digo, seréis los dos felices, pero si no lo haces, moriréis.

Pues señor, que el pobre hombre se fué á su casa tan triste, que su hijo lo conoció y le preguntó qué le había pasado. El padre no quería decírselo, pero tanto porfió el hijo, que al fin se lo contó todo.

—Pues por eso no se apure usted,—dijo Antonio,—que yo me voy. ¡Quién sabe si será esa mi felicidad!



Se prepararon, y al día siguiente salieron para el monte, y al llegar al sitio, se apareció la culebra y le dijo:

—Has cumplido tu palabra y yo cumpliré la mía. Dentro de un año irá tu hijo á verte; entre tanto, yo cuidaré de que nada te falte.

Se fué el padre, y entonces se abrió la tierra dejando ver una cueva. Por allí se metió la culebra y Antonio trás de ella hasta que llegaron á un palacio muy hermoso. La culebra le dijo:

—Aquí vivirás durante un año; no tienes que hacer más que comer y beber y divertirte, pero no verás á nadie hasta que pase el año y vayas á ver á tu familia.

Desapareció la culebra y su quedó solo; recorrió el palacio y los jardines, y vió que nada faltaba de lo que pudiera desear. La mesa estaba siempre puesta y llena de manjares de todas clases; el jardín lleno de flores y en la alcoba una cama muy hermosa como él no la había visto nunca. Como no podía salir, pronto se acostumbró á aquella vida aunque no veía nunca á nadie. Sólo de noche notaba que á poco de acostarse, después de apagada la luz, una persona se acostaba con él, pero no pudo verla nunca porque antes que fuera de día se levantaba y se iba. Algunas veces había él intentado levantarse, pero siempre se encontraba sujeto como indicándole que no se levantara.

Llegó el tiempo de salir, y se presentó la culebra que le dijo:

—Ha pasado el año porque viniste y tengo que cumplir

la palabra que dí á tu padre de que irías á verlo. Vas á ir á tu casa y á los tres días te has de volver; pero cuidado como les cuentas nada de lo que aquí te pasa, porque entonces el daño será para tí, pues comprometes tu felicidad.

Antonio lo prometió así y se fué á su casa. Sus padres se pusieron tan contentos al verlo y lo marearon á preguntas, pero él les dijo que estaba muy bien, que no le faltaba nada, pero que no le preguntaran más porque no podía decirlo. Los padres se conformaron con lo que Antonio les dijo, pero la abuela se propuso saber lo que había en el palacio, y tanto porfió, que el nieto se lo contó todo.

—Pues mira,—le dijo la abuela cuando se iba,—toma esta velita y avíos de encender; así que por la noche te acuestes, cuando tú sientas que la persona que duerme contigo está dormida, enciendes la vela para ver quién es.

Cogió él su velita y sus avíos y se fué al sitio. Cuando llegó, ya estaba esperándolo la culebra; se abrió la tierra y entraron en el palacio. Allí empezó á hacer la misma vida que antes, y una noche que se acordó del encargo que le dió su abuela, así que sintió dormida la persona que se acostaba á su lado, sacó los avíos y encendió la velita. Conforme se encendió, se quedó asombrado al ver que la que dormía con él era una mujer hermosísima que no tenía igual en el mundo. Él, al verla, se le fué el santo al cielo y se quedó embobado; así es que la vela se corrió y cayó una gota de cera en el pecho de la dormida.

Entonces despertó la joven, y levantándose, le dijo:

—Estabas á punto de ser feliz y has retrasado tu felicidad. No la has perdido del todo por haber pasado aquí un año, pero no volverás á verme hasta que encuentres el castillo de las *Puertas calás que se abren y se cierran.* Para llegar á él tienes que romper dos pares de zapatos de hierro.

Se fué la joven y en el mismo instante desapareció el palacio y Antonio se encontró solo en medio del campo. Fué á su casa, y despidiéndose de su familia, compró dos pares de zapatos de hierro y se puso á buscar el castillo de las *Puertas calás.*

Echó á andar, andar, y al cabo de mucho tiempo divisó un castillo y se llegó á ver si querían recogerlo. Salió una vieja, y le dijo:

—¿Quién te envía por aquí que tan mal te quiere?

—¡Ay, señora! vengo buscando el castillo de las *Puertas calás que se abren y se cierran.*

—Yo no sé dónde estará, pero entra que mi hijo el Norte lo sabrá; pero escóndete porque cuando llega no le gusta ver á nadie.

Se escondió en un cuarto y á poco se sintió un viento muy frío y era que llegaba el viento Norte, que al entrar, dijo á su madre:

—A carne humana me huele, sinó me la das, te mato.

—¡Ay hijo mío! es un pobrecito que viene buscando el

castillo de las *Puertas calás que se abren y se cierran*, y yo le dije que tú tal vez lo sabrías.

—Pues yo no he visto nunca ese castillo, pero quizá lo sepa mi hermano el aire Solano.

Al día siguiente se puso otra vez en camino, y andar, andar, divisó el castillo del aire Solano. Se dirigió allí y salió otra vieja que le preguntó:

—¿Quién te envía por aquí que tan mal te quiere?

—Vengo buscando el castillo de las *Puertas calás.*

—Yo no sé donde está ese castillo; mi hijo el aire Solano lo sabrá, pero escóndete que no te vea cuando llegue.

Se escondió y á poco llegó el aire Solano que dijo á su madre:

—A carne humana me huele, sinó me la das, te mato.

—¡Ay, hijo mío! es un pobrecito que ha mandado tu hermano el Norte á ver si sabes donde se halla el castillo de las *Puertas calás que se abren y se cierran.*

—Pues yo no lo he visto nunca, pero es fácil que lo sepa mi hermano el Huracán.

Al día siguiente salió el pobre Antonio, y como tenía rotos los zapatos, se puso el otro par que llevaba, y andar, andar, al cabo de mucho tiempo divisó otro castillo, y llegándose á él, llamó. Salió una vieja que le dijo:

—¿Quién te trae por aquí qué tan mal te quiere?

—Vengo en busca del castillo de las *Puertas calás.*

—Yo no sé donde se encuentra, pero quizá lo sepa mi hijo el Huracán que vendrá pronto, pero escóndete en este

cuarto que no te vea al llegar porque no le gusta encontrar aquí á nadie.

Se escondió Antonio, y al poco tiempo sintió un ruido que parecía que el castillo se venía abajo. En esto llegó el Huracán, y le dijo á la vieja:

—A carne humana me huele, sinó me la das, te mato.

—¡Ay, hijo mío! es un jovencito que viene buscando el castillo de las *Puertas calás que se cierran y se abren*, y tu hermano el Solano le ha dicho que tú lo sabrías donde está.

—Precisamente acabo de pasar por él y he hecho un destrozo de cristales flojo, y eso que todos los habían puesto nuevos porque dentro de unos días se casa la princesa.

El muchacho que oyó esto, así que fué de día se puso en camino, y andar, andar, cuando ya se le rompieron los zapatos, divisó el castillo. Fué acercándose y así que llegó conoció que era aquel el castillo que buscaba porque tenía unas *puertas calás* con unas labores lindísimas y que estaban abriéndose y cerrándose continuamente.

Se llegó á la puerta y dijo que quería ver á la princesa, pero el portero le dijo que no se le podía ver porque estaba muy ocupada, pues se casaba al día siguiente. Entonces Antonio sacó una carta que llevaba y le rogó al portero que se la llevara á la princesa. Llevó el portero la carta, y al poco tiempo salió la princesa al balcón y Antonio vió que era la misma joven que él vió en su cama en el palacio encantado.

La princesa le llamó y Antonio le dijo que venía á buscar-

la, y puesto que él había roto ya los dos pares de zapatos, que esperaba que le cumpliera la palabra de hacerlo feliz.

La princesa le dijo que aquella noche viniese á verla y que ella le cumpliría su palabra.

Pues señor, que así lo hizo; cuando oscureció, llegó al palacio y mandó avisar á la princesa. La joven que le quería á él y que se iba á casar por darle gusto á su padre, le hizo entrar, y escondiéndolo detrás de una puerta, entró ella en la sala donde estaban sus padres con toda la reunión. Se sentó junto al rey y le dijo:

— Señor, yo tenía un arca que tenía una llave que me gustaba mucho, pero se me perdió y tuve que mandar hacer otra. Ahora resulta que ha parecido la perdida. ¿Cuál debo usar, la vieja ó la nueva?

—La vieja, que es la suya primitiva,—dijo el rey.

Entonces la princesa, dirigiéndose á la puerta donde estaba Antonio escondido, la abrió diciendo:

—Pase usted, mozo, que usted es mi esposo.

Entonces le contó á su padre que aquel era el joven que la había acompañado en su encantamento y el rey los casó: el otro novio se tuvo que ir con la música á otra parte. *Y se acabó mi cuento con pan y pimiento, y quien no lo quiera creer, que se quede tuerto.*

Y. (ZAFRA)



XXI

HIERRO, PLOMO Y ACERO

Pues señor, esta vez eran dos hermanos, uno varón y otra hembra. A la hermana la pretendía un gigante, pero el hermano no quería, así que el gigante, solo iba cuando él no estaba en casa, pero esto sucedía casi siempre, porque él tenía tres perros muy buenos, que se llamaban: uno Hierro, otro Plomo y el otro Acero, y todos los días se iba con ellos á caza.

Pues señor, el gigante, viendo que no lo quería el hermano de la novia, le dijo un día:

— Mira, es preciso que nos libremos de tu hermano. Mañana te vas con él al jardín y te pones á espulgarlo debajo del naranjo, luego le pides que te coja una naranja, y como están muy altas, así que suba, yo saldré y zamarreo el árbol para que se caiga y se mate.

Así fué, al día siguiente salieron al jardín los dos hermanos, y sentándose ella debajo de un naranjo, le dijo:

—Siéntate aquí, que te voy á espulgar.

Se sentó, y así que pasó un rato, dijo la hermana que

quería que le alcanzase una naranja; él le dijo que estaban muy altas y era muy expuesto el subirse, pero ella se empeñó en ello, y como él la quería mucho, subió al naranjo por ella.

Así que estaba en lo alto, salió de pronto el gigante y se puso á zamarrear el árbol, pero entonces el hermano dijo:

—Hierro, Plomo, Acero; á él.

Aparecieron al instante los tres perros, que abalanzándose al gigante le *zalearon* (1) bien, hasta que su amo bajó y les mandó que lo dejaran.

El gigante se fué rabiando y él le riñó á su hermana por haberle dejado entrar, pero ella dijo que no lo había visto.

Pasó otro poco tiempo, y como él siguió oponiéndose á las relaciones con el gigante, entre éste y la hermana, convinieron en matarlo para quedarse ellos solos. Un día, el gigante, vino y le dijo:

—Toma esta caja, cuando tu hermano venga á comer, le echas en la comida los polvos que hay dentro.

Pues señor, que ella quedó conforme, y así que vino el hermano, echó los polvos en la comida y puso la mesa. Como ella no se sentó, el hermano le preguntó que si no comía, pero ella contestó, que comiera él, que ella ya había comido.

Se puso á comer, y antes echó un poco de comida en un

---

(1) *Zalear*, verbo que reemplaza á *destrozar*.

plato y se la puso á los perros, pero éstos, no quisieron comer y empezaron á ladrar. Esto le llamó la atención, y llamando al gato le puso el plato, pero así que comió se quedó muerto. Entonces se levantó y le dijo á la hermana:

—Me voy á correr mundo y dejo esta casa; por dos veces has querido matarme, y mis perros me han librado. ¡Quién sabe si á la tercera no podría ser eso!

La hermana trató de convencerlo de lo contrario, pero él no le hizo caso y se fué. Se salió al campo y empezó á andar, andar, hasta que llegó á una ciudad en que estaba la gente muy alborotada y muy triste. Preguntó la causa, y le dijeron que estaban todos tan tristes, porque desde hacía algún tiempo, venía una serpiente de siete cabezas que todos los días se comía una moza soltera, y como ya no había ninguna en la ciudad, que le tocaba á la hija del rey, que era la única que quedaba. Preguntó dónde estaba la princesa, y allá se encaminó con sus perros.

La princesa estaba muy triste, y cuando él llegó, le dijo que no tuviera pena, que él iba á salvarla, pero la princesa le dijo que eso era imposible, y bien se conocía que era forastero y no conocía la serpiente, que era un bicho tan feroz que nadie se atrevía con ella; pero él dijo que estaba dispuesto á salvarla ó á morir, y que allí se quedaba.

Pues señor, que al poco tiempo de estar allí, se oyó un ruido muy grande, y la princesa se puso á temblar, hasta que apareció una serpiente con siete cabezas, tan grande,

que daba miedo el mirarla. Cuando ya estaba cerca, se volvió á sus perros y dijo:

—A ella, Hierro.

El perro nombrado, se avanzó á la serpiente, pero como era tan grande, no podía con ella; así que él vió esto, dijo:

—A ella, Plomo.

El segundo perro cargó sobre la serpiente, que con aquella doble carga empezó á bramar y á sentirse acosada, pero hizo un esfuerzo y ya casi los tenía vencidos, cuando el joven le dijo al otro perro.

—Vamos á ella, Acero.

Cargó el tercer perro, y como ya la serpiente estaba cansada, no pudo defenderse de los tres y la mataron. Entonces la princesa le rogó que fuera con ella á palacio, pero él le dijo que entonces no podía ser, pero que ya volvería, y cortándole á la serpiente las siete lenguas, las envolvió en un pañuelo y se fué con sus perros.

A poco de irse, llegó un negro que lo había estado viendo todo, y cortándole las siete cabezas, las guardó, y cogiendo á la princesa, la amenazó de muerte si decía al rey que no había sido él el que había matado la serpiente. La princesa le cogió miedo, y no se atrevió á contradecir al negro por temor de que la matara, y como él le dijo al rey que él había salvado á su hija, y el rey tenía ofrecido el casarla con el que matara la serpiente, se dispuso el casamiento.

Pues señor, que á ruegos de la princesa, se aplazó la boda

por un año, y entre tanto, el dueño de los perros, que había estado viajando, regresó á la ciudad otra vez, y como la vió muy engalanada y había muchas fiestas, preguntó lo que pasaba, y entonces le dijeron que aquello era porque se casaba la princesa con un negro.

—¿Y por qué se casa con un negro, siendo princesa?—preguntó.

—Porque hace un año, que venía una serpiente de siete cabezas, y se comía todos los días una moza soltera, y cuando le tocó á la princesa, el rey ofreció que el que matara la serpiente, se casaría con su hija, y como la mató un negro y palabra de rey no tiene vuelta, no tiene más remedio que casarla, aunque es una lástima que una moza tan guapa se case con un negro tan feo.

—¿Y cuándo se casa?

—Para esta noche está dispuesto el casamiento y tienen una gran cena en palacio.

Pues señor, que así que llegó la hora y él supo que estaban cenando, le dijo á uno de los perros:

—Hierro, ve á palacio, dale una *bofetá* al negro y tráete el plato en que está comiendo.

Salió el perro, llegó donde estaban cenando, le dió al negro la *bofetá*, y quitándole el plato, salió como una exhalación. Los guardias del palacio salieron tras él; pero se les perdió en seguida y no pudieron alcanzarlo.

Así que llegó Hierro, le dió el mismo encargo á Plomo,

que hizo lo mismo, sin que pudieran cogerlo. Entonces se volvió al otro perro y le dijo:

—Ve tú ahora, Acero, le das una *bofetá* buena al negro, le quitas el plato y te vienes corriendo; pero no corras mucho para que puedan ver dónde entras.

Así fué; llegó Acero, *le zumbó* al negro un manotón, y cogiéndole el plato, salió á escape, pero siempre, dejándose ver para que los guardias del palacio pudieran seguirlo. Así que le vieron entrar en la posada, llegaron ellos y preguntaron:

—¿Quién es el amo de este perro?

—Yo soy—contestó el joven.

—Pues de parte de S. R. M., que se llegue usted inmediatamente á palacio.

—Pues dígale usted á S. R. M. que el mismo terreno hay desde aquí allí que desde allí aquí, y como yo no lo necesito, que venga él. Se fueron los guardias y contaron al rey lo que les había sucedido, y por encargo del rey volvieron y le dijeron:

—De parte de S. R. M. que haga usted el favor de llegarse á palacio.

—Ahora sí que voy—dijo él, y cogiendo sus perros, fué á palacio.

Así que lo vió entrar la princesa, lo conoció; pero no se atrevió á decir nada por miedo al negro. Este, por su parte, también lo había conocido; pero como él había cortado las cabezas, le era fácil hacerlo pasar por un impos-

tor, si se atrevía á decir que él había matado la serpiente.

El rey, así que le vió llegar, lo llamó para preguntarle:

—¿Es usted el dueño de estos tres perros?—le dijo.

—Sí, señor—contestó él,—y lo que han hecho se lo he mandado yo.

—¿Y por qué ha hecho usted eso?—dijo el rey.

—Porque ese hombre está ocupando un puesto que no le pertenece; ha dicho que él ha matado la serpiente, y es falso, porque el que la he matado he sido yo.

El negro se levantó y dijo:

—Eso que dice este hombre es falso, y para probárselo, mande S. R. M. traer las siete cabezas de la serpiente.

El rey mandó que las trajesen, y así que vinieron, le dijo:

—Estas cabezas las cortó el que se va á casar con mi hija, lo que prueba que él mató la serpiente. ¿Qué dice usted á esto?

—Que mire S. R. M. si esas cabezas tienen lengua.

El rey las miró y luego dijo:

—Efectivamente, no tienen lengua.

Entonces el joven sacó el pañuelo, y presentando las siete lenguas dijo:

—Las lenguas son éstas, que las corté yo mismo; ahora vea S. R. M. quién mató la serpiente, si el que cortó las lenguas ó el que cortó después las cabezas.

La princesa, viendo que se ponía todo en claro y que ya no tenía que temer del negro, se acercó á su padre y le dijo

que lo que aquel hombre decía era la verdad; que él, ayudado de sus perros, había matado la serpiente; que después vino el negro y le cortó las cabezas, amenazándola á ella de muerte si decía que no la había él matado.

Entonces el rey, viendo que el negro era un falsario, lo mandó prender y le preguntó al joven qué se hacía con él.

—Atarlo á la cola de un caballo silvestre y dejarlo ir.

Así lo hicieron, y entonces el joven se casó con la princesa.

Pues señor, que el negro tenía una hermana sirviendo en el palacio, y para vengarse de él, que había descubierto á su hermano, fué y compró tres púas de acero á una hechicera y las puso en la cama del príncipe. Cuando éste fué á acostarse se las clavó, y cuando fueron á llamarlo lo encontraron muerto.

Como todos lo querían mucho, todo el mundo sintió la muerte, y sobre todo el rey y la princesa, que estaba inconsolable. Los tres perros no hacían más que aullar y no había quien los quitara del lado de su amo. Lo meten en la caja y lo ponen de cuerpo presente, velándolo todos, y sobre todo los tres perros al pie de la caja. A la media noche vieron que se levanta Hierro, y cogiendo una vela se llegó á la caja y con los dientes le arrancó una púa, dejándola caer en la caja. El difunto se estremeció, pero nadie se atrevió á moverse. El perro se fué á su sitio, y se levantó Plomo é hizo

la misma operación, sacándole otra púa. Por fin se levantó Acero, cogió su vela, se acercó al ataud, y arrancándole otra púa, la dejó también en la caja y se fué á enroscar á su sitio. Entonces vieron todos que el príncipe se levantaba y preguntaba por qué estaba él de aquel modo. Al momento corrió la voz de que había resucitado y todos se pusieron tan contentos; mas como había llamado la atención lo que habían hecho los perros, miraron la caja y vieron las tres puntas, comprendiendo lo que había pasado.

Hicieron averiguaciones y se supo que había sido la negra quien lo había hecho en venganza de la muerte de su hermano, y entonces la prenden y le mandan dar el mismo castigo que al negro.

Y se acabó mi cuento con pan y rábano tuerto.

J. (Alange)

(VARIANTE)

LOS TRES PERROS

Pues señor, esta vez eran tres viudas y cada una tenía un hijo. Eran pobres, y para mantenerse sólo contaban, una con tres vacas, otra con tres ovejas y la otra con tres cochinos. Todos los días iban los tres muchachos á llevar el ganado al campo, y siempre iban juntos y comían juntos, pero siempre en la comida había cuestiones sobre si tú traes más ó traes menos que nosotros.

La comida de por sí no era muy abundante, y se reducía por lo general á pan y queso; pero sucedió que el de las ovejas y el de los cochinos, que eran los más pobres, no podían llevar mucho, pero él de las vacas, que era el que más podía llevar, siempre llevaba menos, porque la madre todo lo quería para ella, y al muchacho lo traía siempre á *matahambre*.

Aquel día llevaba menos que ningún día, y al reunir el pan y el queso, los otros no se conformaron, y sobre si tu madre es una roñosa y te ha dado más ó te ha dado menos, armaron una, que no podían entenderse y por poco se pe-

gan. Estando en la disputa, acertó á pasar por allí un viejecito y lo llamaron. Así que llegó le dijo el de los cerdos:

—Mire usted, nosotros traemos todos los días la comida y la reunimos; pero hoy éste trae muy poco y quiere también que la juntemos; ¿no es verdad que la nuestra es mayor que la suya?

—Hombre, no—contestó el viejo;—las tres son casi iguales. Dadme á mí de limosna un poquito de la vuestra, que estoy muerto de necesidad, y con eso quedáis iguales, y ya no tenéis que reñir.

—De la mía, no—dijo el de los cerdos;—¡con que no hay bastante para nosotros, y le vamos á dar á usted!...

—Pues de la mía tampoco—dijo el de las ovejas,—y los dos recogieron su merienda.

—Pues tome usted toda la mía—dijo el de las vacas,—y encima le voy á ordeñar á usted una vaca, aunque luego me pegue mi madre.

—¿Y por qué te ha de pegar?

—¡Toma! porque quiere que siempre lleven las tetas llenas, y como en seguida que llegue las ha de registrar, al momento averigua que he sacado leche. ¡Buen olfato tiene!

—Vamos á ver, ¿á tí no te gustan los perros?

—Ya lo creo que me gustan—contestó el muchacho.

—Pues voy á enseñarte tres que tengo.

Y diciendo y haciendo, el viejo silbó y se aparecieron corriendo tres perros á cual más preciosos.

—¡Carámbili, qué bonitos son!—dijo el vaquero.

—¿Quieres que los cambiemos por las vacas?—le dijo el viejo.

—¡Cristiano! calle usted la boca—contestó el muchacho, —pues era floja somanta la que á mí me esperaba cuando mi madre me viera ir sin las vacas. Y cuidado que son bonitos los perros.

—Pues mira, cuando vayas esta noche á casa, se lo dices á tu madre á ver qué te dice, y yo vendré mañana.

Se marchó el viejo, y cuando llegó la hora, los tres muchachos recogieron su ganado y se fueron á casa.

—Si viera usted, madre—dijo á la suya el vaquero—qué tres perros tan bonitos llevó allí hoy un hombre! ¿Quiere usted que los cambie por las vacas?

—¡Grandísimo bribón!—dijo la madre,—con que encima de que te has bebido hoy la leche de una vaca, quieres ahora cambiarlas por tres perros? Como me vuelvas á hablar de eso, doy fin de tí.

El muchacho empezó á porfiar, hasta que la madre perdió la paciencia y le dió una *juella* como para él solo.

Por la mañana se levantó, sacó las vacas, cogió la merienda y se fué al campo. Al poco tiempo llegó el viejo.

—Vamos á ver, ¿le dijistes eso á tu madre?

—Ya lo creo, como que me costó una paliza que aún tengo las costillas calientes.

—Pues lo siento—dijo el viejo;—porque con estos pe-

rros conseguirías todo lo que quisieras y nunca te faltaría que comer, porque ellos saben buscarlo donde lo hay.

—Pues mire usted, vamos á cambiarlos y ya veré cómo me las arreglo con mi madre.

—Llamó entonces el viejo y acudieron los perros, y señalando uno á uno le dijo al muchacho:

—Mira, éste se llama Sol, éste Luna y éste Lucero; cuando quieras algo, no tienes más que mandárselo, que ellos lo harán.

Cogió el viejo las vacas y salió andando, y el muchacho llamó á sus perros y se fué para casa. A la mitad del camino los perros se adelantaron y llegaron antes que él. Al entrar en la casa, se metieron por todas partes, destrozándolo todo, y se comieron hasta la torcida de los candiles.

—¡Ay, qué poquísima vergüenza!—dijo la madre al ver aquel destrozo;—esto es que el tuno de mi hijo ha cambiado las vacas por estos tres malditos perros. Déjate que venga, que hoy va á ser el último día de su vida.

Cogió una vara y esperó á su hijo: así que lo vió llegar, le dijo:

—Real tuno, bribón, sin vergüenza; el trastorno que has venido á traer á mi casa. Entra, que yo voy á darte perritos; entra para dentro.

El muchacho que vió el pleito mal parado, y que sabía que si entraba le iba á salir caro, dijo desde la puerta:

—Mi Sol, mi Luna, mi Lucero, venirse detrás de vuestro amo nuevo.

Salieron en seguida los tres perros, y los cuatro se fueron del pueblo, dejando á la madre furiosa porque no había podido darle una felpa al hijo.

Ya en el campo, empezaron á andar á la ventura un día y otro día, y cuando tenía hambre mandaba á los perros que buscaran comida, y ellos la traían, sin que él se cuidara de averiguar dónde iban por ella.

Pues señor, que ya llevaban andado muchas leguas, cuando un día al pasar por una sierra, se encontró á un hombre que iba en dirección contraria, y le preguntó:

—¿De dónde se viene, amigo?

—Vengo de Madrid—contestó el viajero.

—¿Y qué pasa por Madrid?

—Hombre, allí están todos metidos en un puño, porque hace algún tiempo se presentó una serpiente de siete cabezas, que amenazaba destruirlos si no le daban todos los días una moza soltera. Desde aquel día le han venido dando una, y la fiera, después de comérsela, se retiraba. Pero es el caso que ya no queda más que la hija del rey, y es preciso que mañana se la entreguen; así que todo el mundo está abatido, porque pasado mañana no pueden darle ninguna y serán ellos devorados por la serpiente.

Se fué el hombre, y el vaquero siguió su camino, hasta que vió las torres de Madrid á la mañana siguiente. Así que llegó, se estuvo informando dónde estaba la hija del rey, y á la hora que llegaba la serpiente. Luego se dirigió al sitio

que le habían dicho, y encontró á la princesa atada á un árbol, y que era una moza que, ¡hasta allí!

La joven, así que vió á un hombre, le dijo que se fuera, que la serpiente no tardaría en llegar y sería devorado por ella.

—No tenga usted miedo,—dijo él,—tengo ganas de ver yo á ese monstruo, á ver si es tan terrible como dicen.

La princesa le rogaba de nuevo que se fuera, y estando en esto, se oyó un bramido terrible.

—Ya viene,—dijo la princesa,—váyase usted si no quiere morir.

El joven no hizo caso, y se oyeron otros dos bramidos más cerca, y apareció, por fin, la serpiente, que tenía siete cabezas y era efectivamente horrible.

La pobre princesa se quedó helada de terror, y el vaquero mandó á los perros que se pusieran delante de ella, diciéndole á ésta que no tuviese miedo.

La serpiente, al ver que le disputaban la presa, dió un bramido mayor que los otros, y fué á lanzarse sobre la princesa, al mismo tiempo que el vaquero decía:

—Mi Sol, mi Luna, mi Lucero,
Que á esta moza no le toquen al pelo.

Al oir la voz de su amo, los perros se arrojaron sobre la serpiente, y en un instante la mataron. La princesa, loca de

alegría, se arrojó á su cuello y le rogó que se fuera con ella á palacio, pero él le dijo que no, que se fuera ella, que él tenía que continuar su camino.

Entonces la princesa se quitó un anillo, y dándoselo, le dijo:

—Toma, mi padre tenía ofrecido casarme con aquel que me salvara la vida, el día que quieras hacer valer tu derecho, preséntate con él, y si lo renuncias, remítemelo con quien quieras; hasta tanto te aguardaré.

Se fué la princesa, y el joven, le cortó á la serpiente las siete lenguas y las guardó en un pañuelo; luego siguió su camino sin entrar en el palacio.

Llegó la princesa á palacio y se corrió la nueva de lo que había ocurrido, y, como la princesa había dicho que no conocía á su salvador, un negro que quería á la princesa, y fué uno de los que primero se enteraron, corrió al sitio donde estaba la serpiente, y cortándole las siete cabezas, se presentó con ellas en palacio, diciendo que él era el que la había matado, y que por consiguiente, reclamaba la mano de la princesa.

El rey no le agradaba mucho el casar su hija con un negro, pero como palabra de rey no tiene vuelta, y así lo había ofrecido; por más que la princesa juraba y perjuraba que aquél no era su salvador, dispuso el casamiento y lo publicó por todas partes.

Llega á oídos del vaquero, y cogiendo sus perros, se vino



á Madrid, llegando á una posada á recogerse, y como todo lo tenían ocupado, lo mandan al pajar.

Se informó de que aquella noche daban en palacio un banquete, y cuando á él le pareció oportuno, le dijo á uno de los perros:

—Mi Sol, llégate á palacio, y te traes todo lo que tienen para empezar la comida.

Sale mi Sol, y llegando á palacio, se metió en la cocina, y cogiendo todo lo que le había dicho su amo, salió de *zuta* para la posada.

Cuando el cocinero se apercibió de aquello, se armó una *trapatiesta* buena, pero ya era tarde para ver dónde había ído el perro.

Después mandó á mi Luna, para que se trajera todo lo demás que hubiera en la cocina.

El cocinero, que no sabía que hacerse con la falta de lo que se había llevado el perro, estaba echando cuentas y dando disposiciones, cuando observa que entra otro perro y cargó con todo lo demás que tenía preparado. Empieza á dar voces para que sujetaran el perro, pero, sí; ¡échale un galgo! desapareció en un decir Jesús.

El pobre hombre se desesperó y no daba pie con bola, porque se acercaba la hora de comer y no tenía nada preparado, ni había tiempo. ¿Y quién le decía al rey que no había comida?

En esto, oyó una de voces por todas partes, y salió á ver

qué era lo que había pasado. Era que el vaquero había mandado á Lucero que se llevase todos los postres, y así lo había hecho, dejando limpia la repostería, pero como quiera que habían puesto una guardia para si volvía, salieron persiguiéndolo, y no pudiendo alcanzarlo, se armó una de tiros que ardía el mundo. Pero los tiros, en lugar de darle al perro, retrocedían y herían á los mismos que los tiraban, convirtiéndose la calle al poco tiempo, en un campo de Agramante. Por todas partes se oían gritos y ayes de los soldados heridos.

El rey y la corte, no se habían enterado de nada, y como era hora del banquete, el rey pidió la comida, y entonces, no tuvieron más remedio que contarle lo que había sucedido. La princesa que estaba delante, dijo que inmediatamente buscasen los perros y el amo, y los trajesen á palacio de grado ó por fuerza.

Salen emisarios por todas partes, y llegan á la posada donde estaba el vaquero y los tres perros, y viendo allí la comida, no tuvieron más que preguntar si eran ellos, y le dijeron al joven, que de orden del rey, que fuese con los perros á palacio.

Van á palacio, y cuando entraron en el salón del banquete, los tres perros se pusieron á acariciar á la princesa y á gruñir al negro. El rey le preguntó al joven:

—¿Eres tú el amo de estos perros?

—Sí, señor,—contestó él.



—¿Y tú, no sabes que nos han dejado sin comer?

—Si ellos lo han hecho, es porque yo se lo he mandado.

—Pero, hombre, si deseabas comida, lo hubieras dicho y te se hubiera dado; pero no llevarte toda la que había en palacio. ¿Qué idea ha sido la tuya?

—Señor, yo tenía que comer, pero yo deseaba que su real majestad me llamase, y lo he conseguido de ese modo.

—¿Qué es lo que deseas de mí?

—Quería decir á S. R. M. que en la mesa del banquete hay un hombre que usurpa un puesto que no le pertenece, y ese hombre es el que pretende casarse con la princesa.

—Esa acusación es grave—dijo el rey;—yo ofrecí darle mi hija al que nos librara de la serpiente, y él nos ha librado.

—La serpiente la he matado yo—dijo el joven.

—Eso es falso—gritó el negro;—la serpiente la maté yo y he presentado las pruebas.

—Es verdad—dijo el rey,—ha presentado las cabezas.

Y el rey mandó traer las cabezas y las presentó para que las examinase.

—Vea S. R. M.—dijo el vaquero—si esas cabezas presentadas por el negro tienen lenguas.

—Efectivamente—dijo el rey después de examinarlas,—que las lenguas han sido cortadas.

—Las lenguas—dijo el negro—se las corté yo y las tiré.

—Las lenguas se las corté yo cuando maté á la serpiente con ayuda de mis perros—dijo el joven,—dejando lo de-

más del bicho, y en prueba de ello aquí están las lenguas.

Todos los presentes se inclinaban á dar la razón al joven contra el negro, y el rey estaba indeciso, cuando el vaquero dijo:

—Hay otra prueba más.—Y dirigiéndose á la hija del rey, le dijo:—Princesa, cuando murió la serpiente, ¿qué le dísteis al matador como recuerdo y prueba de la muerte?

—Le dí mi anillo con las armas reales—contestó la princesa.

—Pues aquí está el anillo—dijo el vaquero presentándolo;—ahora S. R. M. decidirá:

El rey se volvió á los guardias y dijo:

—Prended al negro como impostor y llevadlo á un calabozo hasta que yo disponga.

El negro quiso defenderse al verse perdido, pero no le dieron tiempo, y atándolo codo con codo, lo llevaron al calabozo.

Entonces el vaquero mandó á los perros que trajesen la comida que se habían llevado, y siguió el banquete, ocupando él el sitio del negro con gran contento de la princesa, del rey y de todos los demás convidados. Se celebraron las bodas, y el vaquerito, acordándose que la pobre de su madre estaría sola y sin bienes, la mandó llamar.

Entre tanto, el rey mandó que ataran al negro á cuatro potros cerriles para que lo despedazaran. Así lo hicieron, y al separarse los potros, se cayó en el suelo la asadura del negro.



Aquel mismo día llegaba la madre del recién casado, y al pasar por aquel sitio y ver la asadura, preguntó de qué era aquello. Le contaron la historia del negro, y como no se le había quitado el resentimiento con el hijo, cogió el corazón del negro y lo guardó.

Llegó á palacio, y después de la entrevista con el hijo, fué á su cuarto, y sacando el corazón lo metió bajo la almohada del lado donde se acostaba su hijo. Este se acostó sin desconfianza, y por la mañana amaneció muerto.

Nadie supo darse cuenta de aquella muerte, y la princesa, que lo quería mucho, estaba inconsolable.

Se hizo el entierro, y los perros, que no se habían movido del lado del cadáver, lo siguieron al cementerio. Cuando se retiraron todos, los perros escarbaron y sacaron el muerto. Después de esto, los perros se convierten en ángeles y el joven resucita. Le cuentan lo que ha pasado y le dicen de quién debe guardarse.

—Somos tres ángeles que te hemos estado guiando; ya eres feliz y nosotros nos retiramos; vuelve á tu palacio y obra siempre bien como hasta aquí.

Los ángeles lo bendicen y desaparecen; él vuelve al palacio con gran asombro de todos; mandó á su madre á su casa, dándole para comer toda su vida, y él vivió feliz muchos años con su mujer y sus hijos.

V. (Montijo)



NOTA 15.ª

El Sr. Adolpho Coelho, en sus tantas veces citada colección de «Contos Populares Portuguezes,» página 114, trae una versión de este cuento, señalado con el núm. XLIX, y titulado *A Bicha de sete cabeças.* Esta versión es enteramente igual á las dos variantes que presentamos con los números XXI y XXII, recogidas, la primera en Alange, y la segunda en el Montijo.

Otra versión recogida en Río Janeiro y Sergipe (Brasil), nos ofrece el Dr. D. Silvio Romero en su mencionada colección; la cual, en su segunda mitad es semejante á las versiones extremeñas, y sobre todo á la que nos contaron en Alange. La recogida por el Sr. Romero lleva el núm. XXIII, pág. 83, y la titula *João mais Maria.*



XXII

LOS DOS HERMANOS

Pues señor, esta vez era un matrimonio que tenía dos hijos. Uno se llamaba Periquito y otra Mariquita; y eran tan pobres, que no tenían para darles de comer; así es que siempre estaban llorando y dándoles ruido, porque querían pan y no tenían para dárselo. Un día, ya aburrido el padre, le dijo á la mujer:

—Mira, esto no se puede ya sufrir; estos niños, si seguimos así, se van á morir de hambre; yo voy al campo y me los llevaré; así que estemos en el monte, en terreno que ellos no conozcan, los dejo allí y me vengo; malo sea que luego no encuentren ellos un alma caritativa que los recoja y les dé de comer.

La madre no estaba muy conforme con el plan de su marido; pero como conocía que no le faltaba razón, se conformó y lo dejó hacer; pero sucedió que Periquito había estado escuchando la conversación, y cuando su padre le dijo por la mañana que iban á ir por leña, lo primero que hizo fué llenarse los bolsillos de salvados, y sin que lo viera su padre, los fué regando por todo el camino.

Así que llegaron al monte, el padre se puso á cortar leña y á los niños los mandó á coger nidos. Cuando los vió más entretenidos, cogió su leña y se marchó, dejándolos allí abandonados. Vinieron ellos á enseñar á su padre un nido que habían encontrado, y por más que buscaron y dieron voces, no pudieron encontrarlo, por lo que Mariquita se puso á llorar con mucho desconsuelo, y Periquito le dijo:

—No llores, que ahora nos iremos á casa nosotros.

—Es que nosotros no sabemos el camino.

—Sí lo sabemos; ya verás como lo encontramos.

Buscó entonces el reguero de los salvados, y así que lo encontró, lo fué siguiendo, siguiendo, hasta que llegaron á su casa.

Llegaron á buena hora, porque con la leña que había llevado su padre, la vendió y su madre había comprado una buena cena y echaba de menos á sus hijos; así que, cuando los vió llegar, se puso tan contenta. Pero pasaron unos días y volvieron á las andadas; el padre los llevó otra vez al monte; sólo que Periquito, que siempre andaba *oliendo donde guisaban*, se enteró del plan, y antes de irse, como no encontró salvados, vió unos pocos de garbanzos y se llenó los bolsillos. Todo el camino los fué regando sin que lo advirtiera su padre, y así cuando éste se volvió, dejándolos abandonados, buscó él el reguero de garbanzos y *pián*, *pián*, se fueron á casa los dos hermanos.

La madre se alegra de verlos, pero el padre decía:



—Yo no sé cómo estos demonios de muchachos han podido dar con el camino, pues hoy los llevé á otro sitio mucho más intrincado que la otra vez.

Le preguntaban á Periquito cómo era que había podido llegar á casa sin perderse; pero él se guardó muy bien de decir lo que había hecho, pues estaba seguro que su padre había de llevarlos otra vez, y si se lo decía estaban perdidos.

Pues señor, que á los pocos días el padre trató de llevarlos otra vez, y le decía á la madre:

—Ya verás cómo ahora no vuelven, pues yo los llevaré á un sitio que no puedan ellos conocer.

Pero no contó con la huéspeda, y era que Periquito, que no se le escapaba nada, lo había escuchado, y así que se levantó, como no había ya salvados ni garbanzos, encontró unos higos *pasaos* que tenía guardados su madre y se los guardó todos en el bolsillo. Así que salieron, Periquito iba detrás de su padre, y sin que lo notara iba sacando los higos, y á medida que andaban los iba tirando á un lado del camino. Cuando ya llegaron á un sitio muy montuoso que ellos no conocían, como al fin eran niños, se pusieron á jugar, y su padre, aprovechando un momento en que estaban distraídos, desapareció de pronto y los dejó solos. Así que lo echaron de menos, empezaron á buscarlo y viendo que no parecía, Mariquita se puso á llorar.

—No llores—le dijo su hermano,—que yo buscaré el camino y nos iremos á casa como otras veces.

Se puso á buscar el sitio por donde había tirado los higos, y por más que buscaba no encontraba ninguno; así que estaba desesperado. Entonces le preguntó Mariquita:

—¿Qué buscas, Periquito?

—Busco unos higos que vine tirando por el camino y que eran los que habían de conducirnos á casa.

Mariquita entonces redobló su llanto y su hermano quería consolarla diciéndole que no llorase, que ya encontrarían los higos y volverían á casa. Pero Mariquita le dijo:

—Es que los higos no los encontrarás, porque yo venía por el camino detrás de tí cuando tirabas los higos, y como tenía hambre, conforme tú los ibas tirando, yo los cogía y me los iba comiendo.

—Pues nos has perdido,—dijo Periquito,—porque yo no conozco este terreno y no podemos volver á casa. Pero sea lo que Dios quiera; aquí no podemos pasar la noche; saldremos del monte y veremos si encontramos alguna casa donde quieran recogernos.

Se pusieron en camino y andar, andar, ya estaban cansados y se iba acercando la noche, cuando vieron allá á lo lejos una lucecita; se dirigieron allí y encontraron una casa. Como estaba abierto y no veían á nadie entraron dentro, y cuando llegaron á la cocina, vieron una vieja que estaba *friyendo biñuelos*. Como los pobres estaban sin comer, tenían mucha hambre, y Mariquita le dijo á su hermano:

—Periquito, yo quería *biñuelos*, á ver si puedes coger uno.



Llegó Periquito por detrás de la vieja y cogió uno, y como vió que no le decía nada, siguió cogiendo más y entre los dos se los comían. Tantos cogió, que la vieja los echó de menos y se puso á *gruñir* diciendo:

—Estos *biñuelos* parece que se evaporan: mientras más frío menos hay, ¿qué es esto?

La vieja no había visto á Periquito coger los *biñuelos* porque era tuerta, precisamente del lado por donde el niño los cogía; ellos al ver que no los veía, se reían de la vieja y Periquito volvió á coger otros dos y se los comieron.

—Ahora voy yo, — dijo Mariquita.

Se acercó á cogerlos por el lado contrario, y como aquel era el del ojo bueno, la vió la vieja. Entonces soltó los hierros y se volvió á mirar quiénes eran, y dijo:

—¡Hola!, buenas piezas, ¿sóis vosotros los que os estábais comiendo los *biñuelos*? Ya decía yo que cada vez había menos. Vamos á ver, ¿de dónde venís?

Ellos entonces le contaron quiénes eran y de dónde venían, y entonces la vieja les dijo:

—Bueno, quedáos aquí conmigo, que no os faltará nada.

Los niños se pusieron tan contentos, estuvieron cenando y luego se acostaron, durmiendo como dos bienaventurados.

Aquella vieja era una mujer muy mala que se comía todos los niños que llegaban á su casa, así que se puso tan contenta al ver que tenía allí dos. Quiso empezar por Peri-

quito y fué á verlos cuando estaban dormidos, pero los encontró tan delgados, que dijo para sí:

—No, ahora no, que no tienen más que huesos; yo les daré de comer, y así que estén gordos, entonces.

Cogió á Periquito y bajó con él á una cueva muy oscura. Allí lo metió en una tinaja para que no pudiera escaparse, y todos los días le llevaba de comer cosas buenas para que se pusiera gordo. Como no tenía que hacer nada allí metido, entró una vez un ratón en la tinaja y lo cogió para entretenerse. Así que pasaron algunas semanas, un día que bajó la vieja á darle de comer, le dijo:

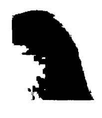
—Periquito, saca un dedo por este agujerito.

Pero el niño que se *caló* lo que la vieja quería, en vez del dedo asomó por el agujero el rabo del ratón, y como estaba oscura la cueva y no se veía, la vieja al tentar el rabo creyó que era el dedo, y dijo:

— Todavía está muy delgado, lo dejaremos unos días.

A los pocos días, cuando la vieja bajó entró también el gato, y oliendo el ratón saltó á la tinaja y se lo comió, con lo que Periquito se quedó tan disgustado por no tener que asomar por el agujero cuando la vieja viniera.

Efectivamente, pareciéndole ya bastante tiempo á la vieja, bajó un día con la comida y le dijo que asomara el dedo, y como ya no tenía el ratón, no tuvo más remedio que asomar el dedo y al tentarlo la vieja, dijo:



—Ya estás bien gordito y voy á sacarte de la tinaja para que vivas conmigo.

Sacó á Periquito y lo mandó por una carga de leña. Le dió un barril lleno de agua muy tapado y un pan, diciéndole que por la noche había de traer el pan entero y el barril lleno.

Pues señor, que salió Periquito y cuando llegó al monte se puso á cortar leña, y cuando acabó tenía mucha hambre; pero como la vieja le había dicho que trajera el pan entero, no se atrevía á tocarle y se puso á llorar.

En esto se le apareció un viejecito, y le dijo:

—¿Por qué lloras, niño?

Periquito le contó lo que le sucedía, y el viejo le dijo:

—No llores, come y bebe lo que quieras que no te pasará nada, porque cuando llegues á casa el pan estará entero y el barril lleno; pero mira, aquella vieja es muy mala y esta leña es para caldear el horno y tostarte en él. Así que el horno esté caliente, te dirá ella que te pongas á danzar en la pala; pero tú le dices que no sabes, que lo haga ella para verlo y luego lo harás tú. Así que ella se ponga á danzar le das un empujón y la metes en el horno, y luego con el *jurgunero* (1) y la pala le dáis para que no pueda salir, diciendo:

—Aquí San Juan, aquí San Pedro; tú con la pala y yo con el *jurgunero*.

(1) *Jurgunero* por *hurgonero*, *hurgón* (de *hurgar*) m. Instrumento de hierro para menear y revolver la lumbre. Diccionario de la Academia, 12.ª edición, 1884.



Luego cuando se queme la vieja saldrán del horno dos lebreles, los acaricias, y con ellos, que son muy cazadores, te ganarás la vida.

—Pues señor, que Periquito hizo caso de todo lo que le dijo el viejo, y cuando llegó á casa vió que el pan, á pesar de haberse comido la mitad, estaba entero y el barril lleno. Le contó todo á su hermana mientras la vieja calecía el horno, y así que los llamó fueron corriendo.

—Periquito,—le dijo la vieja,—antes de cenar, quiero que dances un poquito sobre la pala.

—Yo no sé danzar,—contestó Periquito,—si usted quiere decirme cómo se hace, yo lo aprenderé para hacerlo.

—Eso es muy fácil,—dijo la vieja,—ya verás. Y subiéndose en la pala, se puso á danzar sobre un pie.

Periquito, que estaba al cuidado, le dió tal empujón, que la metió de cabeza en el horno. La vieja dió un grito y trató de echarse fuera, pero Mariquita con la pala y Periquito con el *jurgunero*, la metieron para adentro, diciendo:

—Aquí San Juan, aquí San Pedro, tú con la pala y yo con el *jurgunero*.

La vieja no dejó de gritar, hasta que se oyó un *estampío* que apagó el horno y salieron dos lebreles preciosos que se pusieron á acariciar á los dos hermanos.

Pues señor, que ya, libres de la vieja, se quedaron allí viviendo, y los perros eran tan cazadores, que todos los días traían caza para comer y para vender, así que nada les hacía



falta; pero, como nunca faltan enemigos, había dos cazadores que tenían envidia á Periquito, porque veían que él siempre mataba y ellos no cazaban nada. Entonces determinaron matarlo, pero como los perros eran muy valientes y siempre lo acompañaban, pensaron primero quitarle los perros, y se llegaron á su casa y le dijeron á Mariquita, que como el día siguiente no les tuviera allí los perros, que mataban á su hermano.

La pobre Mariquita se asustó, y al día siguiente le rogó á su hermano que le dejase los perros, porque tenía miedo de quedarse sola. Periquito le dejo los perros y se fué solo á cazar.

Cuando llegaron los dos cazadores, Mariquita les dió los dos lebreles á cambio de que no le hicieran daño á su hermano. Ellos se llevaron los perros y los encerraron, tapándoles los oídos con algodones para si los llamaba su amo que no lo oyeran. Salieron luego y sorprendieron á Periquito, diciéndole que se preparara que iba á morir.

Periquito les pidió por favor que le dejaran dar tres voces; ellos creyeron que era para llamar á los perros, y como les habían tapado los oídos, no les dió cuidado en concedérselo, y le dijeron que las diera.

Entonces él, dijo:

—Aquí San Juan, aquí San Pedro, tú con la pala y yo con el *jurgunero*.

Los cazadores se echaron á reir, pero en el momento apa-

recieros los dos perros que abalanzándose á los dos cazadores los mataron, quedando Periquito libre.

Periquito fué á casa y se quejó á su hermana, pero Mariquita le contó lo que había pasado, y viendo que ella no tenía culpa de nada, la abrazó y vivieron contentos y dichosos por toda su vida.

S. (ZAFRA)

NOTA 16.ª

Semejante á este cuento, es la primera mitad del número XXIII de la colección de Silvio Romero, que ya citamos en la nota anterior; pues los brasileños, forman una sola historia de estos dos cuentos extremeños.

Enteramente igual á este cuento extremeño es la versión recogida en Coimbra, por el Sr. D. Adolpho Coelho, con el título de «Os meninos perdidos», y que se halla en la colección publicada por el ilustre folklorista portugués, con el n.º XXVIII, pág. 67. La versión portuguesa carece, sin embargo, del final de la extremeña, pormenor que se encuentra en el cuento brasileño á que nos referimos anteriormente.

Otra versión recogida en Airão (Portugal), por el señor D. Theóphilo Braga, es exactamente igual á las nuestras, sin más diferencia que, como la del Sr. Romero, incluye en ella el pueblo portugués el incidente de la serpiente de las siete cabezas, incidente que no se halla en el cuento extremeño. Véase la colección de *Contos Tradicionaes do povo portuguez*, tomo I, pág. 125, núm. 52.



XXIII

LA PEREGRINITA

Pues señor, que una vez era un hijo de un rey que estaba encantado en un palacio muy hermoso, y mientras durase el encantamento no podía irse de allí; pero le permitían que anduviese cazando por los alrededores.

Uno de los días que fué de caza, acertó á pasar por una casa de campo donde vió una joven tan guapa que ¡hasta allí! una moza que era la envidia de todas aquellas tierras.

El príncipe se enamoró de ella, y como era también muy guapo, no le pareció á ella saco de paja, y también se enamoró de él. El príncipe le dijo si quería ser su mujer, y como ella estuvo conforme, se la llevó á su encantamento, y allí la tenía rodeada de todo cuanto podía desear. Le dijo que pronto iba á cumplir el tiempo por que estaba encantado, y entonces se iría á su casa y se casaría con ella, pero que tuviera mucho cuidado de no dormir en el día que él se fuera, porque él no podía llamarla, y si lo llegaba á perder de vista no le sería fácil volverlo á ver.

Pues señor, que llegó el día en que se cumplía su encan-

tamento, y vino su padre por él en un coche. Antes de salir fué el príncipe á ver á la joven y se la encontró dormida; cogió una porción de flores y las echó alrededor de ella, y sacando un puñal con el mango de oro se lo puso en el pecho. Luego, como su padre lo estaba esperando, salió, y subiendo al coche salieron andando.

En el momento que salieron desapareció el palacio, y no quedó nada más que la joven dormida sobre la tierra. Con la sensación del frío despertó ella, y al verse sola comprendió que se había cumplido el tiempo del encantamento del príncipe y que éste se había ído durante su sueño.

Recogió las flores y el puñal, y guiándose por las señales de las ruedas siguió tras el coche. Al llegar á un alto divisó á lo lejos una nube de polvo y vió que era el coche donde iba el príncipe. Sigue corriendo detrás, pero no podía alcanzarlo, hasta que se encuentra con una peregrina. Le preguntó si había visto á los que iban en aquel coche, y por las señas que le dió conoció que uno de ellos era el príncipe. Le propuso á la peregrina que cambiara de traje, y como el suyo era muy bueno, no tuvo inconveniente.

Una vez con el traje de peregrina volvió á seguir su camino, y como el coche se había parado junto á una fuente para comer los viajeros, pudo alcanzarlo.

Apenas tuvo tiempo la peregrina de descansar un ratito, cuando el coche se puso otra vez en marcha. Pero el príncipe había visto á la peregrina hablar con la joven, y cre-





yendo que era la peregrina, pues no había observado el cambio de trajes, quería preguntarle por la joven para ver si era ella, y dió orden de que los caballos fueran al paso, con mucho disgusto del rey, que quería que fuesen corriendo; pero el príncipe dijo que iba estropeado y no le convenía el ir tan de prisa.

Así, como el coche andaba poco, le era fácil á la peregrina el seguirlo, y el príncipe, que deseaba hablar con ella, se asomó á la portezuela y le dijo:

—Peregrinita, ¿no estuvistes hablando en el camino con alguien?

—Sí, señor—contestó la peregrina—con una niña muy bonita.

—¿Y qué te decía aquella niña?

—¡Ay, pobrecita! Solo decía: «Caballero que me enramastes con rosas y flores ¡ay de mí! para olvidar mis amores.»

Le preguntó varias veces, porque le gustaba oirla hablar, y ella siempre le contestaba lo mismo, hasta que el rey, cansado de todo aquello, dió orden de que apretasen los caballos, pero el príncipe se opuso, á menos de que la peregrina entrase en el coche, pues de otro modo se bajaría él. El rey conoció que era un capricho de su hijo, y con tal de llegar pronto á palacio consintió que la peregrina entrase en el coche. Subió la peregrina, y por fin llegaron á palacio. El príncipe no la había reconocido, pero al oirla hablar le pare-

cía conocer el eco de voz, así que no quería dejarla ir y dió orden de que le destinasen una habitación en el palacio, cerca de la suya.

Pues vamos, que el rey tenía ya dispuesto el casamiento de su hijo con una princesa que aquel mismo día había llegado al palacio; así fué que al día siguiente le dijo al príncipe que iba á verificarse la boda. El príncipe pidió tiempo para pensarlo, pero el rey le dijo que no era posible, porque la novia había llegado con el acompañamiento y no podía hacérsele esperar, y que quieras que no, los casó al día siguiente. El príncipe estaba muy disgustado, pues se acordaba de la joven que había quedado abandonada en el campo. Por su parte la peregrina, que tenía esperanzas de que el príncipe acabaría por reconocerla, al verlo casado las perdió por completo y no quiso asistir á las fiestas.

Así que llegó la noche y se acabó el baile, la princesa se fué á acostar, pero el príncipe quiso antes ir á ver á la peregrinita, á ver si estaba enferma, pues no la había visto en todo el día. Llegó á su cuarto y lo encontró vacío, preguntó á los criados y ninguno la había visto, la buscó por todas partes, y al registrar el jardín, la encontró tendida en el suelo con un puñal clavado en el pecho, y á su rededor muchas flores esparcidas. Se inclinó sobre ella y vió su puñal con mango de oro, y descubriéndole la cara, reconoció á la joven que él quería.

Entonces, comprendiendo, por qué se había matado, dijo:





— Puesto que tú no has querido vivir sin mi amor, yo no quiero tampoco vivir sin el tuyo.

Y cogiendo el puñal, se lo clavó en el pecho, cayendo muerto al lado de la peregrina.

La princesa, que estaba aguardando á su esposo, viendo que tardaba mucho, se levantó para ver dónde estaba, fué al cuarto de la peregrina, temiendo que allí estuviera, pues sabía que había venido con ellos, y como no encontró á ninguno, se creyó que habrían huído, los buscó por todas partes, y al llegar al jardín y verlos muertos, tuvo celos de la peregrina, y cogiendo el puñal que el príncipe tenía en el pecho, se lo clavó ella, cayendo muerta á su lado.

Cuando se levantaron por la mañana los reyes, fueron á ver si se habían levantado los recién casados, y al ver que ya no estaban en su cuarto, bajaron al jardín, y cuál no fué su dolor al ver á los tres difuntos. La reina le echaba la culpa al rey, pues decía que, sabiendo que su hijo quería á la peregrina, se había empeñado en casarlo con otra mujer. El rey se disculpaba como podía, pero los dos estaban inconsolables.

Al poco tiempo ven bajar una paloma blanca, que después de revolotear alrededor de los muertos, se posó en tierra. La paloma, traía en el pico una cestita, que puso en el suelo. Todos sorprendidos, aguardaron á ver qué hacía.

En la cesta, traía un botecito con una pluma dentro. La paloma sacó la pluma, y con el líquido del bote, le dió al

príncipe en la herida, y éste se levantó bueno y sano, con gran sorpresa y alegría de todos los que lo presenciaban. La paloma se dirigió al príncipe, diciéndole:

—Traigo orden de volverle la vida á una de las muertas, elige entre las dos la que quieras.

El príncipe, contestó sin vacilar que la peregrina.

Entonces, la paloma cogió la pluma, y untando con ella en la herida de la peregrina, ésta recobró la vida. Luego, cogiendo la cestita, remontó el vuelo y desapareció de la vista de todos.

Los reyes hubieran deseado resucitar á la princesa, pero viendo que era imposible, porque la paloma se había llevado el botecito, se conformaron con tener á su hijo, y dispusieron con gran pompa el entierro de la princesa.

Acabado esto, el séquito de la princesa regresó á su país, á llevar la nueva de aquella desgracia, y el príncipe le dijo á sus padres, que no se casaría con nadie como no fuera con la peregrina. La reina, que no quería que volviese á suceder otra cosa como la anterior, convenció al rey, que accedió á ello, y pasados unos días, que se dedicaron al luto de la princesa, se casaron los dos jóvenes, siendo felices toda su vida, y como la peregrina, al par que guapa era muy buena, los reyes llegaron á quererla tanto como á su hijo.

Y se acabó mi cuento con pan y pimiento, quedando todos contentos, y yo que estaba allí, me dieron unos zapatos de manteca, que se me derritieron en el camino.

S. (ZAFRA)



NOTA 17.ª

El Sr. D. Silvio Romero, en su citada colección, pág. 42, trae un cuento con el núm. XII, titulado: *O principe cornudo*, del cual nos hemos ya ocupado por ser exactamente igual al núm. XV de este tomo. Ahora bien; el protagonista de este cuento, que es un papagayo y que en la versión extremeña cuenta un solo cuento dividido en tres partes, en la del señor Romero cuenta tres distintos, y el primero de ellos es enteramente igual al que hemos recogido en Extremadura con el título de *La Peregrinita*, que lleva en este tomo el núm. XXIV.

XXIV

EL PÁJARO DE LOS DIAMANTES

Pues señor, esta vez eran dos amigos que tenían el oficio de plateros y eran ricos, pero á uno de ellos le vino la suerte contraria y se quedó arruinado. Acudió al otro, pero éste era muy egoísta y le dijo que no podía favorecerle porque tenía dos hijos y necesitaba para ellos lo poco que tenía.

De modo que el pobre, viéndose sin recursos, solicitó la guardería de una dehesa, y habiéndola conseguido se fué á vivir á ella. Como era cazador, aprovechaba su escopeta en matar algunas piezas para su comida, que era lo que su amo le permitía. Un día vió un pájaro de unos colores tan bonitos que deseó cogerlo, y cargando la escopeta con pólvora sola, le tiró, teniendo la suerte de cogerle casi sin hacerle daño. Lo metió en una jaula, y cuando al día siguiente fué á echarle de comer, se encontró que en la camita ó nido que le había puesto había una piedra muy brillante que, como él era platero, conoció en seguida que era un diamante. No sabía él darse cuenta cómo había sido aquello, pero al día siguiente encontró otro igual, y después otro, hasta que



comprendió que el pájaro los ponía todos los días en lugar de huevos. Los llevó al platero, que se los compró, dándole por cada uno seis mil reales.

Viéndose con dinero renunció la guardería y se vino al pueblo, y como el pájaro seguía dándole diamantes, se puso rico. El platero que era muy ambicioso quiso saber de dónde sacaba aquellos diamantes, pero como su amigo no quiso decírselo, le dijo que los habría robado, y le amenazó con denunciarlo á la justicia como ladrón. El otro, indignado, para probarle que no eran robados, le contó lo que le había pasado.

Entonces el platero le propuso comprarle el pájaro, y el amigo le dijo que no; pero temiendo que el platero hiciera con él alguna trastada, como ya él estaba rico, dijo que se lo cambiaba si le cedía la casa y el establecimiento tal como estaba.

El platero, esperando ponerse pronto más rico que el otro con los diamantes del pájaro, dijo que bueno; cerró el trato, le cedió la casa y la platería, y él se llevó el pájaro.

Con los primeros diamantes que encontró en la jaula, los vendió y compró una casa, haciendo en el jardín una gran pajarera para el pájaro. Un día fué á verlo, y como el pájaro se estaba revolcando y levantó las alas, el platero le *vido* un letrero debajo de una. Cogió el pájaro para ver lo que decía, y leyó: «El que se coma mi cabeza será rey.» Levantó la otra ala y tenía otro letrero que decía: «El que se tra-

gue entero mi corazón sin mascarlo tendrá todos los días, al levantarse, un bolsillo lleno de oro bajo la almohada.»

El platero, que como he dicho era muy ambicioso, se volvió loco de alegría y dijo para sí:

—Esto vale más que los diamantes, de modo que lo mejor será matar el pájaro y comerme yo la cabeza y el corazón, y así seré rey y rico como ningún otro pueda serlo.

Y dicho y hecho, cogió el pájaro y lo mató, entregándolo á la cocinera para que lo *friyera,* diciéndole:

—Ten entendido que como lo quemes ó le falte alguna cosa, te desuello viva.

Pues señor, que la cocinera *friyó* su pájaro, y lo tenía allí apartado para cuando llegara la hora de comer. En esto tuvo que salir de la cocina, á tiempo que los hijos del platero llegaban del campo. Como llevaban gana de comer, fueron á la cocina, y viendo el pájaro frito, el mayor empalmó la cabeza y se la comió, y el chico cogió el corazón para comérselo, pero como la criada llegó en aquel momento, se lo tragó entero para que no le viera mascar y se lo dijera á su padre.

La cocinera no lo echó de ver, y cuando su amo le pidió el pájaro, cogió el plato y lo llevó. Lo primero que buscó el platero fué el corazón y la cabeza, pero por más vueltas que le daba no los encontró. Lleno de rabia llamó á la cocinera y le preguntó por la cabeza y el corazón, pero la pobre mujer dijo que ella no se los había comido.





—¿No te dije que si le faltaba algo te iba á desollar viva? Eso es que tú te los has comido, y vas ahora á echarlos ó á reventar.

Cogió un palo y empezó á pegarle á la pobre mujer, que ponía el grito en el cielo, jurando y perjurando que ella no se los había comido.

A los gritos de la criada acudieron los hijos, que al ver á su padre se pusieron al medio preguntándole qué era lo que había pasado para pegarle de aquel modo.

—Es que la voy á matar por golosa—decía el padre, que veía que se le escapaba el reino y el dinero—le dí el pájaro para freirlo y le encargué que no le faltara nada, y se ha comido la cabeza y el corazón.

Al oir esto los hijos, no queriendo que la pobre mujer pagase las culpas de ellos, le dijeron:

—Pues si es por eso, no tiene V. razón para pegarle, porque no ha sido ella, sino nosotros, que á un descuido suyo entramos en la cocina y nos comimos la cabeza y el corazón.

—Del mal el menos—dijo el padre, que se quedó más tranquilo, viendo que la cosa no tenía remedio y que ya que él no fuera rey lo sería uno de sus hijos, y el otro ya tendría él cuidado de no decirle nada y de coger todas las mañanas el bolsillo de oro de debajo de la almohada. Se informó cuál era el que se había tragado el corazón, y supo que era el más chico.

Así fué; no le dijo nada á los hijos, y á la mañana si-

guiente fué á la cama del menor y encontró debajo de la almohada un bolsillo lleno de oro. Desde entonces todos los días hacía la misma operación sin que el hijo se enterara de ello.

Pues señor, que á los hijos, que ya eran hombres y les gustaba mucho la caza, los convidó un amigo suyo para ir á cazar á una hacienda que tenía donde había muchos conejos.

El padre no quería, pero el amigo insistió tanto que no tuvo más remedio que dejarlos ir, pero encargándoles que no tardaran mucho.

Se fueron á la hacienda, y por la mañana temprano salieron de caza, y cuando volvieron por la tarde la criada se acercó al más chico de los hermanos y le dió un bolsillo diciéndole:

—Tome V. este bolsillo que se dejó V. esta mañana debajo de la almohada.

—Ese bolsillo no es mío—dijo el joven.

—Sí, señor—insistió la criada—yo al hacer la cama lo he encontrado, y es de V.

El joven creyó que era una broma que querían darle, y dijo:

—Bueno, pues si es mío quédate con él, que yo te lo regalo.

La criada se puso tan contenta como unas Páscuas, y si le hubieran preguntado quién era Dios, dice que aquel señorito.

El joven se acostó; después de acostado se puso á hacer



un cigarro, y por no levantarse puso la petaca debajo de la almohada. Al levantarse por la mañana y coger la petaca, vió el bolsillo con el dinero; creyó que seguía la broma y lo recogió hasta ver si lo reclamaban, pero nadie le dijo nada, y como al día siguiente encontró otro enteramente igual, se figuró que era el mismo y fué á ver si se lo habían quitado, pero vió que lo tenía, y esto ya le puso en cuidado. Como el bolsillo se renovaba todos los días, ya esto llamó su atención, porque no podía ser broma de nadie.

—¡Ola!—se dijo para sí—esto ya es otra cosa. Sin duda por esto es por lo que mi padre entraba todos los días en mi cuarto á arreglar mis almohadas antes de levantarme y no quería que me viniera á la hacienda. Es menester averiguar qué es lo que hay en esto.

Pasaron allí unos cuantos días más, y por fin emprendieron el regreso para su casa.

Así que llegaron, el hijo menor reunió á su padre y á su hermano, y le dijo al primero:

—Padre, he notado que todas las mañanas al levantarme hay debajo de la almohada de mi cama un bolsillo lleno de oro; usted debe saber esto y deseo que me diga la causa.

Entonces el padre no tuvo más remedio que contarle todo lo que había pasado con el pájaro, y que por haberse él tragado el corazón era por lo que todos los días tenía aquel bolsillo, así como su hermano estaba destinado á ser rey por haberse comido la cabeza.

Los dos hermanos se pusieron tan alegres con el descubrimiento, y el chico le dijo al padre, entregándole todo el dinero que tenía:

—Con esto y lo que usted tiene ya, no le hace falta nada para vivir toda su vida; yo quiero irme á correr mundo y ver todos los países que pueda.

El padre trató de disuadirlo, pero él dijo que no, que se iba y él volvería cuando se cansara de viajar. El hermano le dijo que quería acompañarlo, y él se alegró de ello, pues así no iba solo.

El padre se arrepintió de haberle dicho lo del pájaro, pero como no tenía ya remedio, tuvo que conformarse y dejarlos ir, dándoles su bendición y rogándoles que volviesen pronto, pues no quería morirse sin volverlos á ver.

Se pusieron en camino, y ya llevaban andado muchas leguas, cuando una mañana vieron avanzar por el camino una nube de polvo y el reflejo de muchas armas. Poco á poco se fué distinguiendo lo que era y vieron que era un regimiento de soldados, que al llegar á ellos, hicieron alto, y acercándose unos cuantos pajes al hermano mayor le presentaron una batea con una corona y todas las insignias reales, diciéndole que lo aclamaban por rey, habiéndoles ahorrado la mitad del camino, pues iban á buscarlo á su casa.

Como su padre les había contado lo del pájaro, no les sorprendió aquello; así que el mayor aceptó la corona y se puso al frente de la tropa, llevando á su lado al hermano, conti-



nuando su camino hasta llegar á la capital de aquel reino, donde fueron recibidos con grandes fiestas.

El hermano menor estuvo allí mientras duraron los festejos; pero así que dejó á su hermano instalado en su trono, dijo que él iba á continuar sus viajes. El rey le rogó que se quedara, diciéndole que tendría el primer puesto en el reino y podría casarse con una princesa; pero el otro le dijo que no, que él tenía deseos de ver otros países, y que en cuanto á casarse, que como le sobraba dinero, no quería princesas, sino una mujer hermosa que á él le gustase.

Por fin, que se fué mi hombre, y andar, andar, recorrió todo el mundo, y la mujer más guapa que encontró era una huérfana que vivía con una tía suya, pero eran muy pobres. Pidió su mano, y aunque él no demostraba su posición, como quiera que era guapo y veían que no le faltaba que comer, lo admitieron y se casó con la joven.

Así vivieron un poco de tiempo, y como jamás le faltaba dinero, no faltó quien tratara de averiguar de dónde salía, pues no se le veía trabajar; pues él decía que sus bienes los tenía en otra parte y de allí le mandaban las rentas. Los extraños no insistieron; pero la tía de la mujer, que era muy codiciosa y no veía llegar nunca á nadie con dinero, andaba que bebía los vientos por saber de dónde lo sacaba, y como no lo conseguía, le encargó á la sobrina que lo averiguase.

La mujer, que por su parte también tenía deseos de saberlo, le preguntó, y aunque él trató de excusarse, tanto

insistió ella, que al fin le contó lo que había pasado con el pájaro y por qué todas las mañanas encontraba bajo la almohada un bolsillo lleno de oro, con lo cual no les faltaría nunca lo que necesitasen para vivir; pero que le encargaba que no se lo contase á nadie, porque sería un perjuicio.

La mujer le ofreció hacerlo así; pero apenas salió el marido fué á contárselo á la tía, y ésta le dió unos polvos y le dijo que los echara en el vino que bebía su marido, y así sabrían si era verdad todo aquello.

Así fué; cuando vino á comer, echó la mujer los polvos en el vino sin que lo viese él y se lo bebió sin desconfianza.

Al poco tiempo de haberlo bebido, le dieron fatigas y se fué á acostar; pero antes de llegar á la cama, le entró una *vomitona* y echó todo cuanto tenía en el estómago.

Se acostó después y la vieja fué á buscar donde había estado vomitando, y hallando el corazón del pájaro, lo lavó y se lo tragó entero.

Al día siguiente, cuando él se levantó, fué á buscar debajo de la almohada, y no viendo nada, le preguntó á la mujer si había recogido el bolsillo, pero ella le dijo que no, y como los demás días, le sucedió lo mismo, estaba ya él desconfiado. Riñó con la mujer, y la tía intervino en la cuestión, y poniéndolo como un trapo, lo puso en la calle, porque dijo que la casa era suya y que él no tenía allí nada.

—¡Ah tuna!—dijo él para sí,—cuando tú me echas á la calle, no es que me cogéis el bolsillo, porque entonces no



volveríais á coger otro, esto es que mi mujer, que sabe lo del corazón, se lo ha dicho á su tía y ésta ha hecho alguna *trastá.* Le preguntó á la criada, y ésta no pudo decirle más sino que el día que estuvo malo había estado *vomitando;* la vieja no quiso que nadie lo limpiara, y lo había hecho ella misma. Él comprendió lo que había pasado y se dijo:

—¡Tate! lo que yo creía; esta mala vieja se ha dado traza á que yo arroje el corazón y ella se lo ha tragado, y como está segura que el bolsillo lo tendrá ella, por eso me echan á la calle. Pues no tengáis cuidado, que no os habéis de quedar riendo.

Se fué mi hombre al campo, sin rumbo fijo, y andar, andar, se sentó á descansar junto á una fuente, donde bebió, y como le dió hambre y no llevaba comida, miró á todos lados á ver si encontraba algo que comer.

Divisó una higuera que tenía unos higos muy hermosos, y *como á falta de pan, buenas son tortas*, se fué derecho á la higuera, cogió un higo y se lo comió; pero apenas comido, se vió convertido en burro. Cuando se vió así, al pobre le pesó haberse llegado á la higuera, y le dió tanta pena, que se echó en el suelo sin saber qué hacer. Pero como quiera que á pesar de haber variado de forma, el hambre no se le quitaba, se levantó y se puso á comer yerba, y al poco tiempo vió con satisfacción que había recobrado la forma de hombre.

—*No hay mal que por bien no venga*—se dijo él;—gracias

á estos cambios que tantos sustos me han causado, estos higos van á proporcionarme la venganza.

Cogió entonces tres higos de los más hermosos que tenía la higuera y se fué para el pueblo.

Buscó allí una persona á propósitó y le encargó que fuera á su casa á ver si le compraban aquellos higos. Así que la tía vió aquellos higos tan hermosos, dió por ellos lo que le pidieron, y dándole uno á su sobrina, otro á la criada y quedándose con otro, se los comieron las tres.

Al poco tiempo entró el joven y se las encontró convertidas en burras; las encerró á las tres en la cuadra, teniendo cuidado de que no hubiera por allí yerba ninguna, y convidó al boticario para ir al día siguiente de caza. El boticario aceptó, y por la mañana aparejó las burras, y poniéndoles un bozal á cada una para que al salir al campo no comieran yerba, hizo que el boticario se montase en la criada, y echándole toda la carga á la tía, salieron del pueblo.

Como la tía era vieja, y además de la carga iba él montado encima, no podía andar; pero él que se había preparado de una buena vara de acebuche, le dió una de palos que le crujía el cuerpo; así que la pobre vieja sacó fuerzas de flaqueza y llegaron al sitio de la caza; pero cuando llegaron, iba medio muerta, y como llevaba sed, la acercó á la fuente y se dió tal atracón. que le entró una *vomitona* y arrojó cuanto tenía en el cuerpo, arrojándose al suelo, porque no podía tenerse de pie.

El buscó entonces entre lo que había arrojado y vió que estaba el corazón; lo cogió, y lavándolo bien, se lo volvió á tragar, diciendo:

—Ya veremos si vuelven á quitármelo.

Luego, mientras el boticario estaba cazando, le quitó los bozales á las burras para que comiesen yerba y recobrasen su forma primitiva, y tomando el camino, las abandonó, y esta es la hora en que no han vuelto á saber rastro de él. El boticario, cuando volvió de la caza, se encontró sin el vecino y sin las burras, y tuvo que venirse á pie. Cuando llegó al pueblo se llegó á la casa de su compañero y se encontró con que la vieja se estaba muriendo, y la criada le contó todo lo que había pasado; pero se guardó muy bien de decirle que era ella la burra sobre quien había ído de caza.

En cuanto al hijo del platero, se fué á la corte del hermano, y mandando llamar á su padre, se quedaron allí viviendo todos en amor y compaña y siendo felices toda su vida.

P. (ZAFRA)

NOTA 18.ª

En la colección de *Contes Français* de E. Henry Carnoy (París, 1885) pág. 75, hay un cuento con el núm. XI titulad[illegible]
Les Figues Merveilleuses, que es muy semejante
padre tiene tres hijos que salen á buscar fort[illegible]
en el camino, marchando el primero á [illegible]
Africa y el tercero arriba á Améri[illegible]

cuentra sin recursos y sale al campo á llorar sus penas. Pasa una hada que se conduele de él y le entrega una bolsa, en la cual, le dice, hallará siempre seis francos disponibles. Desaparece la hada y una vez convencido de que es una realidad lo que le han dicho, decide volver á su país al lado de sus padres.

Puesto en marcha, encuentra un palacio que le dicen estar habitado por la reina de aquel país. Se hace presentar, y la soberana (que debía ser muy llanota), lo invita á comer. Estando comiendo, le ruega que cuente sus aventuras y él accede á ello y las refiere sin ocultar el dón que tiene la bolsa. La reina le ruega que se la venda, pero él se niega, diciendo que no podía darle nada que pudiera pagar el valor de la bolsa. Entonces la reina, hace que un criado tome una bolsa de igual forma y la cambie por la del convidado durante el sueño. Así se hace y el joven al despertar, se despide de la reina y sigue su camino. Al pasar por una ciudad, llegó á una hostería y pidió de comer; pero al ir á pagar conoció el cambio de la bolsa. Vuelve para reclamarla y en el camino encuentra una higuera cargada de fruto, unos muy grandes y otros muy chicos. Se subió en ella y se comió unos cuantos de los grandes; pero al ir á bajarse, se encontró enredado entre las ramas, trata de ver la causa y ve que le ha nacido una cola tan larga que llegaba al suelo. Disgustado con aquel apéndice, cree que será efecto de los higos grandes y se comió unos cuantos de los chicos, viendo con satisfacción que la cola había desaparecido. Entonces, cogiendo una porción de higos de las dos clases, se dirige al palacio de la reina; pero ésta, había previsto el caso y dado orden á la guardia de no dejarlo acercarse al palacio.

Viendo que era imposible vengarse, se embarca para Europa en busca del hermano mayor, le cuenta sus desgracias y éste, le da una capa maravillosa que tenía el dón de hacer invisibles á los hombres. Coge su capa y vuelve al palacio de la reina, donde entró mediante el poder de la capa, hallando medio de conseguir el que la reina y una de las doncellas comieran los higos grandes. La desesperación de la reina y su doncella al verse la cola fué grande y quiso llamar á la guardia, pero él [illegible] burlaba de ella haciéndose invisible con solo ponerse la ca-
[illegible] la reina le dijo que le quitara aquella cola tan
[illegible] ofreció hacerlo si le daba su bolsa. Como la
[illegible] creer que no le sería posible hacerlo, el
[illegible] y se los dió á la doncella. Esta

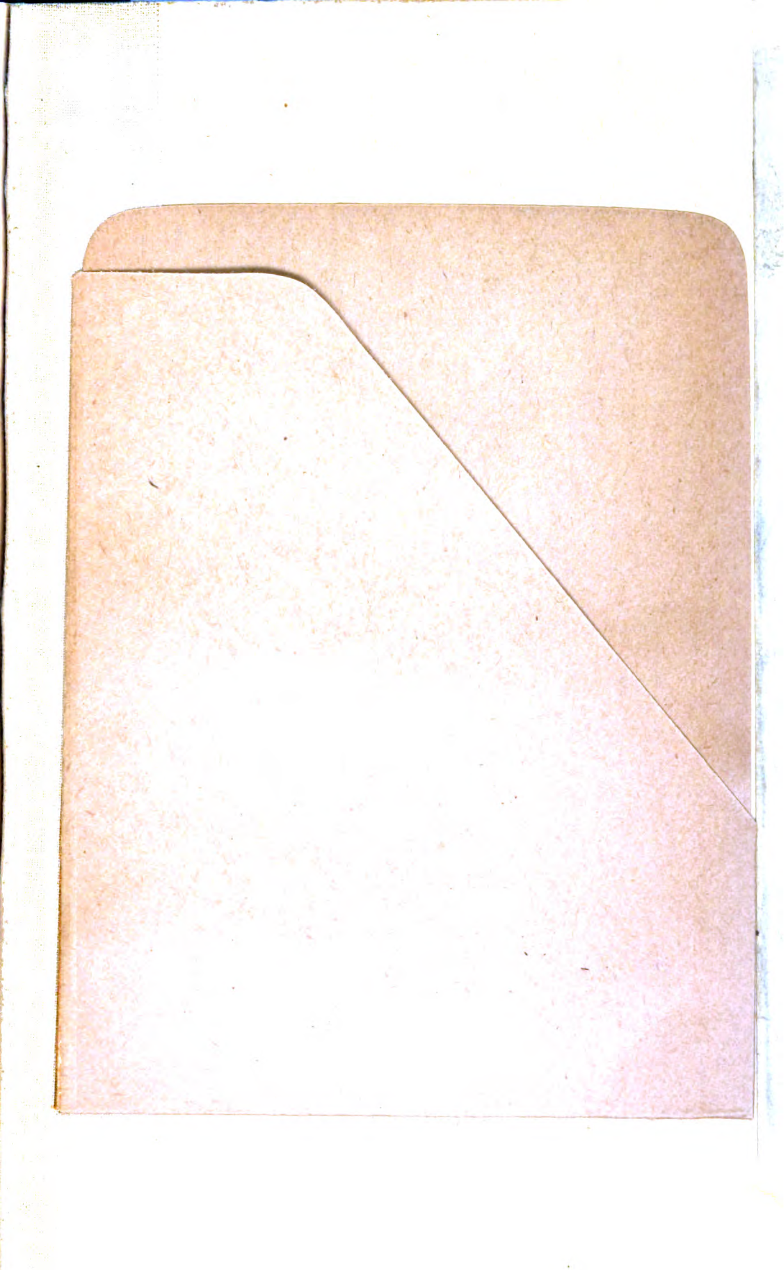
se los comió y se encontró libre de la cola. Entonces la reina le entregó la bolsa y así que él la cogió, se puso la capa y desapareció, dejando á la reina con la cola.

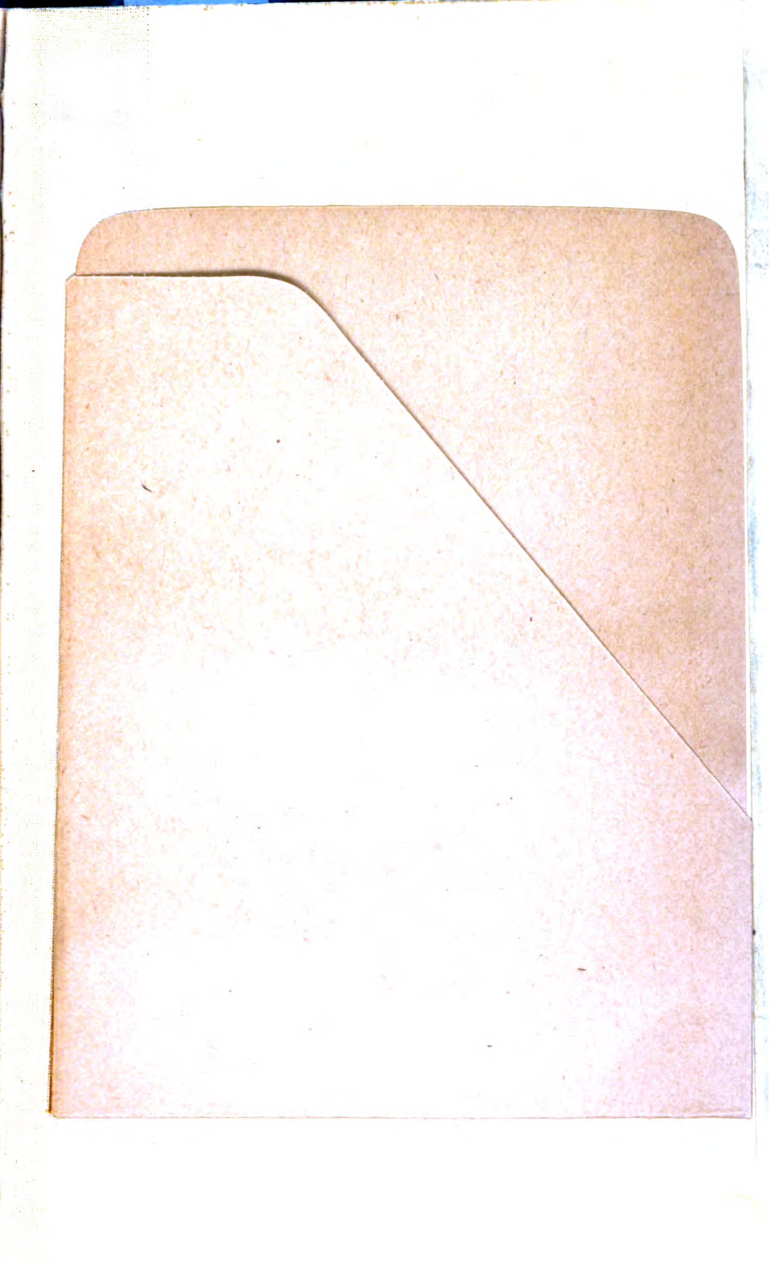
Como se ve, este cuento es muy semejante al nuestro, solo que el protagonista de la versión extremeña fué más generoso, toda vez que antes de irse, devolvió á su mujer su primitiva forma, en tanto que el de la versión francesa, dejó á la reina el entretenimiento de la cola.



ÍNDICE











[illegible]CA

A. G[illegible] VILLA

Biblioteca [illegible] del Folk-Lore [illegible]afos y folkloristas [illegible]00 páginas, ilustrados algunos con grabados. Precio del tomo para el suscritor, 2,50 pesetas.

Van publicados diez volúmenes que contienen:

Vol. I.—*Introducción*, por Machado y Alvarez (Antonio). *Fiestas y costumbres populares andaluzas*, por Montoto y Rautenstrauch (Luis). *Cuentos populares españoles*, por Machado y Alvarez. *Supersticiones populares comparadas con las portuguesas*, por Guichot y Sierra (Alejandro).

Vol. II.—*Folk-Lore de Madrid*, por Olavarría y Huarte (Eugenio). *Juegos infantiles de Extremadura*, por Hernández de Soto (Sergio). *De los maleficios y los demonios*, obra escrita en el siglo XV, por Fr. Juan Nyder y traducida del latín por Montoto y Vigil (D. José María).

Vol. III.—*El mito del basilisco*, por Guichot y Sierra. *Juegos infantiles de Extremadura* (conclusión). *De los maleficios y los demonios* (continuación).

Vol. IV.—*Folk-Lore Gallego*, por Pardo Bazán (Emilia) y varios escritores de Galicia. *De los maleficios y los demonios* (conclusión). *Fiestas y costumbres populares andaluzas* (continuación).

Vol. V.—*Estudios sobre literatura popular*. Primera parte, por Machado y Alvarez.

Vol. VI.—*Apuntes para el mapa topográfico tradicional de Burguillos*, por Matías R. Martínez.—Apéndices.—Tradiciones referentes á algunos sitios de Extremadura, por doña C. A. D.

Vol. VII.—*Tomo I del Cancionero popular gallego*, por don José Pérez Ballesteros, con un prólogo del Excmo. Sr. don Theóphilo Braga y un apéndice del Sr. D. Antonio Machado y Alvarez.

Vol. VIII.—*A Rosa na Vida dos Povos*, por Cecilia Schmidt Branco.—*Contribución al Folk-Lore de Asturias: Folk-Lore de Proaza*, notas y apuntes recogidos y ordenados por L. Giner Arivaú.

Vol. IX.—*Tomo II del Cancionero popular gallego.*

Vol. X.—*Cuentos populares recogidos en Extremadura*, por D. Sergio Hernández de Soto.

NOTA. Para todos los informes relativos á la historia del *Folk-Lore Español* y pedidos de todas clases de obras folklóricas, tanto de España como del extranjero, dirigirse á los Sres. A. Guichot y Compañía.—Sevilla.